
DE LA
MELANCOLÍA
ESPIDO
FREIRE
Planeta

ÍNDICE

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas

1. Quién era yo
2. Los demás
3. Odas las nubes que se encapotaban
4. Los demás
5. Y entonces

Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

Elena y Sergio forman una pareja unida, pero la imposibilidad de ser padres hace aflorar la falta de amor entre ellos y Sergio decide, después de veinte años de convivencia, abandonar a Elena. Ella cae en una profunda depresión que tambalea su vida en todos los aspectos. Pasa el tiempo y Elena recibe una propuesta de un familiar lejano para alojar, durante su convalecencia, a Lázaro, un tío abuelo que tiene que ser operado. Elena no solo acoge en su casa a Lázaro, sino que, como tiene que alquilarla para sobrevivir, también otros personajes llegan a la casa con su visión sobre cómo vivir la tristeza o cómo huir de ella: Sonsoles, una mujer mayor que debe vender su casa, llena de libros y de recuerdos; Vanesa, una joven de treinta años que se niega a crecer, porque el mundo de los adultos le resulta terrorífico; Teresa, que entra en la historia para conseguirle una gatita a Lázaro y que ya no se va, como una especie de hada urbana que alivia del dolor cada una de las veces que aparece. O Cristian, un viejo amigo que reaparece, un triunfador que oculta tantos secretos como pecados.

Una historia que relata las heridas que dejó la crisis; las maneras de sobrevivir, y cómo, frente a todo, la fuerza del ser humano se impone; cómo el amor nos salva de muchas cosas, y la vida nos enseña, siempre que se quiera aprender.

Espido Freire



De la melancolía

Planeta

Para quien haya sido herido alguna vez
por la melancolía

Los ojos de Melancolía miran al reino de lo invisible con la misma intensidad con que su mano ase lo impalpable. [...] Rodeada de los instrumentos del trabajo creador pero cavilando tristemente, con la sensación de no llegar a nada. [...] Un genio con alas que no va a desplegar, con una llave que no usará para abrir, con laureles en la frente, pero sin sonrisa de victoria.

E. PANOFSKY

Esta vida así, suspendida sobre el abismo, es imposible. [...] Nosotros, los de aquí y ahora, no estamos ni un momento satisfechos en este mundo temporal.

R. M. RILKE

1

QUIÉN ERA YO

Supe entonces que me abandonaría con la misma certeza y seguridad con la que recordaba los hechos más relevantes de mi vida, como si hubiera ocurrido ya y mi pensamiento regresara una vez más a un lugar conocido y hostil.

La pregunta flotó en el aire, como una brasa extinguida, mientras la mujer que la había formulado nos miraba con una sonrisa, sin darse cuenta de que mi matrimonio había terminado en el mismo momento en el que Sergio guardó silencio tras escucharla. Los dos, con las manos aún entrelazadas, callamos, yo con la sonrisa de respuesta a la psicóloga ya preparada, con la mirada de complicidad a mi marido ya esbozada.

Como una hebra que deshilacha el dobladillo tras un tirón inesperado, vi en su expresión que él se alejaba a una velocidad vertiginosa de aquel lugar, que quien se sentaba a mi lado no era sino una cáscara vacía y que el hombre al que había amado nos dejaba a la niña y a mí solas, muertas de frío y hambre como siempre habíamos estado, mi hija en un orfanato remoto en un país eslavo, yo a su lado, en aquella sala, tras aquella mesa, convertida de pronto en una desconocida a la que ni dedicar un saludo con la cabeza.

—¿Cómo reaccionaréis cuando la niña tenga su primera menstruación?

La pregunta no se encontraba en el listado que otros padres, compasivos ante el sofoco y la situación, nos habían pasado. Habíamos preparado respuestas para todas las demás, respuestas comunes e individuales, ingeniosas y conmovedoras, que permitieran adivinar nuestra formación sin pedantería y nuestra posición sin alardes. La mayor parte de ellas compensaban el que Sergio quisiera una niña, niña, una niña, sin concesión posible, su hija tanto tiempo soñada, con un nombre preparado desde años atrás, desde mucho tiempo antes de conocer a quien sería su mujer, yo, o incluso a la primera de las novias con las que se imaginó en algún momento como padre.

Sabíamos de antemano que a los responsables de las adopciones no les gustaría que eligiéramos el sexo y que se le añadiera el que pidiéramos una niña sana y de la menor edad posible, y por eso Sergio había ideado una estrategia basada en su encanto y en nuestras condiciones: puede que pidiéramos una muñeca, era verdad, pero nadie estaría mejor preparado para criarla, ninguna pareja podría ofrecer a nuestra hijita ucraniana una vida más regalada, mejor educación, más amor. Pensaba Sergio que si la psicóloga lo escuchaba y era mínimamente sensible a los sueños, al amor que sin conocerla sentía él, sobre todo él, por su niña imaginada, no se la negaría.

Habíamos superado otras entrevistas y él había reparado, con su mirada analítica fija en los otros padres, en la apatía de muchos de los hombres, en el miedo nunca negado y pocas veces escondido que se les escapaba con el sudor.

—Los demás —repetía él— no quieren una niña tanto como nosotros.

Quizás fuera cierto. O quizás eran más discretos, más sensatos en su planeamiento, más sinceros.

—La mirada no miente —insistía—, el deseo no miente. Eso vale tanto en las negociaciones de empresa como en todos los ámbitos de la vida. Una vez que reconozcan que nuestro deseo es genuino, no nos pueden negar lo que pedimos.

Si nada de eso les convencía, había dicho Sergio, esgrimiríamos lo que nadie rechazaba: nuestro dinero. Vimos, en la reunión informativa, una sala llena de parejas y alguna mujer solitaria; una sala llena de miedos y de por si acasos en la que al desgranarse las cifras necesarias para una adopción internacional los rostros cambiaban y algunos se llenaban de lágrimas. Para unos, el camino se cerraba allí, con la cartera seca; para otros, solo se interrumpía por unos meses, mientras conseguían un préstamo o aumentaban los ahorros.

—¿Qué pensaban, que iban a hacerles un descuento porque gimotearan? —dijo esa noche Sergio mientras cenábamos. Mostraba un aire irritado, la arruga en la frente que le aparecía con los pensamientos ingratos bien visible. Le molestaba que quien no podía hacerlo gastara de más, que quienes vivían enlazando créditos de tarjetas se endeudaran por una televisión nueva o un viaje que, de tan usado, había dejado de ser exótico.

Era la suya la indignación de quien ve cómo su niñera manda al hijo mayor a la universidad o de quien beca, condescendiente, a un bracero, un desagrado de señor con derecho de vida o muerte que no está dispuesto, lo diga quien lo diga, a creer que desciende del mono o que su dinero vale igual que el de los demás. Entonces aquello me parecía parte de su atractivo, me pareció por cierto tiempo incluso lógico, porque por entonces comenzaban los meses en los que se derrumbaban las fortunas y los espejismos y muchos lloraron por las teles de plasma y por los viajes a plazos, por las hipotecas contratadas y los coches renovados.

—A mí me dan pena… Tantas ilusiones…

—A ti todo el mundo te da pena.

—Ellos quieren lo mismo que nosotros.

—El mundo no es justo, Elenita. Así les va a quienes se lo creen.

Por mucho que lo repitiera, no me convencía de que él pensara realmente aquello; era su defensa ante lo que le asustaba. Sergio trabajaba mucho y muy duro y le sacaban de quicio los débiles, los que abandonaban antes de tiempo, los que se quedaban por el camino. Y yo creía adorable a mi marido con su mundo pequeño y sus enormes aspiraciones, sus planes para nosotros y sus opiniones sobre todo, su estrechez de miras y su apellido compuesto.

Mi respuesta, improvisada, rápida, delataba que todo lo demás, todas las demás las habíamos practicado y superado con nota.

—Aún no he visto la carita de la niña y no sé ni cómo me sentiré al abrazarla. ¿Cómo voy a prever esa reacción? Es algo que le ocurrirá dentro de muchos años. Ya le habré explicado todo, por supuesto, y la acompañaré con todo el cariño…

No llegué a terminar la frase, que antes de nacer ya sonaba falsa. Por el rabillo del ojo, al mismo tiempo que la pared cubierta de carteles anticuados y de trozos de celo que habían sostenido otros aún anteriores, vi cómo Sergio tragaba saliva, la boca seca, la mano sudorosa. Él sí había vislumbrado con claridad aquel momento cuando nos lo habían preguntado, se había sentado frente a la niña, quizás en la cama, avanzó en el

siglo vertiginosamente, el zumbido de los años en sus oídos, la silla convertida en una máquina del tiempo.

Vio el vello que le había aparecido a nuestra hijita en los brazos y las piernas, el estirón de los brazos y su desproporción con las piernas, las espinillas en la nariz, los cambios de humor que presagiaban la adolescencia, la redondez suave de mujer en un cuerpo de chiquillo.

Vio, estoy segura, unos ojos que se imaginaba verdes, como los suyos, unos gestos que la niña se habría encargado de copiar día tras día, una boca que le llamaba papá, y no encontró esa criatura que tanto se había empeñado en crear, sino una carne real, una voluntad propia, una persona que le contestaría, le llevaría la contraria, que volaría, que sería independiente de él.

Vio, por un instante, que quizás fuera castaña, o morena, que puede que su expresión fuera blanda, o ausente, o que, por la costumbre y la imitación, quizás se pareciera a mí y no a él, y no pudo soportarlo. La vio tras las horas pasadas conmigo, las compras, las confidencias, las broncas entre madre e hija, una segunda versión de una Elena más joven, más terca, a la que había que educar de nuevo. Las compresas, los tampones, las visitas al ginecólogo.

Sentí su asco por todo aquello, el desprecio por las mujeres sucias, por sus caprichos físicos, por esos cuerpos que cambiaban, envejecían, no se cuidaban lo suficiente. Escuché muchas frases a la vez, casi todas mencionadas en su momento como una broma, seguidas de risas o de un abrazo que indicaban que a mí me excluía de ellas.

Levantó la mirada, tragó de nuevo, contestó:

—No lo sé.

Sí lo sabía. Tras dos preguntas más fingió un dolor de cabeza, una de las migrañas ineludibles y urgentes que lo asaltaban por días y que lo dejaban postrado y débil. Nos levantamos, nos fuimos. No hubo más entrevistas, no hubo certificado de idoneidad, no hubo viaje a Kiev, ni visitas al orfanato, ni regreso triunfal con la niñita en brazos, ni peluches en el aeropuerto, ni fotos con lágrimas de alegría, ni habitación con su nombre pintado a mano por mi cuñada en la camita y en la cómoda. Después de aquello, no hubo nada.

Miento, claro que hubo más: empezó la melancolía, no de pronto, como imaginaba yo, sino como un rumor muy lejano, nada claro. Un eco de algo que apenas se adivina tras la puerta cerrada.

Mucho tiempo antes, en Chile, en la Patagonia, habíamos realizado un crucero que recorría el canal Beagle y que de cuando en cuando salía a mar abierto para enseñarnos un poco de su fauna, un ensayo de lo que era la naturaleza salvaje cuando se mostraba controlada y de cerca. Fue un viaje sereno y bello por una tierra rasgada por fuego y hielo, muy anciana, muy cansada ya de miradas extrañas. De vez en cuando, nuestro barco varaba y nos acercaban a tierra en lanchas amarillas en las que parecíamos pájaros con chaleco salvavidas, cubiertos por un plumaje muy abultado y llamativo. En la orilla escuchábamos explicaciones y bebíamos chocolate caliente para espantar el frío y whisky con hielo milenario, azul, que desgajaban en bloques de los glaciares cercanos.

Una de las tardes salimos de expedición, en la lancha amarilla, con un marinero y un guía porque queríamos que las fotografías fueran más impresionantes si cabe, más

reales si se podía. Sergio, que estrenaba cámara, estaba disfrutando de ese viaje. Yo, un poco menos. Los carámbanos flotaban en el agua y el frío se colaba a través de los guantes para convertir los dedos en madera. Allá arriba, a una distancia imposible bajo un cielo azul e irreal, las agujas heladas de los glaciares señalaban hacia el norte.

Entonces, primero como una oscilación apenas perceptible que erizaba el cabello ya electrizado, luego como un oído que se tapona por la altura, un rumor llegó hasta nosotros. Parecía un trueno muy lejano, pero antes de que nadie lo dijera en alto y suavizara así el miedo que comenzaba, cambió a un rodar de piedras en una ladera y luego a un crujido de vigas, y a unas tejas que caen una a una, y al metro que se adivina bajo el asfalto en la ciudad, y al temblor incontrolable de una mañana fría. La lancha giró y ante nuestros ojos la cima del glaciar se estremeció como una gelatina en un plato invisible y se resquebrajó derretida bajo un cuchillo caliente.

El sonido tardó en cambiar y los pedazos de hielo, gruesos como el barco que nos aguardaba lejos, protegido en la ensenada, cayeron al océano antes de que nos rodeara, atroz, imparable, el alarido de un gigante en una pesadilla, el grito de una *banshee* loca de dolor. El glaciar continuó desmoronándose y entonces viramos en seco, los labios del marino, blancos, y los nudillos, aún más pálidos mientras nos alejaba del desastre a toda velocidad en un intento desesperado para lograr que la ola producida por el desprendimiento llegara a nosotros con la menor fuerza posible.

Nos zarandeó ya sin saña, pero aún terrible en su potencia. El sonido tardó mucho en disiparse; nos perseguía otra vez, difuso pero tenso con su zumbido de panal, como la advertencia de que, visible o no, el peligro continuaba allí, en un lugar oculto, azul, frío e inmutable.

Eso fue para mí, años más tarde, sola, sin alivio ni ensenada, el descubrimiento de la melancolía: un glaciar que se quiebra, una barca que no se aleja con la suficiente rapidez.

Por suerte, mis padres no vivían.

Yo decía, o pensaba, esa frase u otras parecidas sin cuestionarlas demasiado. Eso me pasaba cuando daba con una fórmula que anestesiaba el dolor; la repetía sin sentir, como otra aspirina más tragada, cuando comenzaban de nuevo las palpitaciones en la cabeza.

El lenguaje no era eso que yo me decía y me repetía para creerlo: el idioma está vivo cuando se aprende por primera vez, de niño. O cuando al aproximarse a un extranjero ya de mayor, las palabras tardan en acudir y pesan; y cuando se dice «pan», se nota en la lengua el sabor salado y un poco sudoroso del primer bocado del pan con hambre; y si se dice «hogaza», ese sabor cambia a un dorado caliente y tierno; y si se dice «mendrugo», se seca entre los labios y choca contra los dientes.

Luego, con la edad o la seguridad, se emplean los sinónimos con la inconsciencia de quien tiene de todo y puede permitirse tirar a la basura comida apenas mordisqueada. Las palabras se mueren y ya no significan lo que decían, sino que son etiquetas que cuelgan de los sentimientos.

Yo decía que mis padres habían muerto como quien muestra una credencial. Huérfana, abandonada, fuerte, sensible. No, no quería hablar de ello. Sí, estaba bien. Era, de todas aquellas preguntas tan minuciosamente estudiadas antes de la entrevista

de adopción, la que contestaría de manera más breve. Había nacido cuando mis padres eran ya mayores, ellos habían muerto con muy pocos días de diferencia el uno del otro y no tenía hermanos. Era cuanto la gente necesitaba saber.

Huérfana, hija única, ¿no justificaba eso la necesidad imperiosa de parir un niño, de adoptar una niña? ¿No era algo que la vida me debía? ¿No se enternecían los corazones, no conservaba la palabra «huérfana» el mismo temblor lacrimoso que en las novelas de Dickens o en los cuentos de hadas, en los que un mal inicio en la vida no privaba de la felicidad un poco posterior?

Al parecer, no. Las compensaciones se reservaban a los niños sin padres, no a los padres sin hijos, a los privados de familia en los años tempranos, sin atender hasta cuándo era recomendable o necesario contar con ese apoyo. Mala suerte. Si al menos uno de ellos hubiera faltado antes, en los años tumultuosos de la adolescencia, si se hubieran fugado, si no hubiera conocido a uno de ellos… Pero que los padres ancianos mueran es normal. Ley de vida. Nada a lo que nadie le preste oído demasiado tiempo. La normalidad atrae poca atención y menos piedad.

Ni siquiera cuando vivían tenía la sensación de que fueran del todo mi familia. Esa calidez, esa manta que rodea los hombros con la palabra «familia», la guardaba para Sergio y para ampliarla con los niños que nacieran. Durante muchos años, muchos más de los normales, fantaseé con que era adoptada y con que en alguna ocasión mis auténticos padres aparecerían para rescatarme y para llevarme a una casa llena de niños, ruidosa, con aroma a café y horno, con un mastín grande y al que le oliera el aliento. Yo sabía que la mayoría de las familias eran así, como la mía, ni buenas ni malas, no creía merecerme nada distinto ni aunque pudiera parecer, a primera vista, mejor.

Con el tiempo, supe contener el aliento antes de abrir la puerta de mi casa y soltarlo, muy despacio, cuando me marchaba, tras una visita a mis padres. Sergio, que tampoco se entendía bien con los suyos, se enfadaba conmigo y gritaba y daba un par de patadas a las sillas cuando las circunstancias lo obligaban a pasar tiempo con ellos y con sus hermanos, pero al menos entrábamos en un salón con humo y ruido, con juguetes de sobrinos maleducados por el suelo y aullidos en el jardín de esos mismos sobrinos maleducados cuando habían crecido.

Se palpaba vida allí, un latido caótico, interesado y dictado por las manipuladoras palabras de mi suegra, sin el permiso de la cual no se parpadeaba en aquella familia. Quizás no la mejor de las vidas ni la más provechosa, dadas sus privilegiadas circunstancias, pero nada comparable a la imparable tristeza que había crecido conmigo en mi casa.

Mi padre dejó de ser feliz cuando se jubiló a la fuerza tras una subida de azúcar que le provocó una retinopatía que le impidió continuar operando. Antes tampoco parecía serlo mucho, aunque quizás se transformara en el quirófano, quién sabe, con una bata nueva, gafas distintas, la boca tapada, el cabello oculto. Sea como fuere, cuando ocurrió yo tenía diez años y ya nunca más lo vi sonreír. A él y a mi madre les parecían vulgares las sonrisas, no digamos ya la alegría sin sentido de una niña o de un animal, y a los dos pequeños de la casa nos acallaron a la fuerza cualquier movimiento brusco o cualquier voz más alta que otra.

—¿Nadie puede decirle a la niña que se calle? —preguntaba mi padre, al aire, sin mirar a nada en particular.

—Elena, por favor —decía mi madre con ese leve arqueo de labio, la mano en la frente.

En esos momentos yo deseaba plantarme ante mi padre y gritar hasta quedarme sorda, mírame, mírame, estoy aquí, soy yo, soy real, pégame si quieres, pero al menos mírame, no estoy en el limbo, no soy una imaginación, soy algo molesto y tengo doce años y existo. Pero nunca reuní el valor para hacerlo. De hecho, creo que gran parte de este recuerdo es inventado: en su momento no sabía qué palabras usar ni qué pensamientos armar. Solo aquella cólera fría, aquel dolor enorme por no existir ante los ojos de mi padre.

El otro silenciado, el animal, era el perro de mi madre, un Yorkshire diminuto y serio como un procurador que se llamaba Duke y que fingía no escucharme cuando yo lo llamaba. En secreto, se creía el único hijo de mi madre, y posiblemente lo fuera; compartían la misma melena jugosa y veteada y la nariz diminuta, el cuello largo y los andares pausados. De mi padre no había sacado nada, pero tampoco yo, con lo que no me suponía mucho consuelo.

Si mi familia real era la que yo había formado, en cuanto pude, con Sergio, la de mis padres se había completado con Duke. Juntos, los tres salían los domingos por la tarde a visitar a sus amigos y a completar su complejísima vida social, que necesitaba de toda la atención y los esfuerzos diplomáticos de mamá para mantenerse en equilibrio.

Duke, además, les había dado nietos. Tres o cuatro camadas de ellos que mi madre había repartido entre quienes le parecieron que se lo merecían y a los que seguía el rastro con anotaciones en una libretita. Duke me miraba con el desprecio de quien se sabe el hermano preferido y yo me vengaba como una hermana mezquina, con pellizcos y pisotones en la cola cuando nadie me veía. Era un perro condescendiente y superficial.

Habíamos tenido también, mucho antes, un loro gris, un animal magnífico del que, por desgracia, mi padre se cansó pronto cuando vio que, tras algunas tardes de adiestramiento, no hablaba.

—¿Cómo va a aprender a hablar el pobre pájaro —dijo con la clara intención de encontrar a las responsables— si en esta casa no se habla?

Era cierto. El loro acabó en el mismo hogar que recibió luego a alguno de los cachorros de Duke. Duke nunca tuvo un rival digno. Cuando yo me iba después de una visita, él volvía a reclinar con displicencia el morro sobre la falda de mi madre, recobrada ya toda su atención.

Papá se preciaba de ser un hombre justo porque antes de presentar un rostro glacial que era el primer paso del olvido definitivo daba tres oportunidades. No despachaba a nadie con menos, no otorgaba, como excepción, la cuarta.

Yo fallé una primera vez cuando nací niña. En honor a la verdad, nadie lo esperaba. Habían recurrido a péndulos que se movían sobre la muñeca, a la forma de la barriga de mi madre y al viejo recuerdo de una gitana que, en Sacromonte, en los años sesenta, les había augurado un varoncito que les endulzaría la vejez. Mi padre, con su formación científica, despreciaba esas supersticiones, pero se había aferrado a la fe en sí mismo y a su voluntad de hierro a la hora de conseguir todo lo que había deseado: sería un varón, llevaría su nombre, que era el mismo que el de su padre, que era el mismo que el de su abuelo, que sería el mismo que el de su nieto.

Así, como las olas, las nubes o las dunas, todos unidos por la base y todos sucesivos, iguales, nosotros venceríamos a la muerte y al destino igual que esos organismos

inmortales y unicelulares que no cambian ni envejecen, que mutan para ser ellos mismos otra vez y que no pueden moverse ni hablar, pero aun así perduran.

Pero fui niña. Se atuvieron a ello con resignación, moderaron la reacción de los amigos que captaban muy rápidamente que había que alegrarse pero no demasiado, que no era lo que ellos esperaban y que las posibilidades de tener otro hijo eran remotas. Una niña, al menos, era mejor que nada. Haría compañía a su madre y los vestiditos y zapatitos para niñas eran tan bonitos…

Mi padre, creo, se había olvidado en parte de esa primera decepción según los años pasaron y me acerqué a la que sería mi segunda oportunidad: estudiaría medicina, como él, como esas profecías que no hace falta formular porque se hacen evidentes cuando llega el elegido y se descubre que sin esfuerzo cada una de sus elecciones lo ha acercado más y más a su destino.

Todo (los avances tecnológicos, las líneas de mi palma, la incorporación de la mujer a los estudios, mis notas escolares, las técnicas médicas, mi pulso firme cuando mantenía una mano en el aire, la apertura de nuevas facultades) indicaba que mi camino hasta el mismo sillón que ocupaba mi padre en su consulta privada se había trazado con firmeza y seguridad.

Todo menos mi voluntad. Sin que lo hubiera ocultado nunca, pero sin que me hubiera atrevido a manifestarlo de otra manera que no fueran tímidas insinuaciones, me asustaba la medicina y me aterraba ser neurocirujana como mi padre. En el último año de secundaria comencé a enfermar con bastante frecuencia: me despertaba con la cabeza enloquecida y con náuseas que mi madre combatía con una cucharada de aceite de oliva en ayunas, se me olvidaban temas enteros, la mandíbula se me tensaba de tal manera que era imposible abrir la boca o que mi lengua articulara la letra de.

Gritaba, con todo el silencio del que era capaz, que necesitaba salir de allí. Los estudios de Medicina implicaban años de libros y años de prácticas, sonrisas serviles en las aulas a los amigos de mi padre que ya recibían mis sonrisas serviles en el salón, el dolor de los enfermos, la miseria de las familias, el sillón negro con reposabrazos de caoba en el que estudiaba, la beca amarilla en las fotos de la investidura.

Y luego, en aquel calco de la vida de mi padre en que amenazaba con convertirse la mía, llegarían los congresos, los viajes generosos de los laboratorios, las inacabables conversaciones con mis colegas, la actualización continua, los sobrentendidos, las rivalidades heredadas y las lealtades inquebrantables, el no saber nunca si había obtenido lo que tenía por mis méritos o porque el propio estamento médico, esa casta liberal y culta, no podía permitir que la hija de uno de ellos, una de ellos, una de los nuestros, en definitiva, descendiera más allá de los límites ya pactados.

Perdí ahí una ocasión preciosa de acercarme a mi padre, que en aquellos años, cuando ya podía conversar conmigo, había comenzado a prestarme una atención de la que yo estaba hambrienta. Le halagaba el que fuera inteligente y despejada. Se enorgullecía de mis resultados y de mis deducciones lógicas. Las otras virtudes que yo podía tener le estorbaban: las apartaba como el ramaje de un camino. La capacidad de escucha, la buena memoria, la simpatía ante el dolor, nada de eso le interesaba.

Decepcioné, pues, a mi padre en mi segunda oportunidad de redimir mis culpas y ni siquiera tuve el valor de confesárselo, sino que lo supo por Marita, la interna filipina que había entrado en casa cuando yo tenía suficiente edad como para ser un estorbo para ella y demasiada como para cogerme cariño. Fue ella la que abrió el sobre que me daba

la bienvenida a la carrera de Historia y la que diligentemente, casi con un placer sádico que le asomaba a veces entre los dientecillos menudos, lo dejó sobre la mesa del despacho de papá.

—Nos han dicho tus padres que finalmente has escogido Historia —me decían sus amigos con un optimismo forzado—. Qué interesante. Es una carrera que da mucha perspectiva…

—Mucha cultura general.

—Gracias —balbuceaba yo, perfectamente sabedora de la norma que había roto—. Espero sacarle mucho provecho.

—Bueno, al menos son unos estudios que aprobarás año por año —añadían los padres de los ingenieros, los médicos, los arquitectos.

De la tercera oportunidad, qué decir que no se haya callado ya: el mudo disgusto de mis padres por mi vida se había atenuado hasta una leve aprobación cuando me casé con Sergio. Esperaron entonces, mi madre interesada por primera vez en su vida por la mía, *noticias*, como ellos decían.

—¿Seguís sin noticias? —preguntaba mamá, con delicadeza, cuando ya Sergio había cogido las llaves del coche al término de cada rígido encuentro con ellos.

—Ninguna, hasta el momento.

Sergio, a veces, llevaba su crueldad hasta el punto de fingir que recordaba algo importante:

—Ah, sí, se me olvidaba, tenemos buenas noticias.

Y los entretenía, indiferente a su decepción, con cualquier detalle de su trabajo o de su familia. Yo empequeñecía, veía en su mirada cómo pasaban las hojas del calendario, primero meses, luego años, cómo calculaban a medida que me acercaba estéril al tiempo en el que ellos habían pasado sin descendencia.

Sabía que al menos en eso no habían perdido del todo la esperanza; pero esa ilusión de ser abuelos se quebraría del todo cuando yo llegara a la edad en la que mi madre me concibió. A veces me esforzaba por contarles milagrosos embarazos en amigas desahuciadas, otras parloteaba sin sentido para llenar el aire y que no quedara espacio para que pensaran aquello que a mí me obsesionaba. Hiciera lo que hiciera, regresaba a nuestra casa con los tobillos hinchados y la cabeza sorda, como tras una misión titánica. Siempre había sido así, con ellos, mis padres, a la espera de una recompensa que nunca habían pedido, yo agotada por descifrar qué debía hacer para no decepcionarlos, en una carrera loca por probar un recurso, otro, otro aún.

No sabía entonces que no haciendo nada también se decepciona.

Tuvimos que ingresar a mi madre por una caída, nada grave; uno de sus huesos de marfil, de esa claridad que se le transparentaba bajo la piel tensa, había fallado. Ese hueso arrastró a otro, las radiografías mostraron la cadera rota, dos costillas dañadas también.

—No hay por qué montar un escándalo por nada, Elenita. Estas cosas, por desgracia, a mi edad no son noticia. No avises a nadie. Nos las arreglaremos.

Durante los primeros días la atendí sin apenas mirarla, mi atención fija en otras cosas, casi molesta porque nunca la había visto débil; no sabía cómo acercarle un vaso de agua para que bebiera o cómo mullirle las almohadas, gestos de madre que ahora debía imitar como hija y que me resultaban incómodos, como zapatos nuevos.

El quinto día me dijeron, por descuido, que el cáncer se había llevado por delante esas dos costillas. Miré a la doctora como si viera a una imbécil ante mí, indignada por la poca profesionalidad que mostraba al haberse confundido de historial.

—Pero ¿qué cáncer? Mi madre no tiene cáncer, se ha roto la cadera, sin más.

El sexto día descubrí que era la única de todos sus amigos, de la nutrida familia que habían formado, que ignoraba que mi madre estaba invadida por un cáncer de pulmón que había cultivado brizna a brizna, con cada aspiración de aquellos cigarritos suyos de caja larga, ataúdes de papel de plata. Lloré de rabia, con los puños apretados, sin comprender aún que eso indicaba que se moría, que había elegido comenzar a morirse sin mí, despidiéndose primero de otras personas que ya la habían consolado, habían sopesado posibilidades, la habían traído y llevado cuando mi padre se encontraba demasiado agotado, habían mantenido por mí conversaciones difíciles y habían pedido segundas opiniones.

El séptimo día lo pasé en silencio, con los ojos hinchados, mientras el resto del mundo caminaba a mi lado como figuras oscuras y algodonosas. Acariciaba la mano de mi madre y ella la apartaba con calma y la mantenía en el refugio de su sábana, como si la mía estuviera manchada y no quisiera verse obligada a lavarse la suya.

—¿Quieres algo, mamá? ¿Te traigo algo?

—No, no te molestes. Tú no sabes ni preparar un té como es debido, hija, qué calamidad.

El octavo, Sergio me había convencido de que, en realidad, lo mejor era un final rápido, ya que nada se podía hacer. De vez en cuando yo veía manchas rojas ante los ojos y olvidaba inmediatamente lo que acababan de decirme.

El vigésimo primero, mi padre ingresaba con un ataque cerebral masivo, sin esperanza posible, tras haber pasado veinte horas en el suelo de su casa, desmayado en el mismo hall que Marita enceraba cada lunes, en el que lo encontró tendido. Comenzamos a preocuparnos cuando vimos que no me relevaba en el hospital ni respondía al teléfono, no antes, porque yo, de guardia, agotada y sin dormir, quería darle un poco de margen para que descansara todo lo que pudiera.

El vigésimo octavo, dos días después de la incineración de mi padre, mamá entraba en coma y el mundo aun así continuaba girando, indiferente a los niños que morían de hambre en tierras australes, a la felicidad de las adolescentes que gritaban en un concierto de jóvenes falsamente jóvenes, a la muerte de su vecina de cama, a mis alaridos interiores que se acallaban con la frase, recién descubierta, de «Has hecho todo lo que estaba en tu mano».

¿He hecho todo lo que estaba en mi mano?

El cuadragésimo segundo, mi madre, desahuciada en casa, en cama, en su cama, que a saber qué secretas delicias o lágrimas escondía y qué noches le recordaba, abrió los ojos por un segundo, sonrió de la manera vulgar que tanto reprobaba y que tan hermosa la volvía al ver uno de los ramos de flores que le habían mandado y que ya no sabía si recibíamos por el funeral de papá o para acompañarla a ella en su viaje, y volvió

a cerrarlos para entrar en una agonía pesada, llena de suspiros roncos y de dolor contenido, que no cesó hasta catorce horas después.

El quincuagésimo sexto día Duke aparecía muerto, famélico, no muy lejos del punto donde la filipina había encontrado a papá. Se había negado a comer, la nariz diminuta cada vez más seca y los huesos camuflados bajo el pelo sin brillo. Marita, que se había ofrecido a quedarse con él y que comenzaba a trabajar como externa en una casa nueva, me miró con odio cuando se lo dije y todos, incluidos mis cuñados, se llevaron las manos a la cabeza cuando supieron que no lo había llevado al veterinario, que me limitaba a pasearlo dos veces al día y que el animal continuaba en aquella casa vacía y aún con el aroma de mi madre en los cajones. Fue la única muerte que me reprocharon, la de un perro anciano y antipático, seco y lleno de prejuicios, un auténtico miembro de mi familia.

Yo no sabía que tenía tan pocas cosas en mi vida hasta que comencé a perderlas y con cada una de ellas observé el enorme hueco que quedaba en mi pecho, como esos comedores antiguos de las casas burguesas, esos para mostrar a la familia, abarrotados con chineros gigantes, mesas para doce comensales con su sillería de volutas y un sillón patriarcal, cedido a base de siestas. Entonces, cuando las perdí, quedó un vacío en el que resonaban los pasos, algunas marcas oscuras en las paredes y una sensación prematura de vejez, de húmedas huellas en el techo, de muerte presentida.

No era capaz de verlo porque lo que se alzaba ante mis ojos siempre fue el mismo escenario, cuidadosamente preservado para que nada, o casi nada, cambiara. Primero con mis padres, luego con Sergio, yo había perfeccionado el arte de fingir normalidad. Se sobrentendían las normas de comportamiento, se callaba lo desagradable, aunque de vez en cuando, con mesura, había permiso para hablar de lo que nos molestaba, siempre que asumiéramos que nunca se arreglaría, porque las máximas que nos guiaban eran que la gente no cambiaba, que era de mala educación llamar la atención y que lo único peor que eso era quejarse.

—Si te engañan una vez, la culpa es de los demás. Si te engañan dos veces, la culpa es tuya. La gente no cambia, solo cambian los estúpidos a los que timan.

Todas esas creencias se habían construido como pilares de toda una sociedad, como unas vigas que sostenían el trato entre extraños y que no podían ser cuestionadas. Mi familia, que se había quedado reducida a muy pocos miembros, se regía fielmente por ellas y solo la tía abuela Amalia se había escapado de esas convenciones. Escapado hasta el punto de que vivía en Francia desde que era una jovencita. Pero la tía Amalia no contaba: quienes sí mantenían el peso de las decisiones, nuestro entorno, vivían con un razonable nivel de satisfacción, sin quejas, sin llamar la atención y sin pretender cambiar nada, nunca, nada.

Yo, por lo tanto, no sabía en realidad qué tenía hasta que comencé a darme cuenta de que aquello, fuera lo que fuera, no estaba allí. Nos esmerábamos tanto en mantener la impostura de que éramos iguales que el vecino que con el tiempo comenzábamos a olvidar dónde se acababan nuestros límites y empezaban los del otro. Mis padres, por ejemplo, vivían con el heroico estoicismo que se les suponía a todas las familias que tenían dinero y que no necesitaban demostrarlo.

—Espero que no llegue el día en el que te vea cubierta de marcas, como una italiana —me dijo una vez mi madre cuando en mi adolescencia comenzaba a suspirar por la ropa que llegaba como una marea a los escaparates, con sus logos relucientes y reconocibles a distancia—. Una señora solo debe llevar unas letras y son las de sus iniciales. Bordadas, y no demasiado a la vista.

Y así yo llevaba, sin perder tiempo en una rebeldía que tampoco encontraba necesaria, prendas tan clásicas como todas mis amigas, tan caras como las de ellas, que las madres podían catalogar, comparar y reconocer en su código familiar y que aseguraban que todo seguía como era debido. Mi padre se jactaba de no haber llevado nunca los zapatos demasiado nuevos y se burlaba, sin disimular demasiado, de los jóvenes médicos que comenzaban a viajar en su tiempo libre o que se marchaban a colaborar con causas solidarias a países tercermundistas.

—No quieren ni curas ni monjas en los hospitales de aquí —decía—, pero luego se marchan ellos a hacer su trabajo en Togo. La edad nos cura a todos de muchas estupideces, pero qué largo se hace ese camino…

En ese entorno cerrado y protector, mis padres vivían de manera austera de idéntica forma en la que lo hacían los de Sergio, una familia mucho más acomodada y emparentada con la aristocracia, algo que siempre estaba presente pero de lo que nunca se hablaba. Los sonajeros de plata de cada uno de los hijos se exponían sobre un aparador en el comedor; en mi casa uno muy parecido, con mi nombre grabado, apareció en los cajones del comodín de mi madre.

Solo algunas alusiones muy sutiles permitían adivinar que había alguna diferencia entre su situación y la nuestra, entre la de sus amigos, de buenas familias pero arruinados desde hacía décadas, y los que habían conseguido contratos o inversiones relumbrantes. Pero para quienes habíamos sido educados en ese lenguaje, esas diferencias marcaban enormes distancias. Quiero y no puedo. Nuevos ricos. Viejas glorias. Ellos. Nosotros.

Ese mundo perduró sin interrupciones mientras mis padres vivieron. Entonces yo hubiera podido hacer con los restos de ese entorno opresivo lo que hubiera deseado. Reventarlo en mil pedazos si quisiera. Pero, en lugar de ello, continué viviendo como si nada hubiera cambiado y como si yo, que no conocía ni mucho menos tan bien como mi madre las normas de supervivencia en mi tribu, las dominara por completo. Me centré en mi marido, como se esperaba de mí, un poco en mi trabajo (porque, como todas las mujeres en mi situación, yo trabajaba) y en ser madre.

Pero me olvidé de cada una de las cien mil pinceladas de ese bodegón minucioso, preciosista, barroco que era mi realidad: aunque mantuve siempre el contacto con mis dos amigas más íntimas, no cuidé, por ejemplo, de las amigas de mi madre, esas tías postizas de humor cáustico, como ella, que podían ser arrebatadoramente divertidas o de una altivez gélida, según amaneciera el día o les dictara el humor.

—Casi no te vemos, Elenita, no te hagas tan cara de ver.

—Bueno, es lo que toca. La juventud tiene su vida, no van a estar pendientes de unos vejestorios como nosotras.

—Tampoco veo que tenga mucho más que hacer.

—Tú hace mucho que no ves gran cosa, cariño.

No reparé en sus cumpleaños, en sus santos. Porque, en su infinita bondad y por respeto a la memoria de mi madre, podrían haber pasado por alto que no recordara sus

cumpleaños, aunque bien podía haberlos retenido. Pero sus santos, por Dios bendito, algo tan sencillo como leer el calendario y que me vinieran a la cabeza, era un agravio que les dolía en el alma.

No se me ocurrió en ningún momento pasarme por su casa un jueves, o un miércoles, al mes con una bandejita de pasteles de bocado, o con una bayonesa rellena de cabello de ángel, o con unos *cupcakes* que se comenzaban a poner de moda y contarles cómo nos iba, lo mucho que echaba de menos a mis padres, los problemas en el archivo, lo que fuera que les permitiera un mínimo acceso a mi vida y a mi día a día.

—Llámame frívola, pero cuando me acuerdo de tu madre, hija, lo primero que recuerdo es aquel ingenio que tenía y su mano para la repostería. Echo tanto de menos las bayonesas que hacía siempre.

—Claro que las chicas de ahora no tenéis tiempo para esas cosas. Como trabajáis…

Las bayonesas de mi madre eran legendarias, por mucho que todas supieran que las compraba en su pastelería preferida, las desenvolvía de su aparatosa papelería de seda y las hiciera pasar por suyas. ¿No hubiera sido mucho más sencillo el continuar con esa costumbre, el permitirnos a todas disfrutar con la ficción de que había heredado la receta o las mañas de mi madre y dar así gusto a todo el mundo?

—Vendré a veros pronto, lo prometo —decía yo, y huía para que el viento me limpiara aquella mugre, el aire en el pelo, la bofetada del frío en la cara.

Olvidé además aplicar de la manera adecuada la norma de no quejarse: no debía hacerlo, por supuesto, pero mis amigas, muchas de ellas hijas de las amigas de mi madre y, en general, mejor educadas que yo, o más hábiles que yo, o al menos más inteligentes que yo en el trato social, esperaban que les contase mis avances y sufrimientos primero en los intentos por quedarme embarazada y después en la adopción.

Así hubieran podido hablarme de sus propios embarazos y partos, y de los pros y los contras de la lactancia materna y a demanda, del colecho y el apego, de cómo dormían sus niños y de los increíbles descubrimientos que se producían cada hora si se los observaba y animaba y, quién sabe, quizás algo me hubiera podido ser útil o el roce hubiera provocado un cariño que yo, por mi empeño en no abrir la boca ni el corazón, impedía.

—Elena, tan calladita siempre. Hay que arrancarte las palabras, chica.

—Su padre era igual, no la fuerces. Cada una es como es.

—Ya veo, ya.

Yo no me quejaba, lo cual podían respetar; pero, sobre todo, no les permitía en ningún momento quejarse a ellas, con lo que les negaba compartir esa actitud resignada con suspiros callados, esa manera de contar dolores como si no lo fueran y logros como si no importaran y, sobre todo, de continuar con la convicción de que hacíamos lo que podíamos, que era más de lo que debíamos, porque, al fin y al cabo, esa era nuestra obligación y de nada servía lamentarse porque ni la gente ni el mundo cambiaba.

Pero eso lo descubriría luego, cuando poco a poco me fui quedando sin nada. Un día me di cuenta de que el teléfono no sonaba desde hacía semanas y de que nadie se había preocupado por si yo estaba bien, mal, viva o muerta. Al principio creí que se debía al respeto por mi intimidad: solo un paso por detrás de la ostentación se encontraba el pecado mortal de la exhibición de sentimientos.

Luego pensé que no se habían enterado de lo sola que me encontraba. Alguna noticia de que me había separado tendrían; en aquellos círculos todo se sabía

rápidamente, fuego y pólvora. Sergio era amigo de varios de los maridos de mis amigas. Pero pensé que quizás mantenían las distancias porque yo no daba muestras ni señales de encontrarme mal o necesitada de compañía. Tardé mucho en comprender que era una expulsión en toda regla de mi entorno, de mi clase, si queríamos llamarla así, como una ostra se libra de una arena, embelleciéndola.

Yo había cometido el fallo, repetido hasta la saciedad, de ir a mi aire, de pensar que podía vivir entre ellos sin ser como ellos. Tolerantes, habían sido pacientes mientras vivían mis padres, que no se merecían el desaire. O mientras estaba casada con Sergio, que era, por excelencia, uno de los suyos. Es decir, mientras las cosas me iban razonablemente bien.

Cuando la melancolía se asentó en mi vida, la leyeron como la señal definitiva de que se confirmaba lo que pensaban de mí: que no se podía una saltar las normas con esa alegría, que el desapego no traía nada bueno, que quien vive solo acaba solo y que, en definitiva, había gente a la que no se podía cambiar, por mucho que lo intentaran.

De aquella imagen de mi relación con las amigas dejaba a menudo fuera escenas que no sabía cómo interpretar: conversaciones escuchadas a flecos o momentos como aquella fiesta a la que había acudido sola porque Sergio, aunque había confirmado que asistiríamos, se había olvidado de que ese fin de semana se encontraba de viaje.

La idea fue de Cristian, como casi todas las ideas disparatadas que, desde que nos conocíamos, se lanzaban al aire y eran acogidas con el entusiasmo de los veinte años. Luego crecimos, algunos nos casamos, la mayoría entre nosotros, otros nos divorciamos, la mayoría entre nosotros, y Cristian y Valvanera continuaban siendo el pegamento que nos unía y el globo que nos elevaba, por mucho tiempo que transcurriera y por disparatadas que continuaran siendo sus ideas.

—Ven sola, no te preocupes —me dijo Cristian—. Te emparejaremos con mi primo Luis, que acaba de quedarse soltero y nos hemos empeñado en sacarlo de casa. No nos falles ahora, me descuadras la mesa.

En realidad, dudo de que, en verdad, a mi grupo de amigos les gustara demasiado Cristian: a mí, al menos, no me agradaba. Nada en él justificaba ese recelo. Más alto que el resto de los chicos, mucho más divertido (nos queríamos, tras años de confidencias y de llantos de borracho en la madrugada y de silencios incómodos, pero nadie hubiera podido aseverar que éramos un alegre grupo de juerguistas), conservaba todo el pelo y unos ojos azules muy claros.

Era hijo de unos vecinos de mis padres; nos conocíamos desde siempre, de cumpleaños y fiestas compartidas: después se había casado con mi amiga y, además, había intimado con Sergio. Algunas veces los tomaban por hermanos, no tanto porque se parecieran (los dos con buena presencia, el mismo estilo de camisa y traje, los ojos claros), sino por un aire determinado común de seguridad en sí mismos, una agresividad que en Cristian resultaba mucho más evidente y que Sergio envidiaba.

Entonces, en mitad del primer plato, Cristian lo soltó. En un primer momento, todos nos reímos y continuamos con la cena, como si se hubiera propuesto una batalla de bolas de pintura o apuntarse a un curso de bolillos. Sin embargo, una mirada de refilón me hizo pensar que Pilar cambiaba de gesto y que no era la primera vez que pensaba en ello.

Posé los palillos en la pequeña pieza de cerámica, sobre el mantel ya salpicado de salsa de soja, y, como siempre, por inercia, busqué con la mirada a Sergio, hasta que recordé que me encontraba sola. ¿Sabía él de antemano qué nos aguardaba en la fiesta? Los demás también callaron o fingieron un súbito interés por las manchas de soja.

—¿Por qué no? —dijo Cristian—. Nos conocemos, no puedo pensar en nadie en quien confíe más que en vosotros y no le estamos pidiendo a nadie que esto se repita. Si no nos gusta, nos levantamos, nos vestimos y mañana olvidamos lo que pasó.

El mismo brillo incitante se repitió en los ojos de Pilar. Sabía que, en cuanto se diera la ocasión, ella se lanzaría sobre Luis. Era evidente y ahora sabía interpretar su interés algo más que cortés durante la cena, las preguntas compasivas, el apretón en la mano del recién separado.

No sentí otra cosa más que un desconcierto súbito, un no saber cuál debería ser mi reacción para no parecer una puritana ni que se me pudiera llamar descarada. Los chicos comentaron algo entre ellos y nosotras reímos, un poco avergonzadas y un poco asustadas, mientras comentábamos qué ropa interior llevábamos esa noche.

Cristian apagó la luz. La claridad de las farolas de la urbanización dejó en penumbra el salón: desde allí veíamos los coches, aparcados con cuidado en el garaje, y el jardín posterior. Algunas risas sofocadas. Paco me tomó de la mano en la oscuridad, una palma un poco sudorosa de la que me libré pronto; caí en la cuenta, de pronto, de que no conocía de verdad a ninguna de aquellas personas, salvo a Cristian, del que sabía que era un amigo frío, un marido solícito y un trabajador incansable y ambicioso.

Entre las amigas hablábamos muy poco de nuestros maridos y aún menos de cómo se comportaban en la cama. Nos habíamos encontrado demasiado jóvenes y en un momento en el que la vergüenza nos cortaba la lengua; además, nos referíamos a nuestros amigos, a nuestros novios de toda la vida. ¿Cómo podría yo hablar con ellos o mirarlos a la cara con normalidad si entrábamos en detalles que nos hacían reír o envidiar a las otras del grupo?

No, no los conocía, solo sus gustos superficiales como controlaban ellos los míos, como que yo odiaba que me regalaran camisetas o que Sonia coleccionaba unas absurdas brujas de todas partes del mundo, que Paco fingía ser un sentimental y que para la declaración de la renta era conveniente una consulta con mi marido. Cristian sirvió más bebida.

¿Y entonces? ¿Qué paso seguía a aquel? ¿Ellos, nosotras? ¿Música, un baile que llevara las manos un poco más abajo, o más arriba, o más adentro, una o dos habitaciones, una alfombra mullida? ¿La mesa, la encimera, una silla que permitiera al hombre recostarse y a la mujer cabalgarlo? Como en todo lo que implicara relaciones humanas, yo era torpe, y los demás sabían perfectamente que lo era. Sonia, la mujer de Ricardo, que se había incorporado como nueva (solo frecuentaba el grupo desde hacía tres años y siempre con Ricardo), fue la primera en acercarse a Pilar y en rozarle suavemente el brazo.

Yo no podía apartar la mirada de Paco. Me había gustado por un tiempo muy breve cuando era una adolescente, sabía que era inconstante, posiblemente infiel. En las noches de llanto porque Sergio y yo no tuviéramos hijos agradecía no haber tenido nunca nada con él, porque me hubiera hecho sufrir de manera inenarrable. ¿Por qué entonces ese interés en ver a quién se acercaba, a quién o a quiénes besaba primero? Sabía que no sería a mí; incluso cuando era joven y más bonita, no nos habíamos

permitido ni un triste polvo entre amigos, ni una mala concesión nostálgica por los viejos tiempos.

Fue a Valvanera. La desnudó primorosamente, con tanto cuidado que sospeché que había fantaseado muchas veces con hacerlo o que uno de sus ligues ocasionales había sido una de mis mejores amigas. De nosotras, Valva era la única que vestía de manera adecuada para la ocasión, con un liguero negro (era muy alta y las medias siempre le quedaban cortas) y un sujetador de raso más bonito que cualquiera que yo hubiera tenido nunca. Paco rozó el raso con un dedo, luego con dos, en un movimiento casi idéntico al que había iniciado Pilar con los pequeños pechos de Sonia. Por un momento, parecieron dos mimos enfrentados a los distintos lados del espejo.

Yo continuaba vestida, con la blusa un poco abierta; pensé que no tenía prisa. Si algo sabían de mí era que necesitaba siempre un poco más de tiempo que los otros, que la timidez me ataba con hilos que no comprendían pero respetaban.

¿Me escogerían o sería yo la elegida? Ricardo también me atraía, como siempre había sabido desde el primer año de la universidad. Hubiera sido mi segunda opción. ¿Era correcto que me acercara a él, que hundiera mi cabeza en su hombro y luego un poco más abajo, mientras desabrochaba los botones de sus vaqueros de la manera menos torpe posible?

Mi lencería era horrible: vestía de blanco, no deseaba que se transparentara bajo la blusa de seda; de manera que bajo la seda entreabierta aparecía un discreto sostén de matrona de color carne. Desde varios meses atrás, oscilaciones hormonales, de peso, de esperanzas, no había encontrado razones para colores bonitos o sujetadores para prendas con escote, que, por otra parte, no vestía ya.

No sé lo que hubiera dado porque el imbécil de Cristian me hubiera avisado: me había llamado para dudas insignificantes, etiqueta, flores, maridajes, en momentos en los que él siempre quedaba como un caballero gracias a mis consejos, y me lo pagaba así. Casi sin darme cuenta, cerré de nuevo el cuello de la blusa. Volví a abrirlo.

Para fingir que era capaz de encajar en la situación comencé a bajar la cremallera de mis botas. Intenté que los movimientos resultaran sutiles, entreabrí la boca y no aparté mi mirada de Paco, que también me observaba, aunque permitía que Valvanera le lamiera la oreja, con su mano perdida en la entrepierna.

Una bota quedó suspendida en la punta de mis dedos y me incliné, muy despacio, hacia la otra. Pilar había tumbado a Sonia sobre el sofá y se movía sobre ella en la oscuridad, con una avidez que nunca hubiera imaginado. Todo transcurría en un extraño silencio, como si estuviéramos en la habitación contigua a la de nuestros padres y lo prohibido, los placeres privados, aumentaran por el secreto y el silencio.

El primer gemido fue de Luis. Mientras yo me demoraba con las botas, él había avanzado por el cuerpo de Jorge. No sé qué sentí primero: si la sorpresa porque el pluscuamperfecto, el convencional Luis se desnudara con la misma tranquilidad con la que lo hubiera hecho en un gimnasio o por la obediente pasividad de Jorge, que, con una erección más que evidente, se dejaba guiar de la mano hasta otro de los sofás. Entonces sí, como si se esperara una señal, comenzaron los suspiros y el grito penetrante de Sonia, un momento antes, o dos, o quizás una exagerada muestra de júbilo anticipado.

Sonia siempre había disfrutado con la atención de los hombres. Ni muy lista ni muy guapa, poseía en cambio esa virtud sensual, esa forma de fruncir los labios que, si lo hubiera deseado, la hubieran convertido en una actriz, en una mujer aferrada con

elegante desgana al brazo de un hombre rico. Coqueteaba sin cesar, fingía ser una niñita, si eso funcionaba, o una distante estrella, y detectaba qué le gustaba a quien se sentaba frente a ella. ¿Cuánto tiempo había dedicado a Pilar, delante de las narices de todos, cuánto habrían demorado las dos el momento en el que se chupaban, como ahora, los dedos de Sonia en la boca de Jorge, que, por fin, se había acercado a ellas, mientras dejaba a Luis con su novia y esperaba a que las dos chicas le prestaran una atención que no le habían pedido?

Pilar levantó por un instante la cabeza; sonrió sobre las piernas de Sonia, con el lápiz de labios un poco desdibujado.

—Ven —me dijo—, ¿qué haces ahí sola?

Sonia se incorporó y ofreció sus pechos a Jorge.

—Déjala —añadió, la voz ronca por el alcohol—. Ha sido siempre una sosa.

Con toda la discreción posible, me quité también las medias. Descalza, con una falda roja y una blusa no muy nueva, me sentía como el niño al que eligen en último lugar para el partido. Paco aferraba a Valvanera por las muñecas mientras se hundía en ella, con una furia que me hizo dudar de nuevo si era o no la primera vez que follaban o si quería impresionarla, como casi siempre intentaba.

Me levanté, busqué a gatas la segunda bota e intenté recordar dónde había dejado mi bolso. En el recibidor, con un vaso ancho en la mano y actitud pensativa, Cristian aguardaba sentado.

—Me voy —dije—. Esto no es para mí.

—¿Estás segura? Puedo traerte a Paco.

Sonreí.

—A cualquiera antes que a Paco. —Él ahogó la carcajada en el whisky—. ¿Y tú? Esta era tu fantasía.

—No. Ha sido idea mía, pero no mi fantasía. Y estoy haciendo exactamente lo que tengo que hacer. ¿Estás escandalizada?

—No sé cómo estoy. Medio borracha, para comenzar.

—Era un riesgo invitarte, pero, como coincidía con el viaje de Sergio y Luis te tenía ganas, me lancé.

Me senté en el suelo para calzarme de nuevo la bota derecha.

—Bueno, sea como sea, Luis parece ocupado en otros intereses, Sergio no va a saber nunca nada de esto y creo que deberíamos esperar algún tiempo antes de que todos nosotros nos veamos de nuevo.

—¿Por qué? —dijo él—. ¿Porque ahora conoces sus secretos? ¿O parte de sus secretos?

—No te entiendo —le dije, la cremallera a media pantorrilla.

Cristian se levantó y me cogió de la mano. Dudé por un momento si apartarlo, pero no parecía un gesto sensual, y no lo era. Me sirvió de guía en la oscuridad, hacia la luz de su despacho, en el primer piso.

—¿Nunca te has sentido humillado por ellos? ¿No has llegado a sentir que los odiabas? ¿Qué nos retiene juntos, salvo los años en los que hemos sido testigos los unos de la vida de los otros?

—En los grupos de amigos…

—Este no ha sido nunca un grupo de amigos y tú no eres tan tonta como para creerlo. Es un grupo de competidores, de poder. ¿Cuántas veces lo has sentido con

Sonia? ¿Y con Pilar, que lleva siete años tirándose a quien puede a espaldas de su marido, mientras todos, incluido Paco, que hace lo mismo, fingen que no se enteran? ¿Sabes las veces en las que he soportado las impertinencias de Luis, las fanfarronerías de Ricardo? A mí me toleran porque doy buenos soplos. Conozco a gente. Además, me necesitan para entretenerse: a veces la diversión ha sido pública, familiar, correcta. Hemos viajado en horribles fines de semana, he organizado cumpleaños perfectamente anodinos. Otras veces era en privado, salvajadas divertidísimas como esta de las que no se ha vuelto a hablar.

Me fijé en el despacho de Cristian, un espacio correcto que podría haber sido extirpado con precisión quirúrgica de cualquier gran empresa, salvo por una gran mesa ocupada por un puzle a medio hacer. *El jardín de las delicias*, de El Bosco. Cinco mil piezas, un trabajo paciente, minucioso. Horas en cada detalle, dedos que giran piezas hasta que encajan.

—¿Y a mí por qué me aguantas?

—Porque sabes guardar secretos, guapa.

—¿Los estás grabando? —pregunté, de pronto, alarmada.

—No, no hace falta. ¿Crees de verdad que son tan liberales como fingen ser? Volveremos a encontrarnos a menudo, por supuesto, pero ¿crees que volverán a tratarse de la misma manera? Saben quiénes se desean y quiénes les han rechazado. Lo sabrán y sabrán que nosotros lo sabemos. Y nunca hablaremos de ello, pero no hará falta. Con el tiempo, es muy posible que el grupo se disuelva. A partir de ahora, nosotros diremos qué se hace y qué no se hace.

—¿Nosotros?

—Somos los únicos que no hemos participado.

—Pero ahí está Valvanera…

—Valvanera no vale lo que este poder.

—¿Y qué vamos a hacer? —dije casi ansiosa, dispuesta en ese momento a tenderme sobre la alfombra, a que esos ojos claros y fríos me miraran muy de cerca, mucho más de cerca.

Me acarició la cara.

—Nada, guapa, lo mismo que íbamos a hacer antes de esta conversación.

Se sentó ante la enorme mesa del puzle y me dejó allí, en pie en mitad del despacho.

—Elena… —me llamó. Me volví, casi esperanzada a mi pesar—. Cuando salgas, cierra la puerta, por favor.

Antes que las amigas, había perdido el dinero, pero había sido de una manera anodina e inadvertida, como se escapa el tiempo si no tenemos cuidado de mimar cada hora, cada día. De pronto se acumula la pérdida de diez años, veinte años de tedio, y canas, y vacío. De hecho, me di cuenta casi en el mismo momento de que se me había ido media vida y de que estaba arruinada y, como suele ocurrir, presté atención al menos urgente de los dos problemas. Comencé a preocuparme por las finanzas en lugar de por qué el tiempo se me continuaba escapando como el agua por un grifo viejo.

En realidad, no había pensado nunca en el dinero porque era algo de lo que en casa no se hablaba como no se mencionaba el sexo o, ya puestos, las enfermedades, salvo para afrontarlas con el escalpelo y los diagnósticos, lo que era, siempre, misión de mi

padre. El dinero y sus fluctuaciones aparecían de vez en cuando en nuestra vida, como la diarrea, pero exactamente igual que de la diarrea no se hablaba de ello con desconocidos y se intentaba ahorrar el mal trago a los cercanos.

Se asumía que, como hija única, heredaría todos los bienes de mis padres y que con eso tendría suficientes medios para vivir como era debido, con austeridad dentro de nuestros criterios, como todo nuestro mundo. Podría darme incluso para alguna extravagancia, un coche bonito, o una finquita, o para viajar si a Sergio y a mí nos divertía eso ahora que todo el mundo viajaba y que no parecía ya tan de nuevo rico salir de Europa.

Por otro lado, yo era funcionaria, o al menos todo el mundo pensaba que era funcionaria. Trabajaba en un archivo municipal, un puesto sólido, seguro, respetable, desde el que podía apoyar sin resultar un problema la carrera de Sergio, que, inteligente como era, ambicioso como se le suponía, necesitaba toda la estabilidad y la ayuda que le pudiera proporcionar.

Me gustaba mi trabajo: era la encargada de formar a los becarios, casi siempre chicas muy jóvenes que aún creían que trabajar en un archivo implicaba descubrir manuscritos enigmáticos y cambiar el curso de la historia. Yo las veía sucederse con sus cabellos larguísimos y los rostros aún redondos de los veinte años y disfrutaba cuando había logrado mostrarles la realidad sin que por eso se decepcionaran.

—Así se hace, Lorena. Muy bien, Vanesa.

Con mi bata blanca, los guantes de tela para evitar cortes y los programas de catalogación era bastante feliz. A veces mi tarea no se diferenciaba mucho de la de una maestra que acompañara por unos meses a unos chiquillos hasta el inicio de otro curso, que, en este caso, era la vida laboral.

—Buena suerte, Lorena. Llámame para lo que necesites, Vanesa.

Había preferido siempre la estabilidad a un salario más alto, la agradable rutina de la formación a ambiciones o ascensos. Y mis padres cumplieron con lo debido: salvo algunos detallitos para compromisos, algunas joyas de mamá para amigas y ahijadas y algunas cantidades muy discretas para cofradías, asociaciones y una peña deportiva, me habían legado todo a mí. Sin embargo, contradiciendo lo que se esperaba de ellos, no habían ahorrado tanto dinero como todos, incluida yo, suponíamos. Lo habían invertido en dos fondos muy seguros y con una venta en vida de la casa, que, por otro lado, a mí no me interesaba conservar. No, no era tanto como imaginaba, pero mucho más de lo que nunca hubiera pensado poseer.

—Si quieres, yo me puedo ocupar de eso —me dijo Sergio en los días posteriores a la muerte de mi madre, cuando comenzaba a darme cuenta de lo que me había pasado, pero aún no tenía la menor idea de lo que me había ocurrido.

—Por favor, hazlo —contesté mientras me sorprendía cómo la vida podía ser tan cruel como para entremezclar todo, la pérdida de una persona y la riqueza súbita, los papeles de la funeraria y los del notario, la sensación, muy en el fondo, como un alfiler olvidado en un dobladillo que me pinchara de pronto, de libertad y la evidente certeza de haberme quedado sola para siempre.

Y lo hizo. Me resultaría fácil arrojarle ahora a Sergio la culpa de todo y afirmar que me robó con engaños, ante mis propias narices; no hubiera estado del todo mal visto si deseaba entrar en la hermandad de las divorciadas estafadas, las que se oteaban en el aire. Eran esas mujeres que trababan sus alianzas en una red de quejas contra el marido,

las reales, las imaginarias y las creadas a raíz de las conversaciones comunes. Posiblemente no les faltara razón, pero eso era lo de menos: todos creíamos que alguna culpa debían estar pagando.

Lo que ocurre es que eso sería despreocuparme de toda mi responsabilidad, de mi edad, de mi total desinterés, incluso desagrado, por cualquier cosa que se relacionara con el dinero. Me comporté como una niña que dejara su vida en manos de otro. Jamás pedí cuentas de nada. Nunca pregunté qué firmaba.

Tampoco esperaba, en el fondo, que Sergio se preocupara por mi dinero de la misma manera en la que lo hubiera hecho, o lo hacía, por el suyo. Desde que nos conocimos, habíamos definido nuestros espacios, el suyo y el mío, claramente separados por una raya invisible, un campo eléctrico que nos repelía desde lo más obvio e individual (mi cepillo de dientes) a lo más sutil (mi matrimonio, mi vida, mi proyecto). Pero, al menos a simple vista, parecía que él se ocupaba de todas las cuentas y los trámites con toda la honradez y con enorme sentido común.

—¿Te parece bien que los fondos se queden como dispuso tu padre? No dan mucho, pero rentan más que en otros que he mirado por ahí.

—Como tú digas.

—Voy a hablar con Cristian, a ver en qué está invirtiendo últimamente y qué sabe.

—Como tú digas.

—Deberías conocer al director de la sucursal del banco, para que al menos sepa quién eres.

—Como tú digas.

—¿Te ha gustado el director? ¿Te ha convencido lo que hemos decidido?

Y yo, que de aquel hombre algo engreído, de magnífica cabellera canosa y corbata con pequeños elefantes, había retenido apenas alguna frase y la sensación de confianza y solidez que exudaba como un perfume amaderado, contesté sin reparos:

—Sí. No sé. Sí. Cuanto menos tenga que pensar en ello, mejor.

Pasó el tiempo y nos mudamos a una casa mejor, un piso enorme que tenía una terraza acristalada en la que podríamos organizar alguna cena, y un despacho, aunque pequeño, en el que Sergio trabajaría más a gusto que en el salón de la anterior, y otra habitación para la niña, que se convertía a cada conversación en una realidad más palpable, e incluso un generoso cuarto de invitados y otro para que yo pudiera cubrirlo de estanterías y de libros y montar allí una salita de lectura parecida a la que mi madre siempre quiso y no tuvo.

El mismo director, recomendado directamente por Cristian, nos concedió una hipoteca vertiginosa, pero que parecía menor porque se amortizaba con uno de mis fondos y nos permitía, casi de golpe, amueblar esos espacios nuevos y llenos de aire. Nos creímos sensatos porque rechazamos cambiar el coche de Sergio y acordamos estirarlo al menos otros tres años, aunque, si lo hubiéramos deseado, una cuota apenas imperceptible lo hubiera cubierto también.

—¿Estás contenta?

—Mucho. Aún no me lo creo.

Salimos del banco con la euforia inexplicable e infantil de estrenar zapatos nuevos y entramos en la casa algo decepcionados ya, porque todo lo real que puede tocarse pierde

el encanto, como en las mariposas el polvillo de las alas, y porque en la imaginación el piso no tenía alguna grieta menor, ni un vecino gritaba con los goles los jueves y los domingos, y, sobre todo, porque ahora nos quedaban cuarenta años para pagarla y para aburrirnos y para encontrarle fallos y para encariñarnos de ella como de cualquier cosa que lleve en nuestra vida cuarenta años.

Tampoco pensé en que las cosas podrían no irnos tan bien entonces, mientras pedía días por asuntos propios en el trabajo para atender al fontanero porque un radiador no iba bien, y para controlar la mudanza, y para hacer cola en las oficinas del gas que, no sabíamos por qué, no acababan de reconocer que los nuevos propietarios éramos nosotros y no los anteriores. ¿Quién pensaba en eso? Dilapidé el tiempo, entreverado con el dinero, algo sorprendida porque Sergio apenas me pusiera límites.

No se me pasó jamás por la cabeza el que viviéramos por encima de nuestras posibilidades, porque eso hubiera sido una traición evidente a todo aquello en lo que creíamos, en lo que nos habían educado. Nosotros hacíamos bien las cosas. No, no éramos de esos, de los que luego, en la sala de adopciones, mi marido miraba con desprecio mal disimulado. Muy serios, con la conciencia escrupulosamente tranquila, nos hipotecábamos de por vida, pagábamos al contado los electrodomésticos y aprovechábamos la ropa de otras temporadas. Salíamos a cenar a lugares que nos podíamos permitir, que eran, sin excepción, los mismos que se podían permitir nuestros amigos y de vez en cuando soñábamos con premios de una lotería a la que no jugábamos y con viajes a Tokio, a Nueva York, a Nueva Zelanda, que nunca planeábamos en serio.

La ruina comenzó en Grecia, el país que habíamos visitado en nuestra luna de miel, y se extendió como una mancha de sudor por el sur de Europa, imparable, con una lentitud irreal al principio, frenada por la incredulidad y la negación. Después, a la velocidad de la lava.

—Eso llegará aquí —dijo de pronto Sergio una noche en la que veíamos las noticias, yo más pendiente de pintarme las uñas que de lo que escuchaba. Me las pintaba yo misma, con el vacuo orgullo de mantenerlas siempre impecables—. No de esa manera, no tan grave, pero lo viviremos aquí, ya lo verás. La gente perderá el trabajo, perderá las casas, y los mercados van a exprimirnos hasta no dejarnos una gota de sangre. Pagaremos muy caro el haber vivido como hasta ahora, en una fiesta continua.

—Ajá —dije mientras pensaba en por qué un esmalte de uñas tan caro se astillaba con tanta facilidad.

—Por suerte, en España tendremos siempre la construcción, que tirará de la economía. Y además, la solidez bancaria es completamente distinta que en Grecia…

Callamos, mientras yo mordía un pellejito y él acababa su copa de vino, un poco irritados, como solía ocurrirnos, por la estupidez recalcitrante del mundo, por los efluvios oscuros del telediario, por esa inquietud desasosegante que causaba asomarse por la ventana y comprobar que llovía. Y otro día, no recuerdo demasiado bien cuándo (bastaría un vistazo a la hemeroteca para fijar el año y la fecha concreta), llegué del trabajo y encontré a Sergio muy nervioso, con la camisa remangada y una expresión de sorpresa que lo rejuvenecía de manera perturbadora.

—¿Te has enterado de lo que ha ocurrido con los fondos de pensiones? —preguntó, y mostró un visible alivio cuando le dije que no. Me explicó a toda prisa la estafa de la que apenas se comenzaba a atisbar la gravedad y, al cabo de unos minutos, yo lo miraba

sin escuchar, insensibilizada por la sucesión de noticias parecidas con las que nos acorralaban sin tregua.

—Y traducido para tontos, mi amor, ¿qué significa eso?

Me miró con expresión inescrutable.

—Significa que tu dinero ha volado, Elena. Habrá que esperar acontecimientos y después denunciarlo, que sea admitido a trámite y confiar en que no se lo hayan pulido todo.

—Pero se puede denunciar, ¿no?

—Sí, debes denunciarlo.

—¿Nos queda algo?

—Sí, mi dinero está en fondos más conservadores, gracias a Dios. Fue sabio el diversificar.

—Y tenemos la casa, ¿verdad? —pregunté al cabo de un momento.

—Claro que tenemos la casa. Sin pagar, pero la tenemos.

—Entonces lo otro no tiene remedio ni se lo vamos a buscar ahora.

Hice exactamente lo que me habían enseñado: no te quejes, finge que todo es normal, no cambies tu manera de vivir, no intentes que nada cambie. Pero nadie me devolvió mi dinero. Prestábamos atención a la lava, pero lo que nos mataría sería el aire. No podríamos respirar. Por mucho tiempo nos quedaríamos así, paralizados, como los moldes que fueron vivos de Pompeya y Herculano. Unas figuras grotescas, vagamente humanas, que recordaban a los demás la torpeza que les hizo morir: la avaricia de aferrarse a unas monedas, la falsa seguridad de una casa, la confianza desproporcionada en las propias fuerzas, el ansia por mantener unida a la familia, la fe en los dioses o los gobernantes.

El volcán llevaba mucho tiempo emitiendo gruñidos y humo, pequeños terremotos de advertencia. Y yo, con la misma inconsciencia de quienes asistieron a los juegos del circo el día en el que el Vesubio erupcionó, continué con la mirada fija en mis problemas, en mis fruslerías, en mi importante ombligo.

Por supuesto, no todo fueron malas noticias en aquella época. Puede que gran parte de mi dinero se hubiera desvanecido, pero en el día a día no noté una gran diferencia. Vivíamos bien con mi sueldo y el de Sergio, lo que ocurría fuera, en la calle, no nos afectaba más que en ensombrecernos el humor.

Y además de aquella fiesta a la que había acudido sola y que pronto quise olvidar, hubo cenas muy agradables con amigos y con mis cuñados, nacieron dos sobrinos; poco a poco, el vacío que dejaron mis padres fue sustituido por los mejores recuerdos de su personalidad y de su ingenio y, de alguna manera, me sentí más acompañada por ellos muertos de lo que lo había estado cuando vivían. A veces, con una íntima alegría, reconocí en alguna frase o en un gesto algo que me había legado mi padre y me regocijaba al pensar que eso mismo podría yo transmitírselo a mi hija y vencer esa lucha contra el tiempo y la mortalidad en la que estábamos todos tan ciegamente empeñados.

Fue, sobre todo, el tiempo de construir la fantasía y la esperanza de ser madre, de ser padres, aunque la frontera de Sergio se encontrara allí y la mía aquí y yo supiera, sin ni siquiera formularlo, que la manera en la que mi marido imaginaba su paternidad

apenas me incluía y que tampoco podría contar con él para que fuera el tipo de padre que yo deseaba para mi hijita.

—Habrá que tener un poco más de paciencia.

—Paciencia es lo que nos sobra, ¿verdad, mi amor?

Me movía hacia adelante y hacia atrás en esa tierra de nadie que era la determinación firme de conseguir que nos concedieran una niña y el consejo, igualmente firme, que nos habían dado de que no elaboráramos fantasías, ni ilusiones, ni imágenes, que no entabláramos contacto con otras familias ni tomáramos como referencia otras adopciones, funcionaran bien o no. Un paso adelante, otro atrás. ¿Cómo podíamos sentirnos seguros sin ceder, al menos un poquito, a la ensoñación?

—No amuebléis su cuarto —nos dijeron, y allí continuaba la puerta cerrada y detrás de la puerta un espacio vacío, pero que yo había pintado, cambiado y recompuesto innumerables veces ya en mi cabeza, con las revistas de decoración apiladas en una mesita y todas las direcciones interesantes anotadas para cuando llegara el momento de encargar sus sábanas, el cambiador, si lo necesitaba aún, el armario con las diminutas perchas.

—No penséis en un nombre, no le pongáis cara. —Pero igual que yo diseñaba su habitación sé que Sergio había pensado ya en nombres, en la combinación con sus apellidos y los míos, en la manera en la que aportaría algo a la familia y a la vida.

—No os fijéis tiempos —añadieron, y no lo hicimos. El tiempo nos dejó de lado a nosotros. No acepta retos, el tiempo, acostumbrado a ganarlos como está, ni conoce fracasos.

En esos años los momentos más dulces tuvieron acentos extranjeros y gorjeos de bebé y fueron tan hermosos como frágiles. Se desintegraban muy rápidamente, pero volvían a construirse con la misma facilidad. Habíamos aprendido a tener paciencia.

Durante el tiempo en el que intentamos concebir hijos propios, antes de que la adopción se revelara como lo único posible y legal, perdimos muchas veces los nervios. En esas agradables cenas, durante las cuales nos preguntaban con toda la delicadeza posible cómo nos iba e intentaban deducir en qué momento me encontraba yo, si bebía una copa de vino o pedía agua, si había engordado o me veían el rostro más luminoso, muchas veces llegué a casa con el gesto demudado y el estómago revuelto, sin saber ya si la culpa era de las hormonas inyectadas o de la pena constante. Mi amiga Pilar tenía ya dos niños. Valvanera, aunque no hablábamos de ello, se encontraba en el mismo proceso que nosotros, solo que con un par de ciclos de ventaja.

Yo no quería contárselo a nadie y en esta ocasión no obedecía únicamente los mandamientos ancestrales de los míos: tenía la convicción de que protegía al bebé futuro y me protegía si no decía nada, si no compartía con nadie el sufrimiento ni las decepciones. Ni siquiera con Sergio, que, en lo posible, intentaba no enterarse demasiado de detalles ni de los procesos físicos, que siempre le habían resultado desagradables.

Durante ese tiempo sí que me sentí sola, con una horrible sombra a mis pies y a mi alrededor que no disipaba ningún sol. Era incapaz de alegrarme por la felicidad ajena y miraba a los niños en los carritos y en los brazos de los padres como si me hubieran arrebatado uno a mí, como si ellos poseyeran un secreto que a mí me estaba vedado, como si fuera de nuevo una adolescente y me ocultaran qué pasaba después de la hora de irse a la cama.

—No te preocupes, ya vendrá. Lo peor que puedes hacer es obsesionarte. Mi cuñada tuvo un niño precioso precisamente cuando ya perdió las esperanzas y se relajó. Pasa siempre.

¿Qué hacía mal? ¿Por qué mes tras mes solo cosechaba decepciones? ¿Por qué otras mujeres mayores que yo, con problemas de salud más graves, lograban quedarse embarazadas mientras que yo solo encontraba lágrimas, sangre y azulejos fríos?

—Ya llegará, mujer. Todavía eres joven. En el próximo intento.

No dije «No puedo más». No era capaz de salir sola de esa trampa. Fue Sergio el que una noche, después de haberme visto el rostro hinchado de llanto y ni siquiera necesitar una pregunta para adivinar qué pasaba, planteó la situación:

—No sé qué pensarás tú, pero creo que estamos gastando demasiado dinero en la clínica de fertilidad y el tiempo se escapa volando. Si queremos adoptar, es una tontería que sigamos así.

«Si queremos adoptar» fue la frase. Era la primera vez que mencionábamos el tema, pero después de veinte años juntos, me dije, hay pensamientos idénticos, telepatía no reconocida.

—Me parece bien —contesté—. Además, ya hemos acabado este ciclo.

Así, sin más dilación, comencé a buscar información sobre cómo traernos una niña a casa, a nuestra casa, a ese hueco vacío que aguardaba por alguien. El dolor se evaporó, como exhalado tras un suspiro muy profundo. Mi cuerpo recuperó la normalidad y las emociones encajaron poco a poco en sus moldes originales. Dejé de contar los días, de medir mi temperatura y de poner en práctica trucos de abuela tamizados por la tecnología y la ciencia.

—Quizás ahora, cuando te relajes… —me repitieron por enésima vez las mujeres de la clínica a las que dejaba en las salas de espera, ellas aún animadas por la ilusión del futuro o con la certeza de que en unos pocos meses tendrían a sus niños en brazos.

Algo cambiaba cuando se pasaba de la vaga incertidumbre de un niño fantasma que no lograba concebir a la presencia borrosa de un niño real, ya nacido, en algún lugar del mundo, con sus deditos y sus piececitos rotundos y creados.

—Ya hemos pasado por lo peor —me consolaba mi marido—. Ahora solo queda tener un poco más de paciencia.

—Y paciencia nos sobra.

—Paciencia nos sobra.

En realidad, por cómo éramos Sergio y yo, aquella espera diferente nos encajaba mucho mejor: podíamos encontrar culpables fuera de nosotros y de nuestra alianza. Ya no formularíamos sin decirlas acusaciones de quién de los dos era el estéril o si lo éramos los dos, dos inútiles desechados por la naturaleza. Ni pondríamos en cuestión nuestras costumbres íntimas ni si su hombría o mi capacidad de seducción no funcionaban lo suficiente. No más explicaciones embarazosas ni más días angustiados por si tenía la regla o no.

Pensé también que eso nos devolvería, por fin, una intimidad más hermosa, una pasión menos regulada y contenida. Quizás lo más devastador de todo aquel proceso habían sido las relaciones pautadas y medidas, la falta de espontaneidad cada vez que tocaba acercarse, mi cuerpo hinchado que nadie podría encontrar atractivo, el sexo por calendario y obligación. Todo aquello, pensé con alivio, se había acabado.

Pero no fue sustituido por nada. No era importante, pasábamos de los cuarenta, no podíamos pretender pasarnos el día en la cama como veinteañeros. Ya regresaría el deseo, o quizás no: quizás ahora llegara el tiempo de algo más sereno, las manos juntas, la caricia en el mentón, el cuidado más leve y más sentido. Los mayores nos habían hablado de eso, de que los matrimonios cambiaban y de que era bueno y era sabio y era necesario.

Ahora, conseguir nuestra ansiada niña se convertía en un trámite, como otro más en nuestra vida, que podíamos acelerar o no en una medida exacta y en el que quienes manejaban los hilos eran desconocidos a los que resultaba mucho más sencillo culpar o agradecer algo. Nos convino, sí, que la decisión más privada de nuestra vida no dependiera ya de nosotros y ni siquiera supimos verlo, cegados como estábamos por conseguir nuestro propósito por encima de cualquier otra cuestión. Se nos escapaban tantas cosas, se inundaba el barco tan rápidamente que preferíamos mirar al horizonte y apretar los labios mientras los pies se humedecían por la vía de agua.

—Tenemos que preparar las entrevistas.

—¿Otra vez?

—Me han pasado información nueva; ahora preguntan cosas muy raras, la verdad.

Hubo momentos felices, por lo general de una moderada felicidad, de la complicidad generada por dos personas que se han querido durante muchos años y ya prefieren no preguntarse si se aman o no, porque la propia pregunta ha dejado de tener sentido. Saben que se quieren porque no se odian, porque no han llegado al punto en el que el amor se ha tornado en un desengaño brusco, una estafa o una traición, ni tampoco a la sorda indiferencia a la que llegará, con el tiempo, si no se pone remedio.

En esa felicidad tibia cabían muchos momentos agradables: la cercanía corporal, por ejemplo, el hombro apoyado en la cabeza mientras veíamos la televisión (pero no ya cuando leíamos juntos), una nota bonita en el espejo del baño (pero no ya en la agenda del trabajo), un regalo sorpresa comprado por impulso en una tienda un día cualquiera (pero dudas durante semanas acerca de qué comprar en un aniversario, o en Navidad, hasta que acabábamos comprando cualquier cosa a última hora con la esperanza de que podría cambiarlo, porque ya sabíamos que no le iba a gustar, que no había ni tiempo ni cariño en él), un paseo tranquilo en un día frío, en silencio. El silencio de quien se ha retirado a su frontera, aquí yo, tú allí, y no a un espacio compartido…

Por un tiempo, cuando nos dimos cuenta de que estábamos cada vez más lejos, pactamos un terreno común bajo las sábanas, explorado ya mil veces pero aún atractivo, con la adoración y el cariño de quien regresa a su ciudad y la encuentra más hermosa que las que ha visitado. Como creíamos, el deseo regresó y no tuvimos que recurrir a ninguna noche más como la que había tenido lugar en la casa de Cristian y Valvanera y que yo me había esforzado por borrar de mi memoria tan profundamente que a veces pensaba que no había sido más que una pesadilla, una fantasía tejida de despojos.

Cuidábamos con esmero de las noches, quizás porque durante mucho tiempo el intento de concebir había limitado el sexo al día, y nos apetecía, por encima de otras cosas, entendernos con el cuerpo como lo habíamos hecho en un pasado.

Sergio seguía siendo un hombre guapo y yo, si bien arrastraba a veces los años y los complejos, había conseguido ese aspecto de edad indeterminada en el que pensaba quedarme muchos años. Nos gustábamos, y nos gustábamos juntos y nos horrorizaba

que nuestros amigos se divorciaran, porque parecían meteoritos que arrasaran praderas: una fuente de destrucción para todos, inútil y con muy poco beneficio.

Y los momentos más dulces, creo, se sucedían precisamente cuando nos enterábamos de una desdicha, como una manera de compensar al otro por cualquier doblez del día. Cuidábamos así de nuestra relación y nos prodigábamos los mimos que hubiéramos deseado que nos depararan otras personas u otras circunstancias. Era nuestra manera de decir «Estoy a tu lado, te quiero, te protegeré, mañana las cosas saldrán bien de nuevo». Era, creo, nuestra manera ingenua y útil, durante muchos años, de mentirnos.

La noche más memorable de los últimos cinco o seis años que pasamos juntos fue la del día en que Sergio entendió que yo había perdido los ahorros de mis padres. Tardé mucho tiempo en asociar un recuerdo incómodo, pero de cuya gravedad no fui consciente en absoluto, con la manera en la que mi marido me llevó a la cama, de la mano, como cuando éramos novios y disponíamos de muy poco tiempo, y me separó las piernas y hundió su boca entre ellas y se entregó como si pudiera darme una parte del mar y el cielo para que habitara en ella. Lo hizo con una solemnidad, con una generosidad que, cuando recordaba aquella vez (lo que ocurrió con mayor frecuencia de la que deseaba y con mayor amargura también), tenía la sensación de que me hablaba en un idioma desconocido, una lengua de signos en la que me estuviera brindando ayuda que no creía necesitar.

—¿Nada que decir?

—Nada que decir.

La inconsciencia, o la ignorancia, me hizo menospreciar aquel momento: lo consideré un regalo, sin más lo coloqué entre los otros que recibía a diario sin darle importancia. Fue luego, a la luz de lo que vino, cuando entendí mejor la retorcida manera en la que nos decíamos cosas sin mencionarlas, cómo Sergio compensaba sus errores y cómo nos queríamos sin darnos demasiado cariño. Para entonces, ya el amor había virado en resentimiento y faltaba aún algo de tiempo para transformarlo de nuevo en lo que era: dos países limítrofes con buenas relaciones.

Desde que regresamos a casa aquella tarde atroz en la que entendí que ya no tendríamos una hija, supe que pisaba una superficie muy frágil, un río helado en marzo, y que no había vuelta atrás: los fríos no regresarían y yo me encontraba en mitad de la corriente congelada, imposibilitada para correr, porque eso quebraría la superficie, y condenada si me detenía. Solo sabía que debía continuar con mis pasos cautelosos de siempre y que en algún momento caería al agua y que debía estar preparada para ello. Para una rama en el cauce, para hacer acopio de aire, para nadar en cuanto sintiera el crujido bajo los pies…

Sucedió exactamente así: se requebrajó el hielo, muy despacio, pero perfectamente audible. Llegué a casa; Sergio me esperaba vestido de una manera demasiado informal para un día de trabajo. Supe que no había ido al despacho. Había hecho dos maletas, que ya se había llevado, y junto a la puerta una mochila de montaña que usaba poquísimo, casi una reliquia, abultaba con algunas cosas que creía imprescindibles.

—¿Qué estás haciendo? —le dije sin mirarlo.

Se sentó frente a mí, me cogió las manos.

—Elena, no hay manera agradable de abordar esto. Me voy.

—¿A casa de tus padres?

—No, al piso.

El piso era un apartamento muy pequeño, en el centro, que había comprado como inversión y al que había destinado sus primas de beneficios.

—Creía que lo tenías alquilado.

—No, ya no —contestó, y aparté la pregunta de cuánto tiempo llevaba pensándolo, cuántos trámites a escondidas había tejido y si eso era una muestra de delicadeza o de traición.

—Al menos, no te vas a casa de tus padres —insistí. No sé por qué, de pronto, aquello me parecía muy importante.

—No me voy del todo. Tendremos que hablar de muchas cosas. Y además, siempre podrás contar conmigo.

—Y tú conmigo —dije con entusiasmo.

No con pena, ni con rabia, ni siquiera incrédula. Con un énfasis estúpido, casi contenta por poder responder así. Habíamos estado juntos veinte años. Era un gran logro. Muchas personas no lo conseguían jamás, no conocían la suerte de haberse acompañado sin grandes traiciones, sin grandes heridas, durante tanto tiempo. Como casi todos los momentos importantes de mi vida, su marcha me pilló de improviso, para confirmarme de una vez por todas que de nada servía mi cuidadosa preparación de lo cotidiano. Me atrapó sin un plan alternativo, sin la emoción adecuada, sin palabras inteligentes o memorables que añadir. Con más sorpresa que dolor, con una desconfianza mullida, como si me propinaran un golpe brutal, pero me llegara a través de un chaleco antibalas.

Sin sangre que brotara libre, sin herida, sino con el terrible moratón, la hemorragia interna que solo valoran en su gravedad los hemofílicos y los heridos por la melancolía.

Evité por todos los medios encontrarme cerca de la puerta cuando se fue. No era capaz de concebir un sonido más doloroso que ese, quizás el de algunas sirenas que anuncian catástrofes o bombardeos. Ni siquiera el espantoso resoplar de las máquinas de hospital me sobresaltaba tanto, porque con su patrón predecible se convertían, con el paso del tiempo, solo en un fondo molesto para las conversaciones.

No había manera correcta de cerrar aquella puerta, ninguna que me satisficiera. Ni el golpe de la cólera y el orgullo herido, que no creía que Sergio se aviniera a fingir, ni la suave presión que enterraba los años de convivencia con pena y una pizca de nostalgia, la que se reserva a los peluches de infancia que ya no significan nada, pero se guardan de nuevo en su caja por los viejos tiempos.

Yo aguardé en la cocina a que se fuera, nada tan dramático como nuestro dormitorio ni tan infantil como un encierro en el baño. Me preparé una tila que luego no bebí porque me temblaban un poco las manos y, en el esfuerzo por no derramarla, me quemaba. Cuando la tila y su tacita de flores azules dejaron de distraerme, Sergio ya se había ido.

Me senté en su sillón preferido, que miraba, precisamente, a esa puerta ya cerrada, y no supe si aquello que sentía era peor o mejor que las rupturas de mi adolescencia, en las que se rasgaba el corazón y las lágrimas dejaban la cabeza como tras una resaca

endemoniada. Creo, de hecho, que mis primeras borracheras fueron secas y también lo fueron las resacas: no había alcohol de por medio, sino unos sentimientos desesperados, sacados de quicio por completo, que sabía que debía ocultarles a mis padres como si hubiera llegado a casa tambaleándome tras haber vomitado junto a un coche. ¿Era aquello más llevadero que los primeros abandonos o me atravesaba con más certeza? ¿Había perdido más o menos?

Sabía que ese sería el peor momento de todos los que vinieran, el de la ausencia irremediable. Había perdido a Sergio para siempre y, por más que aún pudiera verlo si me asomaba a la terraza, nunca nos encontraríamos tan lejos. Más tarde, ese lugar se negociaría, la amistad forzada, la cortés lejanía, la indiferencia mutua o una relación casi laboral; «recuerda que», «nos queda pendiente el», «deberíamos afrontar un».

Pero no era el momento de pensarlo entonces, en aquel sillón, con los sonidos de los relojes de casa de pronto muy audibles y las manchas del parqué más oscuras que nunca y los objetos fuera de sitio delatando el caos. Me levanté para alinear unas revistas descolocadas, porque supe que de lo contrario esa mínima concesión al desorden me haría gritar y eso me pareció de pronto insoportable.

Respiré hondo; Sergio ya no estaba y lo increíble había ocurrido. Luego desgranaría explicaciones y porqués, pero de momento mi cabeza se negaba a aceptar que mi marido, que apenas hace unos segundos se encontraba allí, conmigo, a dos metros mientras se colgaba la mochila al hombro, no existía ya. Y que yo lo había dejado marchar sin lucha, con dos preguntas estúpidas, sin una reacción siquiera. Otra vez aire en la boca, en la garganta, muy despacio. Aquello pasaría. Aún no. Aún cabía esperar una punzada aguda en los próximos días y la opresión repentina en la cabeza y en el pecho un timbre interno.

Sabía que regresaría a mi rutina y que se me olvidaría en minutos lo que había ocurrido, como si fuera un sueño o algo visto en una película. Luego, sin preverlo, el recuerdo regresaría y me golpearía en el centro del plexo solar y la marcha de Sergio volvería a mi cabeza, como si acabara de ocurrir y continuara ocurriendo por siempre. Me dolería de nuevo hasta que las sienes me palpitaran y lo apartara de mi pensamiento como a un murciélago enredado en mi pelo. Aquello me sucedería varias veces. Las primeras serían un hueso roto, las otras, poco a poco, un moratón cada vez menos escandaloso.

«Deberías llamar a alguien», me dije, porque supuse que eso es lo que cualquiera debía hacer en esos casos. No para que me aconsejara ni para que compartiera mi pena, sino porque eso es lo que me habían enseñado y quería hacer las cosas bien.

Eso me preocupó por un instante, que cuando recordara lo que había ocurrido o se lo narrara a alguien me dijeran «Hiciste bien, hiciste lo correcto, qué entera, qué valiente». Incluso el premio gordo de la aprobación: «Te admiro, yo no hubiera sacado fuerzas para comportarme como tú».

Pero ¿qué hacer, Dios mío, qué hacer, qué era lo correcto, si yo nunca debiera verme en un caso como aquel, si en ningún mundo posible yo debiera divorciarme, ni renunciar a mi hija, ni encontrarme sola, sin trabajo, sin padres, sin marido, a los casi cuarenta años? ¿Por qué no me habían preparado para ello o, lo que aún parecía más inadecuado, por qué yo no me había molestado en aprender cómo reaccionar si todo fallaba y me encontraba en lo que era ahora mi salón, arrodillada frente a una pila de revistas inclinadas?

Llamaría a alguien, sí, a alguna de mis amigas, a Pilar, a Valvanera, pero ¿qué frases me aguardaban al otro lado del teléfono? Una mitad de amable consuelo, un cuarto de tonto optimismo, otro cuarto de lucidez devastadora. ¿A quién escoger si sabía de antemano qué elegir del catálogo, quién me diría lo adecuado si quería llorar o quién me ordenaría olvidarme de ese imbécil del que me tendría que haber librado hacía años?

Mi pena era la voladura controlada de un edificio apuntalado a toda prisa, aquejado de fatiga de materiales, y sentía que rompería a llorar si mi cabeza no se detenía y se me ocurría una sola comparación absurda más.

La respiración ya no bastaba: ahora el enemigo no era ya el dolor casi físico, sino el torrente de pensamientos que comenzaba a fluir del olvido y que me tomó por sorpresa, porque venían de muy lejos, de las primeras citas, de la mirada fresca de nuestra juventud, de un Sergio joven y de una yo aún más joven.

Recordé con una fascinación horrorizada que la primera vez que había visto a Sergio no era, como yo juraba, en un aula en la universidad, sino que había sido algo antes de eso, en las escaleras, con la misma bufanda y el mismo chaquetón que llevaba después en aquel falso primer recuerdo que había repetido tantas veces. De pronto, no pude entender de dónde surgía aquella espina nueva y me asusté al imaginar todos los otros descuidos y mentiras inconscientes que había repetido por tantos años.

Sergio había entrado en el aula, contaba yo, repetía él, y, como hacía siempre, se había detenido junto a la pizarra para hacerse una idea de dónde sentarse o de si debía quedarse. Nos habíamos mirado, había iniciado un amago de sonrisa y desde que se sentó a mi lado continuábamos juntos.

Era cierto, una verdad muy atractiva, bien conjuntada con el resto de nuestra apariencia y nuestra historia consiguiente. Insinuaba, sin ser mentira, que nuestro matrimonio había brotado sin interrupciones ni dudas desde el primer momento, confirmaba para los románticos el que existían los milagros, y para los desencantados, que sus penas se debían a una mala elección o a la impaciencia ante los fallos de su pareja, porque si en nosotros se había dado aquella maravilla, ¿por qué no en ellos?

Dejábamos fuera de la narración las dudas, el otro muchacho con el que yo me veía, las otras chicas que Sergio descartó (yo no supe demasiado bien cuándo dejó de acostarse con ellas, me guardé mucho de preguntarlo mientras iniciábamos nuestra historia y todavía más de recordarlo después), los intentos casi desesperados por complacer al otro que realizamos los dos. Depurada y pulida con los años, y tras las muchas veces contada, nuestra historia original encajaba porque habíamos eliminado todo lo que nos molestaba por el camino.

Recordé mi deslumbramiento repentino por aquel desconocido de las escaleras, mi secreto deseo de que compartiéramos clases o, al menos, descansos, cómo conté hasta cinco para comprobar si se volvía, cómo creí que, si eso pasaba, tendría algo que hacer con él y cómo, cuando continuó sin mirarme, lo deseché resentida, como unas uvas demasiado verdes, y pensé que era demasiado mayor, demasiado arrogante, qué se creía aquel idiota, demasiado guapo para mí, ya inalcanzable porque se perdía en el siguiente tramo de escaleras.

Sergio nunca sabría que yo lo había visto antes, elegido antes, descartado antes, porque eso dinamitaba el que él me hubiera escogido y luchado por mí y ponía en duda todo lo que contábamos a continuación. De ninguna manera, en ninguna de nuestras versiones, yo podría haberme planteado algo con él y haberme dado a una brevísima

desesperación; los dos preferiríamos mentir a todos antes que reconocer mi atroz inseguridad en aquellos años, su prepotencia ya crecida, el puro azar de nuestro encuentro y de nuestro romance, y de nuestro amor posterior, y de nuestro matrimonio, ese referente tan esencial para quienes se conformaban con vidas normales.

Cualquier cosa antes que reconocer que, en definitiva, la nuestra era la misma piedra pómez en la que se apoyaba cualquier amor, llena de agujeros, áspera y arenosa, una mala base para construir otra cosa que no fueran esperanzas, y esas ni siquiera por mucho tiempo.

Cerré los ojos y me obligué a contar de dos en dos, luego de cuatro en cuatro. Debía controlar mis pensamientos, los recuerdos sobre todo, mis reacciones, los movimientos que me llevaran a desenterrar verdades que en ese mismo momento me convertirían en estatua de sal. En la cocina, me hice con dos bolsas de basura de buen tamaño. Con la precisión de movimientos con la que mi padre cortaba un melocotón y que yo, de niña, lo imaginaba a la hora de rajar tejido humano tras su máscara verde, mi mano aferró un folleto de un restaurante al que Sergio y yo habíamos planeado ir alguna vez.

En la primera bolsa arrojé, sin una duda, todo aquello que conservaba por respeto a mi marido, la insignificante y sorprendente cantidad de bazofia que toleramos por el otro: mecheros de bares en los que nunca hemos estado, los trocitos rotos de una factura que se sacó del bolsillo, el envoltorio de un caramelo, la madera de deriva que deja tras de sí una persona en una casa y que permite reconstruir sus pasos y detectar, si tenemos los ojos abiertos y la voluntad preparada, si es verdad lo que nos dice o si es una mentira tan elaborada como la que les contamos a los demás.

Según avanzaba por la casa me animé e, impulsada por la orden de no pensar, metí en la bolsa papeles, bolis preferidos, carpetas que yo nunca usaría porque eran transparentes o porque carecían de goma, clips metálicos, cuadernos carísimos que alguna empresa le había regalado y que se guardaban porque sería un pecado tirarlos. Salté luego a las estanterías y empleé la otra bolsa. Cayeron en ella sus libros, alguna figura pesada que los sostenía, una chaqueta abandonada sobre una silla, aquello que deseaba quitar de mi vista, pero que aún no tenía el valor para tirar porque era de él, porque no tenía derecho a disponer de lo que no me pertenecía, por miedo a ofenderlo, porque quién sabía, quizás, en el fondo, se pudiera abrir esta puerta recién tapiada y él regresara y me pidiera cuentas de su chaqueta de punto, de aquel libro recién represaliado.

En algún momento de aquella limpieza comencé a llorar. Sabía que no había vuelta atrás, pero no contaba con que mi cabeza me engañara de aquella manera tan perversa, como con caramelos a un niño, con la insinuación de que tal vez regresaran los años vividos, la rutina, el pensar de nuevo las cosas, Sergio en mi casa, en su sillón, en nuestra cama, en los jirones reconstruidos de nuestro futuro.

Llené pronto la bolsa y necesité otra y otra. No tendría valor para meter la nariz en el armario y hacer lo mismo con su ropa: que se encargara él si quería. Mientras tanto yo, entre las lágrimas y los mocos que me obligaban a detenerme y a sollozar como una cría, separé el trigo de la cizaña y me acosté vestida sobre la colcha, con un pañuelo arrugado en el puño y la certeza de que ni siquiera esa reacción a la ruptura era como se suponía que debía ser y de que mis padres se avergonzarían profundamente de mí si me vieran perder el control, el temple y el marido de aquella manera.

2

LOS DEMÁS

Quedamos en una cafetería cercana a mi casa porque así me lo aconsejaron en terapia; nunca en mi casa, sino en un lugar público, de donde pudiera escapar si no controlaba la situación, un lugar conocido, tranquilo, pero no íntimo. Porque, al fin y al cabo, el desconocido con el que me iba a encontrar no dejaba de ser un pariente lejano y, al mismo tiempo, una posible oportunidad de trabajo. De manera que, entre la entrevista formal y la cercanía de un café a media mañana, me senté en uno de los sillones de cuero y esperé.

Eduardo era un hombre grande, al que la mesita de café le molestaba y le quedaba ridícula. De vez en cuando, al cruzar las piernas, hacía que se tambalease y entonces le echaba las manos, como si temiese romperla. Desde luego, daba la impresión de haber roto, por descuido, por una mala maniobra de su cuerpo, más cosas de las que le hubiera gustado.

Me había llamado por teléfono unos días antes y se había presentado:

—Soy el sobrino de tu tío Lázaro, el marido de tu tía Amalia. Ya sabes, los franceses. Nos conocimos en el entierro de tu tía. Quiero decir, a tu madre, conocí a tu madre. A ti no.

Quería exponerme un tema un poco delicado, pero que podría interesarme. Cuando la tía Amalia murió, había testado a favor de su marido con la condición de que sus dos únicas sobrinas, otra prima y yo, recibiéramos, a su debido tiempo, la parte de la herencia sobrante.

—¿Ha muerto Lázaro? —pregunté. De hecho, me sorprendía no recordar si había muerto o no, porque tenía la vaga idea de que aquel hombre viejísimo no podía continuar vivo.

—No —contestó—, no ha muerto, tiene una vitalidad arrolladora y yo firmaría por llegar a su edad en ese estado, pero tiene que operarse de una cadera, quizás de las dos; vive solo en París y los sobrinos queremos traerlo a España, para que esté más controlado. Y aquí entras tú. Necesita alguien que cuide de él y preferiríamos, y Lázaro también, que no fuera a una residencia. Yo no puedo encargarme de él, mis dos primas son muy mayores y se han desentendido y mi hermana vive en Zaragoza y tampoco resulta conveniente. No sé si mantienes contacto con tu prima.

—Creo que no la veo desde mi comunión. Es una prima segunda.

—Puede que no te interese, pero creo que tienes una casa grande y cercana al hospital y preferiríamos que lo cuidara y acompañara alguien de la familia. Te pagaremos, por supuesto.

Callé un momento, vagamente ofendida, pero sin saber aún muy bien por qué.

—¿Cómo sabes que vivo cerca del hospital? —pregunté alertada, de pronto.

—Me lo contó tu madre durante el entierro y nos invitó a que os visitáramos.

—Ya no vivo en esa casa —dije—, pero sí en la misma zona. Cuando mis padres murieron, compré un piso más grande.

—Mejor aún, entonces. ¿Podríamos vernos y hablarlo en persona? Son temas delicados.

Y así habíamos llegado al café. Eduardo manejaba los temas delicados con la misma habilidad que la mesita auxiliar: a punto de reventarla, pero con un movimiento salvador en el último momento.

—Me alegro muchísimo de conocerte. Eres igual que tu madre.

«Espero que no», pensé con una ironía de la que luego me arrepentí, porque, aunque lo negaba a menudo, sabía que era cierto. Algunos días me resultaba un vago consuelo el parecerme a mi madre, una pequeña señal de pertenencia a algo.

—¿Estás ya bien? —me espetó cuando regresé con los tazones de café. Noté un poco de calor en las mejillas, lo que podía indicar, o no, que estaba enrojeciendo.

—Si no estuviera bien, no me comprometería a esto —contesté, porque me daba pereza explicar que no sabía si me había recuperado del todo o no, que quizás nunca volviera a sentirme bien y que eso no era necesariamente malo. Que mi cerebro había enfermado y que se sabía muy poco de las causas y de los resultados y que la maldición y la única ventaja de una mente enferma era que no quedaban cicatrices visibles, sino huellas difusas que se podían disimular con un poco de esmero.

—¿Qué te pasó, exactamente?

—¿Quién te lo ha contado? —pregunté yo, a mi vez.

—No me acuerdo. Mi hermana, creo. Ha sido una depresión, ¿verdad?

—Se murieron mis padres. Vino la crisis. Me divorcié. Y aquí estoy.

—Bueno, eso es como para deprimir a cualquiera —dijo, y se rio sin malicia y sin reparar en absoluto en mi mirada seria—. En fin, sé que es una enfermedad dura y lo has debido de pasar muy mal.

—Ni siquiera te lo imaginas.

Me habían advertido de que, después del mutismo completo, llegaría la necesidad de explicarle a todo el mundo lo que me había ocurrido, que duraría más o menos el mismo tiempo y serviría, también, para más o menos lo mismo: un desahogo breve y una incomprensión constante. Nadie entendería el hoyo negro, sepulcral, en el que mi cabeza se había hundido, la sensación de arrastrar un peso imposible sobre los hombros, de levantarse agotada y acostarse desesperada porque sabía que no podría dormir. Ni el momento en el que los ánimos estallaban y se producía ese efecto de succión de nuestra vida por el vacío. O la mañana en la que no pude levantarme, en la que no saber en cómo salir de mis problemas dejó de importarme porque solo quería esperar tendida a que llegara la muerte.

Y quien lo hubiera vivido no necesitaría ninguna explicación.

—¿Has estado en tratamiento?

—Psiquiatra, psicólogo, ansiolíticos, antidepresivos, terapia. He hecho todo lo posible por salir de ahí. Es un lugar muy incómodo para vivir.

Removió el café como si la espuma le estorbara.

—¿Has querido matarte? —preguntó, de pronto.

—Me he querido morir. ¿Me preguntas si soy de fiar? Soy de fiar. Tengo la responsabilidad innata de las hijas únicas, cuidé de mi madre todo lo que me permitió, que no fue mucho, la verdad. De mi padre no pude, porque falleció de improviso, y aún

hoy lo lamento. Me dieron el alta, llevo una vida normal, acudo a terapia de grupo porque creo que hay cosas en mi vida que puedo mejorar y tengo permiso, incluso la recomendación, para encontrar un trabajo.

—¿No tienes trabajo? —Clavó la mirada en mí con una intensidad por primera vez incómoda, como si todo lo que le hubiera contado antes no le interesara más que por trámite.

—No.

—Creí que eras funcionaria.

—Algo parecido. Trabajaba en un archivo con unas condiciones equiparables a una oposición, o eso creía, hasta que nos cayeron encima los recortes y resultó que no, que no entrábamos en la categoría de funcionarios, sino de trabajadores públicos, y nos mandaron a la mitad a la calle.

—Y tú estabas con depresión, claro.

Me encogí de hombros. Antes, después, durante. Qué más daba. El volcán nos había atrapado a todos y escupía lentamente los restos más resistentes, los que no había podido engullir.

—¿Y de qué vives ahora? ¿El paro?

—El paro, tiro de mis ahorros, pero no me durarán siempre. Sergio, mi marido, y yo queremos vender la casa, pero nadie compra en estos momentos y los precios se han derrumbado. Me vendría muy bien tener a Lázaro en casa, incluso a algún inquilino más, y conseguir algunos ingresos. Si tengo que realizar algún curso para aprender a cuidarlo, lo haré. Siempre he sido una buena estudiante. Y tiempo es lo que me sobra ahora mismo.

—Creí que estabas divorciada.

—Sí. Le llamo mi marido por costumbre.

—¿Te divorciaste enamorada? —Agitó una mano, como para espantar la pregunta—. Perdona. A mí qué me importa.

—No, no estaba ya enamorada. Pero no fui yo quien lo decidió. De todas maneras, la relación es excelente, no podría ser mejor.

—Qué suerte. Yo me separé hace dos años. No nos habíamos casado, pero dio igual, fue un divorcio en toda regla. Ella tenía dos niñas que yo he criado y la cosa se complicó tanto que nos comunicamos por escrito y la niña mayor me ve a escondidas, como si fuera un novio y no su padre. La pequeña será mayor de edad el año que viene y ya decidirá por sí misma.

—Nosotros no teníamos hijos.

—Mejor.

—Sí. Mejor.

—Tengo novia, eh. O sea que no te hagas ilusiones. Perdona —añadió—, era una broma. No sé a qué ha venido eso. A demostrar que no soy un completo fracasado, supongo.

Me eché a reír. Me gustaba aquel hombre, con su manera un poco precipitada de unir ideas y esa completa falta de tacto. A nuestro alrededor, algunas parejas jóvenes, pero no ya adolescentes, charlaban, coqueteaban. Dos chicas solas, con un ordenador que encajaba perfectamente en la mesita problemática, escuchaban música y tecleaban con frenesí, como si se encontraran en una biblioteca y les molestara el ruido de otros estudiantes menos concentrados. Me encontraba de regreso a la vida, una vida banal, sin

grandes decisiones ni preguntas, pero rutinaria, tranquilizadora. La que envidiaba en los demás y a la que me acercaba de puntillas como un niño que mirara golosinas a través de un escaparate.

—La siguiente vez nos veremos en una pastelería de viejos —dijo mientras seguía la dirección de mi mirada—. Así seremos nosotros los jóvenes. Tanta hormona alterada me pone nervioso. Te gustará Lázaro. Ahora camina con muleta, con mucha lentitud, pero, si la operación sale bien, puede que recupere la movilidad; o puede que no, que necesite una silla de ruedas. Entonces ya veríamos qué decisión tomar. ¿Tu finca está adaptada para discapacitados?

—Sí. Muchos de los vecinos son ancianos.

—Un problema menos, entonces. Es diabético, pero se muere por los dulces y tendrás que vigilarlo porque, no sé de dónde los saca, pero se atraca de bombones. Salvo eso y que cuando se enfada, tiembla Jericó, nada malo. ¿Tienes animales?

—¿Animales?

—Un perrito, para pasearlo por el barrio y que os dé el aire. Un gatito que le haga compañía mientras esté en la cama. Un canario que os alegre las mañanas. Una mascota, vaya.

—No, no. Dan mucho trabajo y a mí me encanta viajar y no…

Me callé antes de continuar con excusas que ni siquiera eran ciertas.

—A él le gustan mucho y lo recomiendan terapéuticamente. Hazte con una mascota, te vendrá bien a ti también.

—Estaba pensando precisamente en eso —dije ofendida—. En dos, incluso. En llenar la casa de bichos.

—La parte más positiva de convivir con mi tío es que la idea de que tus problemas significan algo se relativiza. Dejas de quejarte inmediatamente.

De nuevo noté que mis mejillas ardían.

—Yo nunca me he quejado.

—Me refiero a que no te quedan ganas de ni siquiera pensarlo. Comparada con su vida, la nuestra ha sido un paseo por la playa.

Miré a mi alrededor, a las chicas enfurruñadas con el mundo, a las parejitas que coqueteaban con aparente desinterés, a dos mujeres con abrigo que pedían un café rotulado con su nombre para llevar.

—¿Qué le ha pasado que fuera tan grave? —pregunté.

—La vida. La guerra. El exilio. Eso le ha pasado.

Así fue como entró en mi casa una leyenda viva, un monumento a la resistencia y a la fortaleza humana, un anciano que no había pensado nunca en otra cosa que no fuera sobrevivir a todo. Entró con la muleta asida con la mano izquierda y con unos resoplidos a los que luego me acostumbraría, pero que llenaron la casa en un primer momento de una energía desconocida, como si hubiera prendido todas las luces a la vez o de pronto un vecino hubiera comenzado a golpear las paredes con un mazo.

Mantenía un cierto aire de familia con su sobrino; aun encogido por la edad, era un hombre alto, robusto, con la mandíbula cuadrada y los ojos claros bajo unas cejas sobrenaturales.

Cuando me despedí de Eduardo, regresé a casa con la sensación de entusiasmo a la que estaba acostumbrada cada vez que me enfrentaba a algo nuevo tras haber pasado lo peor de la depresión. Un entusiasmo moderado, controlado. Un entusiasmo muy poco entusiasta, en realidad, domado hasta que me permitiera montarlo, pero sin el riesgo de que me arrojara al suelo mientras galopaba.

Busqué las fotografías que Sergio había digitalizado tras la muerte de mis padres porque no me encontraba con fuerzas para desempaquetar los álbumes, que estarían etiquetados en algún lugar del trastero o de los armarios, quién sabía, y busqué las imágenes que guardábamos de mi tía Amalia y de su marido.

El que sin duda era el héroe de su familia apenas tenía presencia en la mía. No me extrañaba. Amalia y su extravagante existencia aparecían como un colibrí por las conversaciones familiares y desaparecía, colorida y breve, a la misma velocidad. Se había casado dos veces, se había negado a reconciliarse con su padre, el bisabuelo, incluso cuando llamó por ella en el lecho de muerte; era un poco artista, demasiado independiente, encajaba bien en el extranjero, de donde se esperaba, con un poco de suerte, que no regresara.

Además, el segundo marido, con el que llevaba casada desde los años cincuenta, era un comunista asturiano. Aunque en mi familia no se hablara nunca de política, no hacía falta explicar que aquello provocaba una elevación de cejas, un tono algo distante de censura, como si Amalia hubiera cruzado ahí un límite que costaba ya pasar por alto.

En mi entorno podían admitirse, con una educada tolerancia, ciertas tendencias políticas, un socialismo de postransición, por ejemplo, un aperturismo en ideas económicas, siempre que no superara determinadas proporciones. Pero no se hablaba de los años previos a mi nacimiento, del pensamiento de mis padres durante su juventud o de su postura política, que resultaba evidente. A su entender, la dictadura apenas había acontecido y la Guerra Civil era un tema de mal gusto que no convenía desenterrar. Ni a sus muertos. Ni a sus vivos.

Un familiar comunista, por mucho que llevara otra sangre y otros apellidos, no dejaba de ser una oveja roja; por lo tanto, con una admirable coherencia, se omitían su presencia y su historia. Mi madre, que en algún momento debió de adorar a su tía Amalia, había aprendido pronto a situarla en su lugar, que debía alejarse en lo posible del mío; la distancia geográfica y mi desinterés habían hecho el resto.

—Yo ya conozco a Lázaro —le había dicho a Eduardo—. Lo conocí cuando mi tía estaba muy enferma.

No añadí que mi impresión de él había sido lamentable y que había mantenido un rencor a fuego bajo contra él. Mi madre y yo habíamos volado a París para ver a la tía. Nos habían avisado de que pronto no conocería a nadie y mi madre, después de encerrarse para llorar a solas y de acordar con mi padre los días que podría sobrevivir sin ella bajo la supervisión de Marita, me pidió que la acompañara.

—Supongo que ahora no lo entiendes, pero con el tiempo te arrepentirías de no haberte despedido de ella. Somos tan pocos, hemos tenido tan mala suerte en la familia... La tía nos quiso siempre mucho. Además, soy heredera directa de ella si su marido no se lo come todo antes.

Yo me mostré distante y desganada durante todo el viaje. No me apetecía pasar por ese trago, me horrorizaba aquel tiempo con mi madre, y menos aún percibir sus sentimientos apretujados en un puño, contenidos para que nada se escapara ni siquiera en esos momentos.

—¿Por qué haces esas cosas, mamá? —le pregunté en el avión con ganas de bronca o de al menos romper un silencio que imaginaba duradero—. Eso de llorar a solas para que nadie te vea.

—Los sentimientos son algo muy peligroso, Elena. No sabes a dónde te llevan ni a dónde conducen a los demás. Para eso la sociedad ha organizado entierros, lutos, carnavales, y bodas y bautizos. Las emociones colectivas tienen un poder inmenso: si lloras cuando los demás lloran, te curas, de alguna manera misteriosa, como si esas lágrimas resultaran más efectivas cuando se comparten. Y lo mismo ocurre con la alegría. Se bendice a una pareja o a un niño para que no les alcancen las envidias, porque la alegría de quienes los rodean es mayor. Pero llorar cuando los otros no lo hacen es algo más que una falta de tono; molesta a los demás. La comprensión que podrían darte se convierte en una mirada irritada, en un susurro cotilla. Esas emociones solitarias te envenenan. Llora cuando los demás lloren, aunque sea por tus propias penas, y ríe cuando rían. Todo lo demás te conduce a ser aún más desgraciado.

—Me parece horrible todo lo que estás diciendo.

—Así funciona la vida, Elenita. Ya lo entenderás, por desgracia. Ya sé que nunca escuchas a tu madre, pero esto, por desgracia, ya te entrará en la cabeza.

La residencia de la tía Amalia se encontraba en el distrito 16 («aunque ellos no viven en el 16 —precisó mi madre—, no se lo pueden permitir»), en un antiguo palacete con un jardín delantero cubierto de flores y un generoso prado trasero con bancos y senderos accesibles. En el interior, en cambio, el silencio y la delicadeza que imperaba en la parte reservada a las visitas no podía ocultar el olor a desinfectante que, a su vez, apenas escondía los otros rastros humanos. El sudor, sobre todo, el tufo acre de un sudor atravesado de medicación y un poco de miedo, el de los niños en la escuela, el de los ancianos que, como mi tía, no sabían ya dónde estaban.

Allí, en una salita compartida pero íntima, aguardaba mi tía con su marido. Él parecía mucho más joven que ella, posiblemente porque conservaba la expresión viva en los ojos y, a diferencia de los otros ancianos, se movía con decisión y hacia donde deseaba. Ocupaba mucho más espacio del que medía y era evidente que no deseaba vernos, o estar allí, o ninguna de las dos cosas.

—Hola, hola. ¿Vienes preparada? —le preguntó a mi madre—. Aún puede mantener una conversación, a veces, pero no reconoce ya a casi nadie. Distingue si los quiso o si estuvieron en su vida, los sentimientos aún los mantiene. De todas maneras, no te lleves disgustos diga lo que diga y, sobre todo, no llores delante de ella.

—No, claro que no —dijo mi madre, y se acercó a la anciana, la abrazó y nos presentó a las dos en voz muy baja.

—Sí, sí, ya te conozco. Han muerto todos —dijo Amalia. Arrugaba en la mano un pañuelo con una inicial. La enfermera entraba y salía con vasos y agua y detrás del sillón dos viejitos susurraban algo entre risas. «Dios mío —pensé—, está completamente ida». Habíamos llegado muy tarde, cuando ya casi finalizaba el horario de visita. Me dolía la cabeza. Bebí un zumo que la enfermera me ofrecía.

—Ahora han muerto todos. Sufro mucho cuando me entero de nuevas muertes.

Las risas del otro lado del sillón parodiaban a Amalia. Hablaban en francés, pero imitaban el acento con altibajos de la anciana. Ella no las oía y yo no sabía si sería correcto mirar con desaprobación a quienes se burlaban o no.

—Ya no queda nadie. Ya no hay nadie. Se pierde el apellido. Solo ha dejado bastardos. Es algo triste que nos ha dejado el viejo.

Mi madre me miró molesta porque escuchara algo así y pudiera sacar mis propias conclusiones. Movió la cabeza y la vieja tía la imitó. Algunos viejos rumores sobre mi bisabuelo, conversaciones a medias, volvieron a mi mente. Qué sencillos podían ser los secretos de la familia cuando se contaban sin tapujos. Nos habían explicado que ella se encontraba en tierra de nadie, como si recorriera un pasillo con incontables puertas y al abrir una entrara de nuevo en un episodio de su vida. Cuando Amalia deliraba, se sentía como en un sueño en el que ya sabía lo que ocurría, incluido lo desagradable; pero aun así recorría ese camino, por doloroso que fuera, cada vez.

—Amalia —dijo Lázaro—, el viejo murió hace años. ¿Recuerdas? Ni yo sé cuántos. Muchos años. ¿Crees que nos importa si tuvo bastardos o no? Mira, aquí están tus sobrinas, que te quieren mucho. Vuelve a la realidad —continuó, devolviéndole un pellizco— y déjanos vivir.

Amalia se revolvió como una gata amenazada y nosotras también lo miramos indignadas.

—Tú no sabes lo que es ser como yo. ¿Qué importa que haya pasado mucho tiempo? Tú eres feliz aquí, en un país extraño. Pero yo, yo..., yo no puedo volver mientras esté vivo. ¿Crees que no me he sacrificado ya lo bastante por ti?

Lázaro rio.

—Ay, pobre Amalia. La misma canción esta mañana. Dice lo mismo cientos de veces. Si a estas señoritas les resulta nuevo, es solo cuestión de tiempo.

Amalia bajó la cabeza.

—Yo he venido aquí para oírte, Amalia —dijo mi madre. Yo también asentí—. Cuéntame todo lo que quieras.

Lázaro se encogió de hombros.

—Ya veo. Avisadme cuando hayáis acabado. Hasta luego, viejita.

Se levantó, le dio un beso y se marchó hacia el fondo de la salita. Guiñó el ojo a una de las internas. Todos lo vieron y armaron un poco de barullo excitado, como en una clase de niños. Amalia se arrellanó en el sillón y esperó a que toda la atención se concentrase de nuevo en ella. Por lo que parecía, pocas veces resultaba la vencedora en los combates con su marido. Entonces se llevó la mano a la garganta, extendió la manta y comenzó a narrar.

—Mira, te lo voy a contar —le dijo a mi madre—. Yo estoy casada con un italiano... Cuando vivíamos en el campo, en su tierra, yo llevaba unas trenzas larguísimas enroscadas en la cabeza. Mirad el cielo. La luz sale tan pronto que parece no querer perder horas de vida. Hay olor de hierba segada y se oye, al mediodía, a los bichos de ojos de cristal que cantan. Tengo las manos sucias y las sandalias llenas de tierra. Me encantaría volver a casa, pero no puedo. No puedo. Ayúdame. He vivido años separada de mi tierra y para revivir necesito volver. Hay rosas y racimos que cuelgan de la parra. Me estoy muriendo y a nadie parece importarle.

—No, Amalia, no te preocupes, estamos aquí, no te estás muriendo —dijo mi madre —. No vives en el campo, tía, estás aquí, con nosotras.

—Yo no sabía lo que hacía cuando me casé con él. Ahora vivo en un destierro. Oigo voces raras y no les gusta que llore. Déjame volver antes de que me olvide de mi nombre. ¡Sácame de aquí! Me quiero ir. Me quiero ir a mi casa.

Lázaro, que había regresado, la escuchaba sin apenas inmutarse. Y solo se acarició el mentón cuando vio que su tono cambiaba.

—No la dejéis seguir por ahí, que sufre.

«Aunque la lleváramos a su casa —pensé yo—, jamás regresará. Se morirá en algún lugar que escoja su cabeza. Pobre Amalia; no volverás, estás ya para siempre en otro sitio, fuera de tu casa». Porque sin ser tan infeliz como luego sería, ya se gestaba en mí la capacidad para la melancolía y podía reconocerla en otros, por debajo de las capas y de la demencia.

Amalia estaba tan dentro de su historia, le caían las lágrimas tan sinceramente mientras lo contaba, que nadie podría negar que era verdad lo que decía. Esa pena era contagiosa e inconsolable porque no podía suavizarse con ninguna explicación. Lloraba por su tierra perdida hacía tantos años como si se hubiera ido cinco minutos antes. Algunas mujeres comenzaron a llorar también y entonces la cuidadora empezó a llamarlas por su nombre, a dar palmas y a cantar, y cambió el ambiente, y las emociones se equilibraron en unos segundos.

—Pero si ella nunca vivió en el campo —dijo mi madre—. No sé de qué está hablando.

—No te preocupes —dijo Lázaro—. Solo tiene sentido para ella y no puedes sacarla de su mundo. A mí no me conoce casi nunca. Solo habla de Valerio, su primer marido.

—Nunca salimos de buena gana de nuestro mundo. Ni ella ni nadie. ¿Y qué es eso de bastardos? —dijo en voz alta mi madre para que la escucharan bien—. En mi familia no hay bastardos.

Quién sabe lo que Amalia había olvidado y lo que recordaba. La verdad se había vuelto dócil y escurridiza en su cabeza. Posiblemente la angustia había nacido de otra idea que se había cruzado de pronto y un sentimiento había llamado al otro como hermanos gemelos.

Yo entonces sabía muy poco de la historia de mis tíos y comprendía aún menos, y confundí el desconcierto y la impotencia del viejo con el descuido y la indiferencia. Aquel Lázaro me pareció insensible, desconsiderado y, en resumen, encajaba bien con aquel desconocido solo mencionado en mi familia con alusiones negativas.

Algún tiempo más tarde, cuando Lázaro ya se había instalado en mi casa y se había traído con él todo su pasado y su avasallador presente, me contó que mi tía solía tener un sueño recurrente que se repitió hasta que perdió ya el habla o, posiblemente, incluso hasta algún paso más allá.

Ella soñaba, como todos, una escena muy simple, irreal, que cada vez le llenaba la nuca de miedos. A veces lo contaba, otras, mentía y decía que no se acordaba, aunque había gemido dormida. Creía que el miedo la hacía perder puntos ante los demás. «Amalia —decía Lázaro— solía estar llena de ideas equivocadas. Le gustaban más que las otras».

Todo comenzaba con unas escaleras por las que ella debía subir. Nunca llegaba el final. Se había sentado a llorar y su marido había aparecido para consolarla. Amalia

soñaba mucho con maridos. Para eso había tenido dos. La había abrazado y le acariciaba el pelo. El marido se parecía vagamente a Lázaro, vagamente a Valerio.

Entonces ocurría en un momento, apenas un segundo. Descubría que su amado la había traicionado y que ella caminaba por las calles de París, sola, ineludible y espantosamente viva.

Lo curioso es que cuando me asaltó la melancolía yo soñaba con algo muy parecido. Sergio, de pronto, no estaba. Lo buscaba, notaba aún en el aire el aroma de su colonia. Luego recordaba que ya no regresaría. Y entonces me sentaba en mitad de la calle a llorar, aunque me horrorizaban las miradas de pena que me dedicaba la gente, y lloraba porque estaba sola, y lloraba porque seguía viva.

Acompañé al tío Lázaro a mi habitación, que iba a ser la suya, y que nunca, mientras la amueblaba, hubiera supuesto para un anciano. En realidad, cedérsela fue una decisión de última hora. Mi recién descubierto egoísmo había mantenido una lucha a muerte con mi conciencia, en la que la última resultó vencedora. Aunque fuera lo último que me pudiera permitir, se me partía el corazón ante la idea de que mi viejo tío se recuperara de una operación en una habitación preparada con urgencia con muebles baratos.

Aquello estaba bien para mí, que podría vivir la situación como un paréntesis, pero no me parecía digno para él, sobre todo si me pagaban por albergarlo. Yo me instalaría en la de la niña que nunca llegó, que seguía vacía. Había comprado lo imprescindible, una cama, un armario. De manera que mi espacio fue ocupado por el anciano y yo me mudé a la habitación tan largamente planeada que acogió de la noche a la mañana cuatro cosas compradas con prisa y montadas todavía con mayor precipitación.

—Muy bien, muy bien —dijo y luego repitió cuando le enseñé el cuarto de baño—. Muy bien, muy bien. —Señaló con la muleta hacia la cocina—. No tendré que cocinar yo, ¿verdad?

—No, no. Por eso no se preocupe.

—Bien, mejor para todo el mundo. —Giró para buscar a Eduardo—. Ya te ha dicho ese que tengo azúcar en la sangre, ¿no? Sí, claro que te lo habrá dicho, eso no se le olvida.

—Sí, y ya me ha dicho que me ande con cuidado porque es usted muy goloso y un poco golfo.

—Ah, me tratas de usted, eso está bien, está bien, muestra respeto. Golfo no soy, pero a veces me hago el tonto, que es peor.

—¿Se hace usted el tonto? —repetí—. No me lo creo.

—En esta vida viene bien que crean que eres un poco tonto. Y cuando llegas a mi edad, mejor que piensen que eres tonto de baba. ¡De baba, hija! Una casa bonita, y muy grande para una mujer sola. Un poco vacía, aunque yo qué sé, a lo mejor ahora esta es la moda. Y perro ¿no tienes?

—No, no tengo.

Se paró en seco y agitó los brazos como si fuera un gran drama.

—¿Cómo puedes vivir sin perro? Yo he llevado uno a mi lado toda mi vida y así nunca me he sentido solo. El último me duró doce años y, te digo la verdad, lloré más cuando se me murió que cuando se murió mi mujer, aunque esté mal decirlo.

Miré a Eduardo, que se estaba poniendo el abrigo y que movió la cabeza como si estuviera ya acostumbrado.

—No lo digo en el mal sentido. Con el perro podía hablar y me escuchaba —añadió —. Mi mujer ya no me escuchaba, ni a mí ni a nadie, y me había acostumbrado a que se hubiera ido, poco a poco, como si se convirtiera en un mueble. Pero el perro no, pobrecito mío. Deberíamos tener un perro, hija, me vendría bien para forzarme a dar un paseíto cada día.

—No creo yo que necesite usted muchas excusas para dar paseos —dije yo—. Además, ¿quién cuidaría del perrito cuando esté usted en el hospital? Yo no puedo dividirme y tendremos que organizarnos para una temporada larga.

—Pues un gato, entonces —resolvió él—. Son más independientes, los puedes dejar solos, pero crecen muy cariñosos si los acostumbras a ti desde pequeñitos. Díselo a Eduardo y buscáis un gato.

—Es terapéutico —remachó Eduardo sin aguantarse la risa.

—Usted de momento se asienta aquí, se acostumbra a la casa y luego ya hablaremos de lo del perrito, el gatito o lo que nos parezca mejor.

—Bueno, bueno, ya te veo el carácter —dijo mientras cojeaba hacia su habitación. Mi habitación. Su habitación—. Te dejo sola con Eduardo, a ver si os hacéis amigos y con un poco de suerte me dais una alegría y termina esto en boda.

—Pero, Lázaro, si Eduardo ya tiene pareja.

—Sí, pero no me gusta —gritó desde el fondo del cuarto—. ¡No me gusta nada y tú eres de la familia!

—¿Es siempre así? —pregunté mientras acompañaba al sobrino hasta la puerta.

—Te va a convertir la casa en un zoológico, hazte a la idea. Y sí, esto es lo que hay, poco más o menos. A veces no oye muy bien; si ves que no te sigue la conversación o te responde frases ambiguas, háblale más alto, porque no quiere reconocer que se está quedando sordo y se inventa las respuestas. Te llamaré para confirmarte la visita al traumatólogo.

Cerré la puerta y me esforcé por mirar con ojos nuevos mi casa, como venía haciendo los últimos meses. Lázaro tenía razón: casi la había vaciado. Un tiempo después de haberse ido de casa, Sergio puso sobre la mesa, con su tono civilizado de siempre, el tema de nuestro piso. Sí, claro que podía quedarme a vivir en él el tiempo que quisiera. Sí, claro que a él también le vendría bien venderlo y era consciente de que yo lo necesitaba desesperadamente, pero había preguntado aquí y allá y lo malo no sería no recuperar el dinero pagado por él, sino que, sin tapujos, en la situación actual nadie quería comprarlo. El precio de los pisos bajaba en picado, mes a mes, y aún quedaba mucho margen para que los inversores le dedicaran siquiera una mirada.

—Pero entonces… ¿Qué puedo hacer?

—No te preocupes, ya sabes que yo siempre tengo una solución.

Él se encargaría de pagar la mitad de la hipoteca, como era lógico, pero también se lo parecía el que yo pagara un alquiler simbólico por continuar en él. Y los gastos. No, él no quería quedarse con ningún mueble, con los libros sí, algunos, no todos, la ropa que faltaba y algunos recuerdos de familia sí, por supuesto, las fotografías, también, pero los muebles, al fin y al cabo, los había comprado yo.

—¿Que he comprado… que he comprado yo?

Así supe cómo se había fundido parte de la herencia de mis padres y entendí de pronto el estoico silencio de mi marido mientras yo escogía telas y lámparas y baldosas hidráulicas para la reforma del salón. Todo había salido de mi fondo. El tratamiento de fecundidad. El viaje a la Patagonia. Los caprichos que yo creí que mi marido me consentía se habían pagado, casi sin excepción, con mi dinero porque el suyo se encontraba bloqueado en fondos en el extranjero que no podían tocarse sin penalización.

En aquel momento recibí el golpe como otro bofetón más, insensibilizada. La idea de pedirle que me devolviera parte de aquellos gastos comunes me paralizaba. ¿Cómo podía no haberme advertido? Abría mi armario y al ver aquella ropa que había comprado en los buenos tiempos se me caían las lágrimas. De repente, acudía a mi memoria el precio del tapizado de las sillas o de un jarrón del que me había encaprichado y se me disparaba el reloj de la angustia. Me sentía como si me hundiera en el Titanic, con sus arañas de cristal y su cubertería de plata y su comedor de gala de primera clase, todo inútil, todo un esfuerzo arrojado a las algas para pudrirse en el tiempo.

Cuando comencé a recuperarme, me deshice de muchos de los muebles. Los regalé, los doné a las tiendas de segunda mano. Intenté venderlos, pero me sentía tan inútil y tan humillada por el precio que me ofrecían y por el regateo (más bien, por mi absoluta incapacidad para el regateo) que preferí quitarlos de mi vista de la manera más rápida posible y que se hundieran allí, en el fondo del mar y del recuerdo.

Ahora me alegraba, porque si, como parecía inminente, Lázaro tenía que manejar una silla de ruedas, se encontraría con suficiente espacio para moverla y yo con el aire que necesitaba para respirar.

—Tú has estado mal, ¿verdad? —me preguntó durante la cena. Era cierto que hablaba alto, como si no oyera del todo bien, y con un acento francés tan marcado que parecía casi una parodia—. Melancolía, ¿verdad?

—Sí —dije yo, y me gustó escuchar esa palabra antigua, hermosa, larga—. Algo parecido.

—¿Por qué te entró?

—Primero murió mi padre y luego mi madre. Luego perdí el dinero que tenía y también me quedé sin trabajo. Y mi marido, cuando vio que no podíamos tener hijos, se marchó —enumeré, como había hecho ya muchas veces, el resumen absurdo y corto de una temporada absurda y larga.

—Vaya por Dios —dijo—, ¿todo a la vez?

—En poco tiempo, sí.

—Bueno, no son cosas agradables, la verdad. Lo de tus padres era ley de vida, aunque quizás fuera un poco pronto. Lo otro, menos lo de los hijos, todo tiene remedio. Y lo de los hijos, si me apuras, también. Claro que, al ser hija sola, tampoco tendrás sobrinos… A nosotros los sobrinos y los hijos de los amigos nos dieron mucha vida y, la verdad, nos resultaron mejor que los hijos propios, porque nos querían mucho, estaban bien educados y cuando molestaban, los mandábamos para casa. Al final, mira quién está cuidando de mí, los sobrinos… Pásame la mantequilla, anda, niña.

Se quedó callado mientras untaba una gruesa capa de margarina en el pan. Con el tiempo, aprendería a corregirle las dos cosas, la cantidad de margarina y los silencios ocurrentes.

—De todo eso, lo peor fue que enfermaras. Si no quedan ánimos, se escapa la vida. Las desgracias pueden llegar una tras otra, espaciadas o todas juntas. Nadie se libra de algunas, pero hay quien tiene más suerte que otros y puede coger aire entre una y la siguiente. A ti te vinieron de golpe y se le unió la herencia de tu familia, que estáis todos locos.

—Muchas gracias —dije picada.

—Todos todos —repitió él sin reparar en mi tono—. Tu bisabuelo, las hermanas de tu tía, tu tía misma, que mira cómo acabó; unos más, unos menos, pero no os libráis ninguno. Pensáis demasiado y pensáis mal. Os creéis muy inteligentes por pensar más que los demás, pero te diré una cosa: pensar tanto es de tontos. La inteligencia es un arma, pero también lo es un cuchillo y hay que aprender a usarlo porque corta. Claro que —remató— no sé si tú eres inteligente o no. Yo hablo por hablar, apenas te conozco. Pero, si es en estar loca, tienes a quien parecerte.

El tío continuaba comiendo con el apetito de un buey y la tranquila confianza de quien ha repetido una verdad obvia.

—Ya sé —comencé a decir, en un ejercicio de humildad que me impedía pensar y comer al mismo tiempo— que para alguien que ha tenido su vida mis problemas le parecerán muy tontos. Pero espero que me cuente algunas de las historias por las que pasó y así podré aprender de su ejemplo.

—Los problemas no son ni grandes ni pequeños —dijo el tío—. Los problemas son y hay que afrontarlos. Cada persona, los suyos. Y cuando se haya saltado uno, llegará otro. Te encuentras quien se niega a verlos y se pasa toda su vida toreando el mismo problema, ni para adelante ni para atrás, allí clavado. Cuando yo vendía maquinaria, me entrevistaba con muchos gerentes y a algunos les podía hacer un retrato a los cinco minutos: los que habían visto su problema y sabían que podían resolverlo con una decisión y los que se empeñaban en que no existía ninguno y seguían haciendo las cosas como siempre y no invertían en nada nuevo. Algunos de los primeros se fueron a la ruina, pero todos los segundos siempre siempre acabaron mal.

»Y de lo otro, de mi tiempo, de eso no hablo. Ya hablé bastante, dimos charlas en colegios, incluso me entrevistaron los chicos para revistas, para libros, para qué sé yo cuántas cosas. Durante muchos años estuvimos convencidos de que había que contar lo que había pasado para que la gente no se olvidara de crímenes atroces, atroces. Y sobre todo en Francia parecía que nos querían escuchar. Los españoles nos dábamos calor los unos a los otros, porque nosotros no teníamos tierra, no encontramos a dónde regresar. "Cuando muera Franco —nos decíamos—, ya veréis, cambiará todo, volveremos a España y nos recibirán como héroes". Y ¿sabes qué? Franco se murió, le costó morirse pero se murió, como todos, y nosotros no interesábamos a nadie. Hasta, te voy a decir, parece que estorbáramos. Este era otro país, quería ocuparse de otros problemas. "Vamos a darle un poco de tiempo —dijimos—, todo está muy reciente". Han pasado casi cuarenta años, ya casi todos estamos muertos y seguimos sin interesar a nadie. Yo lo que tenía que contar ya lo he narrado, está escrito en muchas páginas, ya lo sabéis todos si queréis enteraros.

Respeté sus palabras, que me parecieron sabias, atravesadas por un dolor sincero, y me dispuse a obedecerlas, hasta que a la mañana siguiente, cuando me levanté, me

encontré al tío Lázaro en la cocina, junto a la ventana, con la luz apagada y una expresión concentrada y dolida.

—¿Le pasa algo, Lázaro? —pregunté alarmada.

—No. Estoy pensando en el exilio —respondió. Yo me acerqué a él, en silencio, casi con reverencia, dispuesta a sentarme a su lado y a escucharlo—. Que haya tenido yo que pasar por todo lo que he pasado para que luego me dejen morir sin tener un perro, que es lo único que pido…

Lo miré atónita, por si hablaba en broma o había perdido el juicio, pero en sus ojillos bajo las cejas enmarañadas solo había un fuego curioso por ver si yo le aceptaba el órdago, si era una digna rival para el chantaje o no.

Regresé a mi habitación, casi a punto de llorar, más por mi incapacidad para reaccionar que por otra cosa, y llamé a Eduardo, al que sorprendí a punto de entrar en el trabajo.

—No hagas caso; en los últimos tiempos le ha dado por decir cosas parecidas cuando quiere salirse con la suya. Antes no era así. Durante años no dijo ni una palabra sobre su vida, pero ahora, no sé si por la edad o por la lejanía, le ha perdido el miedo, y cuando no le funciona el despertar piedad con la diabetes, prueba con otras cosas.

—Pero eso es indecente —protesté yo.

—Tiene más de noventa años y, al fin y al cabo, son su historia y su pasado. Que haga con ellos lo que quiera. ¿Vamos a ser tú o yo quienes le digamos lo que tiene que decir?

—Es que yo no quiero un perro en casa —dije, sin saber qué decir.

—Pues prepárate para una lucha muy pero que muy larga.

Volví a la cocina, donde el tío había comenzado a cortar pan y me esperaba con un cazo lleno de leche en la mano.

—Yo no entiendo esta cocina y tú no puedes irte así y dejarme solo, sin saber qué hacer.

—No se preocupe, ya me encargo ahora de todo. Siéntese y cuénteme algo. ¿Sabe que sigue hablando muy bien español?

—Hablo español, francés, me defiendo en inglés y chapurreo alemán y un poco de ruso —dijo orgulloso—. Y con los italianos siempre me he entendido. Hay que aprender idiomas, hijita, que son los que abren las puertas del mundo.

—Estaba preocupada porque pensé que, si había olvidado el castellano, le sería difícil encontrar amigos.

—Con tu tía siempre hablé en español y con los amigos de París también. Pero yo trabajaba con franceses y me movía entre ellos y nunca quise olvidar idiomas. Aprender sí, siempre, olvidar no. ¿Y yo dónde voy a encontrar amigos, a mi edad?

—Había pensado en apuntarle a cualquiera de los centros de ancianos del barrio. Hay varios cerca y así podría pasar algunas horas con otras personas. No sé, jugar a las cartas o apuntarse a marquetería, a música…

La expresión de inquebrantable desacuerdo que desde hacía algún tiempo sobrevolaba su rostro se instaló en los hombros y en la boca del tío.

—Yo no quiero que me lleves con viejos, que no me entienden. Los jóvenes tampoco me entendéis, pero por lo menos no sois aburridos. A mí no me encierres en un sitio de esos, que me escapo.

—Si nadie va a encerrarlo en ninguna parte. Además, ¿a dónde se va a escapar?

—¡A donde sea, al parque, a que me atropelle un coche en mitad de una carretera! —Mordisqueó una pera con desesperación, y luego continuó en un tono completamente distinto—. Salvo si tienen una rondalla. O un coro. Entonces a lo mejor sí me gustaría.

Pronto me di cuenta de que no estaba acostumbrada a la compañía y menos aún a la arrolladora presencia de un Lázaro dispuesto a presentar batalla a cada minuto. Mis padres, absorbentes, agobiantes a su manera, se habían comportado siempre de una manera completamente distinta; era yo quien debía recorrer una distancia para encontrarlos. De Lázaro, más bien, debía escaparme. O quizás era que me había amoldado a la soledad y ya cualquier cosa me alteraba. Recogí la cocina con toda la calma que pude reunir y luego me encaré al tío, que veía la tele en el salón.

—¿Dónde los ha escondido?

—¿El qué? —contestó él como un adolescente sorprendido en falta.

—Los azucarillos. Démelos inmediatamente.

—Yo no sé nada de eso.

—Démelos, no me haga enfadar tan pronto por la mañana.

Se encogió de hombros y se echó a reír.

—Bueno, están en el cajón de mi mesilla. Sabía que los encontrarías; era para comprobar si estabas pendiente de mí o no.

—Ya ya.

—Niña, ¿tienes chica o te encargas tú sola de la casa?

—¿Para qué quiere saber eso? ¿Ya está pensando en cómo sobornarla?

—No, es por curiosidad.

Estaba pensando en cómo sobornarla.

—No, Lázaro, no hay chica. Al menos de momento. No tengo dinero para pagar una asistenta.

—Yo pensaba que tu familia, si se caía, era porque había tropezado con su dinero.

—Eso era antes.

—Bueno. No te preocupes, que mientras yo viva no te faltará de nada.

—Salvo la tranquilidad —musité, pero él me oyó.

—¿Qué has dicho?

—¡Salvo la tranquilidad! —grité, y los dos nos reímos.

—Pues sí, en eso tienes razón.

Los primeros días fueron así, de encontronazos continuos y fuerzas medidas a pulso, pero con la armonía de dos caracteres que, en el fondo, encajan bien y se entienden sin esfuerzo. Aun así, Lázaro no entregaba nada sin lucha y yo llegaba agotada a las horas finales de la noche, con la sensación de que lo único que había hecho era corretear detrás del imbatible anciano; me acostaba en mi camita industrial sin remoloneos y me despertaba con los ruiditos matutinos que ya eran menos nuevos y más reconocibles, los resoplidos de morsa de Lázaro y el martilleo en morse de su muleta.

—A ti te ha pasado algo —me dijeron en la terapia de la semana siguiente—. ¿Has conocido a alguien?

—Sí, efectivamente.

—¡Estás enamorada!

—Aún no, pero voy camino de estarlo —conté—. Estoy viviendo con mi tío abuelo de noventa años, diabético, cojo y medio sordo, y mi existencia ha encontrado sentido: he tenido un niño, vigilo a un adolescente y discuto con un buda, todo a la vez. Creo que va a convertirse en el amor de mi vida.

—Suena bien. ¿No hay ninguna barrera que os separe? Eso siempre aviva el romance.

—Sí, que quiere un animalito de compañía y yo me niego.

—¿Permitirás que una mascota te haga perder al amor de tu vida? ¡No has aprendido nada, Elena! Además —tuvo el valor de añadir la psicóloga—, cada vez en más residencias de ancianos se admiten gatos. Aportan muchísimos valores terapéuticos.

—Ya —dije yo—. Eso me han dicho.

Durante ese periodo solo lo vi algo deprimido la víspera de la operación de cadera, cuando lo sorprendí con los ojos llorosos y unos sollozos contenidos, casi asmáticos, y reparé en que me miraba a mí, cuando creía que estaba viendo la tele.

—¿Qué pasa, Lázaro? —le pregunté alarmada de verdad.

Negó con la cabeza.

—Nada. Nada. No sé qué gesto has hecho hace un rato —dijo agitando la mano como siempre que se dejaba llevar por los nervios—, que he visto a tu tía. El mismo perfil, la misma silueta. Y me ha entrado esta emoción tonta. Yo quise mucho a tu tía. Muchísimo. Algunos te dirán que no, porque siempre he sido de carácter seco, un poco a mi manera, pero la quise mucho. Discutíamos, pero hay gente que se quiere así. Yo había perdido mi país y mi patria chica, pero la había encontrado a ella y eso me compensaba todo. Y cuando se enfadaba... Era celosa, aunque yo había llegado a ella más inocente que un corderito y ella ya había estado casada, pero la comían los celos pese a todo... Y ella había estudiado, le dieron una educación, mientras que a mí me habían enseñado a pescozones y con hambre; pero aun así me quiso. Se marchó muy pronto, hubiéramos podido vivir aún varios años felices y sin preocupaciones, pero no, aquí estoy, yo solo...

—Pero de eso ella no tuvo la culpa.

—Un poco de culpa sí tuvo. No se quiso quedar en este lado. El olvido es un vicio como cualquier otro. He visto a muchos que se adentraron por ese camino y que, paso tras paso, ya no quisieron regresar. Se llega a un momento en la vida en el que ya no nos ofrecen nada, todo nos lo quitan. Hasta el dolor se siente menos. Hasta entonces estábamos entretenidos con lo que nos traía cada día y, de pronto, una mañana, se levanta uno y nota que tiene que esforzarse, que ya no se vive sin más. Hay que buscar motivos. Y muchos, en ese momento, se asustan y se encierran en recuerdos, caminan hacia atrás, en lugar de avanzar hacia el frente. Unos comienzan con el pasado, y se retrasan en el hoy, y otros, en cambio, olvidan, y todos acaban en el mismo sitio. Si cuando Amalia comenzó a olvidarse de los nombres, yo me hubiera sentado a su lado y hubiera hecho lo mismo, ¿qué hubiera pasado? ¡Hay que vivir, hay que vivir! ¡Y tú ten cuidado, que ya te ha mordido la misma serpiente y cualquier día me das un disgusto! Ay...

Se enjugó los ojos y suspiró de nuevo.

—Mira —dijo señalando la pantalla—, dan frío para mañana. Mejor, eso me viene bien para la cicatrización...

Una hora más tarde, Eduardo se sentaba a su lado en una visita en nada casual.

—Disculpa que te haya llamado —le dije al abrirle—. Sé que no contabas con verlo hasta mañana en el hospital, pero se ha puesto un poco ñoño y he pensado: «¿Y si tiene un arrebato de lucidez y no sale de la operación y esto es una despedida y no volvemos a verlo nunca así, como hoy?».

—Supongo que has hecho bien. ¿Ahora está tranquilo?

—Sí, le he dado un pastelito sin azúcar y no te imaginas cómo se ha entusiasmado…

—¿No tenía que estar en ayunas?

—Sí, ya he calculado el tiempo.

Pero el berrinche había pasado ya y el Lázaro que se encontraba en el salón había recuperado su buen humor y los ojos secos y los dos o tres temas con los que nos bombardeaba sin tregua.

—Me gusta veros juntos —dijo—. ¿Por qué no dejas a esa tía fea con la que estás y te vienes a vivir aquí?

—Es que no la soporta —me dijo Eduardo en voz baja.

—Ya veo, ya.

—Le ha cogido manía sin motivo; dice que le habla mal. Alejandra no es la persona más sociable del mundo, pero no me la imagino contestándole, es de una cortesía extrema.

—No hagas caso y dile que venga a casa cuando quiera.

—No, si el que no quiere que venga soy yo. No puedo evitarlo, me contagia. Cuando regresamos de haber estado con el tío, la miro y, no sé por qué, me gusta menos la pobre chica.

—Lázaro, por Dios, no diga eso de Alejandra —dije yo.

—Es fea y seca como un sarmiento, para qué vamos a… ¿Vosotros por qué no os casáis? Total, si estáis solos en el mundo, mejor será esta compañía que cualquiera que podáis encontrar fuera. Mira —le dijo a Eduardo—, si te casas con esta, yo arreglo las cosas para dejároslo todo a vosotros, que sois los que me estáis cuidando, y así yo me quedo más tranquilo si sé que alguien se va a ocupar de ella.

—Yo me he ocupado de mí misma toda la vida, tío.

—Y así te ha ido. Tú escúchame a mí, que sé más del mundo. Ya tenéis una edad, y cuando se ha pasado la juventud, es más sencillo entenderse. Yo os dejo lo que me queda a vosotros y así juntáis fincas.

—Pero ¿usted tiene fincas, tío?

Me dio con la muleta en la pierna.

—Fincas no, eso lo sabes bien, pero ya me entendéis. Es una forma de hablar. Y qué alegría y qué gusto veros a los dos unidos y el dinero junto…

—Para ser usted comunista —le contestó Eduardo—, le preocupa mucho el dinero.

El tío cogió aire y gritó a pleno pulmón.

—¡Yo no era comunista, yo no había hecho nada! ¿Qué podía haber hecho, si tenía dieciséis años?

La mañana de la operación amaneció fría y seca, como se esperaba, y yo absorbí la tristeza del clima como una esponja y así, hinchada de amargura, acompañé a Lázaro hasta el Hospital de la Princesa, donde el cuadro médico aguardaba al anciano como si se tratara del abuelo de todos. El cirujano, en particular, mostraba veneración por él.

—En otro país que no fuera este —le dijo— a la gente de su generación le pondrían una placa con su nombre.

—Sí, sí, una estatua en el parque me iban a poner —refunfuñó él—. Con que me coloque una en la cadera me conformo.

—Sí, hombre. Ya verá qué cambio con la prótesis. Descansará mejor, se moverá con mayor facilidad, ¡en dos meses estará jugando al fútbol! Ustedes no se preocupen —se dirigió a Eduardo y a mí—, que vamos a llevar a cabo la operación con todo el mimo posible. Con otra persona de su edad nos lo hubiéramos pensado, pero con la resistencia física de su tío y el dolor que soporta por la desviación de cadera merece la pena acometer la operación. Yo respondo personalmente de él.

Lázaro aguardaba sentado en una silla de ruedas con las manos unidas y un poco impaciente. Le di dos besos muy largos mientras ya se lo llevaban.

—¡La serpiente, la serpiente, ojo con la serpiente, que está asomando la cabecita! —gritó cuando se lo llevaban mientras me hacía señas de que no llorara.

—¿Qué dice?

—Que no me ponga triste.

Nos quedaban horas de espera por delante. En un optimista principio, yo había pensado en aprovecharlas, porque me faltaban algunas compras, quería arreglarme unas uñas que ya llevaban una manicura leprosa y, al menos por un momento, disfrutar de un tiempo a solas, pero según nos dirigíamos al ascensor de la planta quinta, entendí que me sería imposible alejarme de allí y desentenderme de lo que en un quirófano ensamblado como un edificio en construcción, unos metros más allá, estaba ocurriendo mientras tanto.

—¿Quieres que tomemos un café? Estoy libre hasta las cuatro —me dijo Eduardo.

—¿Aquí? No se me ocurre un sitio más deprimente que una cafetería de hospital.

—Ah, pues hay varios. Los bares de los tanatorios, por ejemplo. O los de las terminales internacionales en los aeropuertos. Claro que es también donde sirven las copas más tarde... Ven, probemos. Al menos, no seremos los más viejos como en tu cafetería pija.

No, no lo éramos. Algunos miembros del hospital, fuera de servicio, indistinguibles con sus pijamas y sus zuecos, se tomaban un descanso; tres adolescentes con aspecto cansado apoyaban la cabeza sobre una de las mesas. Una de las chicas cabeceó sobre el brazo de su padre. El resto se componía de mujeres muy mayores que comían con decoro bocadillos envueltos en papel de aluminio y un café que habían pedido en la cola del autoservicio o de personas que rondaban los cincuenta, mal peinadas ellas, algunos vestidos con el aire precipitado de a quien se le avecina un imprevisto o con ropa ligeramente fuera de lugar que delataba dónde les había encontrado la noticia.

«Nadie se viste para ir a urgencias», pensé mientras revisaba qué me había puesto yo y me veía incapaz de recordarlo si no me miraba.

—¿Saldrá? —me preguntó Eduardo.

—Han asegurado que sí.

—A ti los hospitales no deben de traerte buenos recuerdos.

«Ahí trabaja papá», señalaba mi madre en la cartilla de lectura cuando yo era muy pequeñita y me enseñaba las palabras y aparecía una cruz roja o verde, o una bata, o una inyección. Sin embargo, mi padre regresaba cada tarde como había salido, con un traje discreto y una corbata aún más discreta. Durante años solo asocié el trabajo de mi padre

a libros, los volúmenes que acarreaba, una biblioteca entera tras él, especializada y estéril por falta de uso, que habíamos regalado a uno de sus amigos más íntimos.

Mi padre era un médico que no era médico y que trataba el cerebro sin ser psiquiatra y que trabajaba tanto en palacios de congresos como en hospitales. Cuando comencé a comprenderlo, había elaborado complicadas supersticiones al respecto y se extendían a todos los hospitales.

Del de la Princesa me gustaba la fachada frontal, que se abría con una pequeña escalinata a Diego de León, casi como una mansión clásica privada de jardín, pero no la trasera, ni la lateral, que parecían propias de una fábrica de embutidos. Evitaba mirarlo durante las horas de sol, pero cuando caía la tarde y la colmena de luces comenzaba a encenderse, me parecía un lugar acogedor, un refugio para quienes se encontraban enfermos o heridos. Lo horrible no era acudir al hospital, sino despertarse en él y hacerlo como uno de los que no sabían moverse allí.

—No, no en especial. Ni buenos ni malos. Nunca había estado en la cafetería.

Siempre creí que los hospitales poseían un idioma propio o, al menos, un dialecto y que, como con cualquier lenguaje extranjero, podríamos resistirnos a aprenderlo el tiempo que quisiéramos, pero cuando nos instalábamos allí no quedaba más remedio que chapurrearlo.

Algunas personas se desenvolvían con una soltura envidiable entre los pasillos y los rellanos plagados de recomendaciones, de prohibiciones, de órdenes. Mis cuñadas, fascinadas por el brillo de los bisturís y el recubrimiento gelatinoso de las grageas, conocían trucos que se pasaban de operación en operación, un diagnóstico a otro, con la misma dedicación en la que se empeñaban en conocer los códigos del colegio de los niños o de las asociaciones de vecinos.

—Mi padre —aclaré— no operaba aquí. Y en casa del herrero, cuchillo de palo. A él le gustaban la teoría y la cirugía, pero le horrorizaban los hospitales y, especialmente, todo lo relacionado con las curas y la enfermería. No me puso nunca ni una tirita. Tengo malos recuerdos de los hospitales. Pero en mi cabeza, no aquí.

—Los recuerdos siempre están en la cabeza. Nos empeñamos en colocárselos sobre la espalda a alguien o en dejarlos en algún lugar. Yo siempre me los he llevado conmigo.

—No soy la más indicada para decirlo: no sé ni qué hacer con mis recuerdos ni con mis emociones nuevas.

—Yo —dijo él mientras removía el café— soy ingeniero informático entre otras cosas porque no me gustan las personas. Prefiero trabajar con máquinas.

Me eché a reír.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo. ¿Tiene solución? Se arregla. ¿No la tiene? Se busca otra. ¿Hay una mejor? Se compra. Con las personas no funciona. Intenta encontrar otro tío Lázaro.

—¿Crees que somos irremplazables?

—Nosotros sí. Cuando murió mi madre, se fue un mundo con ella. Si mi hermana o yo, con lo mal que nos llevábamos, con los disgustos que le dimos, hubiéramos muerto antes, nadie le hubiera valido en nuestro lugar.

—Eso es terrible —dije—. En el caso de los padres, nadie puede sustituirlos, pero, si crees eso, no habría más que un gran amor o una mejor amiga. Viviríamos algo así una única vez. Me niego a pensar eso.

—Espera. —Se levantó a por un helado, lo pagó, lo desenvolvió con minuciosa paciencia mientras meditaba—. Bueno, tú te niegas a pensar eso porque acabas de divorciarte y confías en que no tienes por qué vivirlo como un fracaso, sino como la preparación para algo mejor, algo grande. Como si hubieras reformado el baño. Y que alguien maravilloso llegará y te hará recuperar las ilusiones y el amor y esas historias que nos cuentan. Pero eso es mentira, una mentira blanca y bienintencionada. Perdona si soy demasiado franco —añadió, como siempre, algo tarde—. Eso nos consuela solo durante algún tiempo.

—O toda la vida; depende de tu capacidad para engañarte —dije yo. Él asintió.

—Piénsalo desde este punto de vista: aceptar eso supone que somos intercambiables. Una mancha quita otra y un clavo nuevo arrancará el que nos han metido en las entrañas. Y eso, además de falso, es injusto. Nos convierte a todos en manchas y en clavos, en cosas. Yo no soy intercambiable; si me pierdes, como mucho encontrarás a alguien que te servirá para lo mismo que yo te he servido.

—No creo que seamos tan importantes —dije yo.

—Según lo que tú dices, somos números. Es más, no solo aceptamos ser números, sino que nos tranquiliza el que los demás lo sean. Pero yo, como informático, te digo que, en el fondo, los números tienen su sentido. El 3 no vale para lo que el 4, o el 7, o el 200.

—Y yo, como archivera, te puedo hablar de lo útiles que resultan las categorizaciones. Nos permiten ordenar los datos, clasificamos con ellas; necesitamos también los listados y los números.

—Qué va —contestó él—. No los necesitamos; pero nos da miedo el azar, el caos o la incertidumbre, sin más. En un universo de infinitas posibilidades las categorías carecerían de sentido. Y eso —añadió levantándose y arrojando el helado a un cubo— lo saben de manera intuitiva los poetas, los enamorados, los niños y los físicos. No puedes timar a un niño que ha perdido su osito con un osito de peluche nuevo, y este helado, aunque pueda comprarme todos los que quiera, ya se fundió, ya forma parte de mí. Es relevante. Todo es relevante. Vamos a preguntar cómo va todo, ¿te parece? Ya deberían estar acabando.

Aguardamos aún casi tres horas más. Bajamos de nuevo a la cafetería, sin saber qué pedir. Salimos por turnos a dar un breve paseo alrededor del hospital para que las piernas no se entumecieran y, sobre todo, para que la mirada se fijara en otro horizonte. Imité a Eduardo y me compré un helado, pero no fui capaz de finalizarlo porque soplaba un vientecillo gélido que me convertía el estómago en escarcha. Compré unas flores, unos iris morados, en el puesto de la gitana que se encontraba en la esquina y unos caramelos de café para engañar el tiempo.

Alejandra, la novia malquerida por mi tío, se acercó media hora a acompañarnos. Era esbelta y muy guapa, algo sosa, o al menos así se había mostrado conmigo en cada ocasión. Yo le llevaba cuatro o cinco años. Con la cabeza muy cerca de la de Eduardo, sus deditos ágiles volaban sobre el teclado de su móvil mientras hablaba con nosotros y había algo en sus vaqueros, en su camiseta de algodón gris, que le restaba levedad a todo lo que hacía o decía, como si se encontrara de paso en todas partes. La miré mientras Eduardo hacía un aparte un par de veces y, a cada vistazo, me parecía menos guapa.

Cuando se marchó, yo luchaba contra un inesperado y muy considerable ataque de celos y esperaba no cruzarme de nuevo con ella.

Nos llamaron cuando yo comenzaba ya a intranquilizarme y Eduardo, contagiado por mis nervios, miraba el reloj y se preguntaba si debía avisar en el trabajo de que se retrasaría. Todo había salido bien, nos dijeron, dentro de los márgenes habituales, y la única dificultad era que los huesos se astillaban con más facilidad de la esperada y habían tenido que proceder con mayor precaución. No sentiría dolor, pero lo mantendrían un poco atontado. Desde ese momento éramos huéspedes de la planta octava.

Me preparé para pasar la noche en aquel sillón desplegable con el que más me valía trabar amistad, tras una cortina que, en aquel momento, solo ocultaba otra media habitación vacía. Lázaro se agitaba un poco de vez en cuando, pedía agua, pero, en general, dormitaba. Yo había alineado junto a la repisa de la ventana su medicación, una revista para él y un libro para mí, los iris morados, que se abrían con el hechizo del calor, y los caramelos.

En las otras habitaciones, los familiares de los enfermos hacían lo mismo, colonizaban el armario, la mesita, la repisa de cada una de las celdillas del inmenso hospital, en ese gesto innato de los humanos de convertir en nuestro el espacio, de trazar nuestras iniciales, cambiar de lugar los muebles, dibujar un garabato o un primitivo calendario, lo que fuera que demostrara que habíamos tenido un peso y un paso, que habíamos existido, que estábamos aún allí.

Esa primera noche no dormí. No era el colchón lo que me alertaba, ni siquiera el olor, el sempiterno olor de hospital que solo se interrumpía cuando las bandejas de comida arrastraban en el aire un rastro denso y caliente. Intenté observar mis pensamientos, como me habían enseñado, revisé, por enésima vez, que mi propia medicación de emergencia no me faltara, revisé con calma mis recuerdos de hospital, los buenos y los malos, pero no logré descubrir qué me inquietaba.

De vez en cuando me acercaba a la cabecera de Lázaro, que dormía con la boca abierta y con sus resoplidos habituales, pero sin ronquido. Le acariciaba la mejilla con mucha suavidad, le aplicaba una pincelada de crema en las manos, llevaba a cabo todos los cuidados que había recopilado en mi pasado y algunos nuevos que había escuchado.

«Eduardo tiene razón. No sirve de nada fingir que somos sustituibles. Lázaro se va a morir», pensé en un momento dado, pero no me refería a aquella noche, sino que de pronto, frente a su cama, había llegado a la encrucijada que abordamos todos los hijos frente a los padres, la percepción real y profunda de la pérdida que se nos avecina y del territorio acre que se extiende detrás.

Apenas pude intuir esa emoción certera pero limpia, serena, con mi padre. Mi padre, nos parecía, viviría para siempre. Cuando se desplomó lo hizo en la única muerte que parecía lógica en él, brusca, sin dolor, pero a destiempo, como si el cáncer que había corroído a mi madre lo hubiera vaciado al mismo ritmo y acompasara su paso al de él. Y con mi madre se entremezclaba demasiada ira, una indignación que quería asomárseme a los labios obedientemente cerrados y que me crispaba los dedos.

Siempre supe que se querían más de lo que me quisieron a mí; contenidos y discretos, en ocasiones brotaban de las grietas de su matrimonio vaharadas de afecto que me atravesaban y que se disolvían en la distancia, no destinadas a mí, ni a nadie, huellas del paso de un amor.

Lázaro se moriría a su tiempo, pero su pérdida ya me había alcanzado esa noche y la sentí por adelantado y con una violencia inusitada. Sentí que me temblaban los labios, cerré la puerta de la habitación y lloré como hacía mucho tiempo que no me permitía, un poco por mis padres, un poco por mí, otro poco porque eran así las cosas y no estaba en mi mano el cambiarlas; y en todo eso cabía también Lázaro.

El peso del anciano sobre los dos cojines nuevos del sofá, que ya había comenzado a mullir a su gusto. Los chocolates y mermeladas sin azúcar que, cuando muriera, durarían mucho más que él, hasta que dictara la fecha impresa, porque yo, quién sabe por qué, era incapaz de tirar la comida hasta que caducara. Las maletas en las que había traído su ropa, una de ellas de piel, y aquellas prendas recias, sensatas, de quien ha pasado mucho frío y mucho calor y no está dispuesto a soportarlo un día más si puede evitarlo. Las fotografías de su pasaporte y otras cuantas dispersas por ahí, rostros de anciano triste, porque ninguna de ellas reflejaba ese punto indómito que conservaba, como si se lo robara la cámara en pago por la imagen. Las conversaciones a medias, los silencios tercos, las palabras que no comprendí bien y que no había ocasión de repetir.

Esa noche lloré por todo lo que se avecinaba, porque esas pérdidas menudas y triviales eran seguras, por más que no supiera la fecha ni la hora, y se sucederían en cadena cuando él faltara. Y como no sabía si era una muestra de respeto o de egoísmo el llorarlas mientras él aún se encontraba dormido ante mí, con el pelo crespo revuelto y el pijama un poco abierto, lo hice en silencio, para que nadie pudiera robarme ni una brizna de aquel descubrimiento.

—Pero ¿en qué estado te encuentro? —me dijo Eduardo cuando se escapó a vernos a la hora del mediodía, con la visita de los médicos, tranquilizadora y breve, ya superada esa mañana y una retahíla de recomendaciones que debíamos hacer nuestras en adelante—. ¿No has dormido?

—Está muy guapa —gruñó Lázaro, al que la anestesia había dejado con un hilo de voz ronca y seca—. El que estoy mal soy yo. ¿A quién vienes a ver?

—No podrás afrontar las noches tú sola —se quejó—. No sé cómo vamos a organizarnos.

—No creo que se repita —aseguré—. Ya me acostumbraré. Déjame que hoy me vaya a mi casa, me duche y descanse un poco y para mañana me organizaré mejor. Sin duda.

Lázaro protestó con el tono que empleaba cuando las cosas no le importaban demasiado, pero pronto se distrajo porque entraron con su nuevo compañero de cuarto.

—Y a este, ¿qué tienen que hacerle? —preguntó, y se ganó rápidamente la amistad de la familia, compuesta por una esposa tímida y dos hijos despistados, que no sabían lo que se les venía encima.

—Vete, sí, vete. Yo pasaré la noche con él. Me traeré trabajo. Te espero mañana para la hora del desayuno y para que medites sobre las paradojas de quién es irremplazable y quién no.

—No te burles de mí —supliqué—. Hoy no puedo soportarlo.

Me tomó la mano y se la llevó a los labios. La mantuvo allí y luego sobre su corazón, durante unos segundos, y cuando me miró de nuevo, yo no sabía qué hacer, desconcertada. Hacía demasiado tiempo que no coqueteaba con nadie como para sentirme cómoda con esos gestos o como para saber interpretarlos.

—No sabemos lo que podemos soportar, pero me temo que es casi todo —añadió.

Paseé por la calle que me llevaba a mi casa con la sensación de resaca y enfermedad que arrastraba desde la madrugada y que no me permitía entablar una relación entre una escena y otra. Todo me llegaba como una sucesión de imágenes inconexas que cobraban sentido por un detalle, un perro que apareciera en dos de ellas, el escaparate de una tienda, que se repetía y me permitía ordenar el tiempo en el que sucedían.

Eso ya no me asustaba. En los peores momentos de mi enfermedad, los recuerdos se habían desordenado y se mezclaban con lo que vivía en ese mismo instante, y aquella percepción distorsionada del tiempo me aterraba. Intentaba encerrarme en mi cabeza como si fuera una habitación segura, pero los recuerdos continuaban en su paso alterado, a zancadas, adelante y atrás, por mucho que intentara frenarlos. Con el tiempo, solo me ocurría cuando me encontraba muy cansada o muy triste y acababa casi por disfrutar de esa experiencia, porque me permitía ver, ante mis ojos, casi tocarlas, escenas que se habían desvanecido hacía mucho tiempo y que se estabilizarían si les permitía espacio, como el lodo se asienta en una cañería inutilizada.

Crucé ante el antiguo penal donde Miguel Hernández, junto con otros números susurrados y anónimos, había dormido noches de angustia al final de la guerra civil y donde había compuesto las *Nanas de la cebolla* para consolar a su lejano hijito y a su compañera. ¿Cómo habría conciliado el sueño aquel joven en los días en los que Lázaro, y su familia, sin dormir tampoco, cruzaban la frontera francesa para escapar de la tortura y la muerte? Quien hubiera apostado por unos y por otros, sin duda, hubiera creído mayores las posibilidades de sobrevivir del poeta. Y allí, separados y unidos en el tiempo, apenas unos cientos de metros, se encontraban de nuevo, uno eterno y otro anciano, las dos víctimas de las guerras y la brutalidad.

Ahora, el mismo edificio de ladrillo pardo y líneas sobrias, elegante e institucional, con sus ventanas simétricas y las escaleras que permitían el paso a las puertas de los distintos cuerpos, lo ocupaba una residencia de ancianos y dos señoras charlaban sentadas en un banco junto a la verja, como si hubieran querido escaparse también ellas por un tiempo. Compré el periódico y unas manzanas en una frutería que siempre me parecía cara, pero que me tentaba siempre con sus cajas bien ordenadas y la fruta de un color irreal.

Necesitaba comer algo bonito y que me alimentara el alma, pero la primera manzana me supo a cebolla y no encontré ánimos para lavar y cortar una segunda. Con el espacio y el tiempo en un baile cada vez más pausado en mi cabeza, me metí bajo el chorro de agua, chapoteé para despertar la espalda y sus dolores y me dormí sobre la colcha, sin taparme, hasta que a las cinco de la mañana sonó mi teléfono y escuché la voz de Eduardo, casi un grito, diciéndome que viniera pronto, que corriera, que Lázaro se nos moría.

3

TODAS LAS NUBES QUE SE ENCAPOTABAN

No se murió esa vez, aunque todos creíamos que sí, yo la primera, mientras corría hacia el hospital con el pánico dibujado en el rostro, demasiado nerviosa como para aguardar en la calle a que pasara un taxi a esas horas en las que era aún demasiado de noche para ser de día y con el aspecto fantasmal de una ciudad desierta a la espera de una sacudida.

Cuando le vi tendido, con la cama inclinada en un ángulo inusual, reducido a la mitad de lo que era el día anterior y la tez grisácea, tuve la certeza de que mi insomnio de la noche anterior y mi llanto sin motivo habían sido una despedida anticipada por algún giro raro de mi intuición.

—Si creí que todo iba bien…

—Y todo marchaba bien —explicó Eduardo, avejentado como sin duda lo estaba yo también, como si nos estuvieran permitiendo echar un vistazo a cómo sería nuestra apariencia en cinco, seis años, una prueba para comprobar si la piel encajaba bien y si nos sentíamos cómodos con esas ojeras—. Lo pusieron en pie cuando tú te fuiste, caminó unos pasos con el andador, cenó con hambre y se durmió pronto.

Había sido una doctora del equipo que nos recibió la que había dado la voz de alarma. Advertida por una intuición que en ella sí había sido certera, se había desviado de la guardia para echarle una ojeada al viejo y lo había encontrado agonizando. Algo había ido mal, quizás una de las astillas de hueso se había abierto camino entre la sangre o un punto interno se había soltado, como una media arañada, o no habían soportado la presión los vasos sanguíneos, pero, en algún momento de la noche, Lázaro había comenzado a desangrarse en una hemorragia interna que había empapado, con discreta eficacia, el colchón y la sábana bajo su cuerpo.

La doctora gritó, giró con habilidad la cama y le colocó los pies en alto. Fue esa reacción rápida la que lo salvó: mientras lo alimentaban con la sangre que le habían extraído la semana anterior, que no había resultado necesaria durante la operación y por la que tanto había protestado («se ve que me he hecho tan viejo que ya no me sirve la sangre de otros; hasta la mía me la cogen de prestado», se quejaba mientras llenaban las bolsas), pero que su cuerpo absorbió como si fuera una planta seca, Lázaro abrió los ojos, sin haberse enterado de lo cerca que había estado de no despertarse jamás de ese sueño plúmbeo y dulce en el que se sumió de nuevo casi por dos días.

Durante esos dos días velamos a su lado Eduardo y yo, como si esperáramos que nuestro decrépito durmiente no despertara y hubiera que besarlo de vez en cuando antes de que algún hechizo, algún pinchazo en una rueca invisible, se lo llevara definitivamente. Comimos juntos unos emparedados grasientos si los compraba él y un poco menos infectos si era yo la que me encargaba de ello. Aprendí los gestos de la costumbre y la familiaridad, en qué lado prefería sentarse y cómo apoyaba la barbilla en las dos manos, cuándo no resultaba razonable molestarle y si prefería hablar al silencio.

Fue una mala estrategia, porque me acostumbré a buscarlo si faltaba. Esos días Eduardo y yo volvimos a ese paréntesis de tiempo que se otorga a los muy jóvenes o a los muy viejos durante el verano, los viajes en barco, las estancias en balnearios o internados, ese espacio elástico en el que el resto del mundo se difumina y solo existe lo visible, una cama con un enfermo, unas hileras de flores y caramelos, dos sillas al pie, una familia confusa tras una cortina de hule y el pánico creciente a que salga el sol y se acabe el último día y haya que separarse.

Me había propuesto ser más independiente, pero la inercia de mi vida anterior aún tiraba fuerte y buscaba a alguien con quien compartir gestos pequeños. Nada grandilocuente; alguna rutina, alguna conversación, nada más.

Las explicaciones de los partes médicos. O la manera de recoger los envoltorios de los emparedados, las migas sueltas. O cambiar las flores, la manera en la que renovábamos las flores de su mesilla y de la diminuta estantería junto a la ventana, un día rosas blancas y otro unos claveles, todas flores de vida y de brillo, porque yo me había vuelto supersticiosa respecto a ellas y a sus colores y sus significados y le hice devolver unos crisantemos amarillos con los que apareció, porque me dieron mala espina; Eduardo los escondió con paciencia y sin humor agrio y me trajo en su lugar una macetita con pensamientos azules que sobrevivieron a la estancia del tío.

—¿Tú no te estarás encariñando con mi sobrino? —me preguntó Lázaro cuando, el tercer día, regresó de nuevo con el color recuperado, un hambre lupina y tan fresco como si despertara de una siesta en agosto.

—Pero qué cosas…

—Qué cosas, qué cosas… A veces adivino las cosas antes de que ocurran y otras —y me miró con un poco de pena, que, en un hombre como él, resultaba conmovedora—, otras creo que de tanto repetirlas pasan. Tú eres enamoradiza, eso lo pueden ver hasta los tontos —iba a protestar, pero no me dio tiempo y, sobre todo, preferí pensarlo mejor —, pero él… no lo tengo tan claro. Todo sea que ahora me salga todo a la inversa de como yo pretendía…

—Menos mal que la imaginación la sigue teniendo en buena forma, porque lo que es el resto del cuerpo…

Intentaba reírme de él, porque me negaba a pensar que alguien pudiera interesarme; a veces llegaba la tentación de abrirme a otros, pero la descartaba pronto. Ansiaba confiar en los demás, pero me daba demasiado miedo, y mi esperanza de conseguir un poco de afecto se parecía a un rumor interno que podría crecer o tendría que conformarse con acabarse en sí mismo, encerrado como una caracola, bello pero hueco pese a todo.

Tampoco me permitían los días demasiado espacio para los pensamientos ociosos, porque la recuperación de Lázaro se había hecho tan popular en el hospital que nuestra habitación de la planta octava se encontraba casi siempre frecuentada por médicos o por curiosos, o por enfermeras que, divertidísimas por el cortejo a la vieja escuela que el tío ejercía con todas, lo mimaban con una ostentación casi ofensiva.

—Lázaro resucitó una vez, pero yo ya llevo al menos dos —bromeaba—, y no se descuiden que, a lo mejor, no es la última.

—Ha sido bastante ya con esta, tío —decíamos.

—Pero ¿vio algo usted? ¿Un túnel, como dicen? ¿No vio a sus padres o a su mujer? —le preguntaban.

—Yo no me enteré de nada —contaba él—. Me hubiera muerto allí mismo, como un pajarito, estaba dormido y tan feliz. Una cosa te digo, si me dieran a elegir, a lo mejor escogía esa manera de irme. Mira que si, después de todo lo que he pasado, me muero así, sin enterarme... No sé, ahora que ya la he probado, te digo que no es mala cosa... El que sí se asustó fue el vecino que tenía, y su familia, esos sí, que lo vieron todo, el ajetreo de los médicos y la sangre, que debió de ser mucha mucha y el pobre hombre, desvelado, debía de pensar «Detrás de ese voy yo», porque lo habían operado de lo mismo —se reía con explosiones breves—, ya es casualidad. Me llego a morir e imagínate qué presagio para el pobre hombre. Lo que es el mal rato ya no se lo quitó nadie.

Pero los invitados se iban y los curiosos se marchaban y al final nos quedábamos él y yo solos y la sombra o la presencia de Eduardo, que aparecía y desaparecía según los días, mientras yo me daba cuenta de que el tiempo se medía de una manera diferente si lo tenía cerca o si no estaba.

—Cuando te conocí, pensé que eras como tu tía, que de todo hacía un mundo —me dijo un día—, y si caía una gota de agua, se quejaba de que le daba a ella en la frente. Pero no, tú te callas y te secas por dentro. Como unas de esas naranjas que mantienen el color y soportan el frío y el tiempo y, cuando las partes, no queda nada dentro, solo unas pocas semillas que ya no sirven. Supongo que te habrán educado así, pero ¿por qué no te quejas si algo te duele?

Lo miré sin palabras, porque no sabía cómo explicarle que frente a algunos dolores el mío resultaba insignificante y me avergonzaba. Frente a lo que él había vivido, frente a los que no regresaban de los quirófanos de la quinta planta, aquellos que dormían de prestado en una casa ajena o reunían mantas para no pasar frío en la calle, lo que a mí me había pasado apenas suponía una piececita de un puzle gigantesco. Un contratiempo en una vida mimada.

—No hay dolores más grandes que otros —siguió—. El niño que llora porque le han quitado una pelota no sufre menos que el hombre al que le han incendiado la casa. Eso lo sabemos con el tiempo, cuando uno nunca olvida esa pelota o cuando descubrimos que el hombre era un malvado que había incendiado las de sus vecinos antes. Quien más ha sufrido entiende mejor al que apenas comienza y no al revés. No puedes entender qué me ocurrió a mí, pero yo sí te comprendo y por eso te digo vive, sigue viviendo. Esto que hoy te importa tanto o lo que te ha robado unos pocos años de tranquilidad se pasará, no será más que un recuerdo. Continúa adelante, porque la herida se hace costra y la costra, cicatriz. La vemos, la sentimos en los días de lluvia, pero ya no es lo mismo, ya nunca será lo mismo.

—Supongo que no.

—Quien se fue se fue; lo que se perdió perdido está, pero llegarán cosas nuevas, personas nuevas. Cuando perdemos ya la esperanza, no es porque ya no exista un resquicio aún, sino porque no hay un sueño nuevo que alimentar. Por eso yo he visto a hombres que han pasado por todo, hombres a los que les habían matado un hijo ante sus ojos, desesperarse y matarse cuando les descubrían una fotografía de su madre que habían escondido en el tacón del zapato o en una costura rota. Y mira si no podríamos pensar que, después de lo que habían sufrido, qué más daba una humillación más: pero no, era algo muy pequeño lo que los doblegaba.

»Por eso hay que ver todos los atardeceres que se pueda, porque nos recuerdan que hay algo bonito cada día y que mañana aguarda otro. Por eso son importantes los niños, aunque no sean nuestros, o los libros nuevos, o que me traigas una flor cada día. La esperanza por algo es muy quebradiza y si no se ejercita a diario se rompe y a la larga ya no vale. Pero si se mantiene, no importa lo débil que sea, puede salvarte la vida algún día. Eso lo aprende cada uno a su manera y a su tiempo y hay quien no lo descubre jamás…

»Yo continúo haciéndome ilusiones cada día: no sé, que acabéis Eduardo y tú juntos, porque es un buen muchacho y porque sería bonito veros construir algo nuevo a los pies de mi cama. Una familia, unos chiquillos o el resto de la vida. Pero yo qué sé, si a él le gusta más esa sosa, siempre queda el que seáis amigos. No es sencillo hacerse con un buen amigo y es un tipo de cariño que también brinda esperanza…

Me quedé junto a él en silencio, porque ya no había nada que decir, salvo sorber de esas palabras como si fueran sangre nueva o agua para una naranja reseca. Luego, cuando se entretenía con una visita que yo ya conocía, salí al pasillo y llamé a una de mis compañeras de terapia para confirmarle que sí, que no había cambiado de idea, que me buscara un gatito, que no le preocupara que fuera un cachorro para una persona mayor, que yo me encargaría de él, que lo pusiera a mi nombre, que yo me encargaría de él ya para siempre.

La mujer que me conseguiría el gatito se llamaba Teresa, tenía más o menos mi edad y unos ojos negros y brillantes a los que no se les escapaba nada. Mientras caminaba a mi lado (me había pedido si podía echarle una ojeada a mi casa y, ya que nos habíamos encontrado muy cerca, no supe encontrar una excusa para negarme), notaba su mirada fija en mí y cuando abrí la puerta y entró, registró con rapidez la terraza, la cocina y las ventanas con la familiaridad de quien ya ha hecho algo parecido muchas veces.

—Por lo habitual, no entregamos cachorros a personas ancianas —dijo—. Corremos el riesgo de tenernos que hacer cargo de ellos, ya mayores, poco tiempo más tarde, por desgracia.

—Yo lo adoptaré —dije—. Creo que a él le animará ver cómo crece un gatito, pero te prometo que me haré cargo de él, falte mi tío o no.

—Un gato puede vivir muchos años. Contraes un compromiso importante.

Me encogí de hombros.

—Nunca me han agobiado los compromisos. El que los rompieran conmigo ha sido el problema, más bien.

—¿Has tenido gatos antes?

—Mis padres tuvieron un perro durante muchos años.

—Perros y gatos no tienen nada que ver.

—Mejor —dije—. Odiaba a ese perro y él no me podía ni ver.

Teresa sonrió.

—Bueno, tengo que decir que eres una adoptante bastante desastrosa.

—Sí —dije yo—, no es la primera vez que me lo dicen.

—No quería ofenderte —añadió ella tras un silencio.

—No me has ofendido. En realidad, no fue culpa mía. Yo era una adoptante perfecta. Fue mi marido el que salió despavorido.

—Deduzco que te has librado de él —dijo.

—No me dio a elegir. Y ahora es el momento para un cambio.

Teresa echó un último vistazo al salón.

—Voy a buscarte un gatito sociable, un poco movido. Nada de un peluche, os vendrá bien algo de energía joven. Alquilas habitaciones, ¿verdad?

—Es de lo que tengo que vivir ahora.

—Está bien saberlo: siempre hay problemas para tener gatos en casas de alquiler. Quizás te mande a alguien. Bienvenida a la secta, Elena.

De manera que el gatito, la gatita en realidad, entró en la casa antes incluso de que Lázaro regresara y resultó ser una bolita atigrada con los ojos redondos y bastante ingenio para llevar a cabo maldades y aparecer tras ellas con aire resuelto, como si solo fueran travesuras. Era, desde luego, la gata adecuada para Lázaro que, cuando vio que ni siquiera su cirujano más rendido cedía y que no le dejarían colar a la gatita en su habitación, sino que tendría que ir él a la gata, se empeñó en abandonar el hospital lo antes posible y retomó con un empeño ejemplar la rehabilitación, que había comenzado a aborrecer.

—Hay que buscarle un nombre, no podemos dejar al pobre animal así, en la nada.

—En la nada no está, Lázaro.

—Antes los niños que no se bautizaban, si morían, se iban al limbo y pasaban allí toda la eternidad.

—Pero ahora ya no hay limbo, hombre —aclaraba Eduardo—. Y además, es una gata, no un niño.

—Algunos tienen más juicio y más inteligencia que los humanos. Y esta es lista —decía mientras miraba las fotos que le habíamos sacado—, se le ve en los ojos que es muy lista.

—Yo había pensado en llamarla Noche. —Y no pude continuar porque los dos hombres prorrumpieron en alaridos de risa—. ¡Noche es bonito!

—Noche. Aurora.

—¡Atardecer!

—Atardecer, ven, que hay sardinas.

—Atardecer, ¿quién ha hecho popó aquí?

—¡Atar!

—¡Miau!

Al final, se llamó Gloria porque Lázaro dijo que le recordaba a Gloria Swanson, Eduardo insistía en un nombre sensato y común y yo no tenía nada que opinar en aquel asunto, al parecer. A mí me bastaba el que la gatita fuera un recuerdo de la conversación que había mantenido con Lázaro, cuando me dio el permiso para quejarme que tanto necesitaba. Gloria era diminuta y cuando creció lo hizo por partes, primero las patas, luego las orejas, de manera que mantuvo durante mucho tiempo un aire de adolescente desgarbada y juguetona que no engañaba sobre su personalidad.

Tuve que quitar todas las plantas de su alcance porque se las comía para luego vomitarlas a trocitos babosos por los rincones; y puse seguros a las puertas de algunos

armarios porque había desarrollado la capacidad de colarse dentro y luego, cuando se aburría, maullaba desesperada mientras hundía las uñitas en lo que encontrara a mano, fuera un jersey de angora, una camiseta vieja o mis zapatos. Como resultado, la casa encontró un orden nunca visto, todo lo que no era frágil, imprescindible o pesado desapareció y abrí armarios que durante meses ni siquiera había mirado.

—Ya no hay vuelta atrás —me decía Teresa cuando la informaba de los destrozos de la gatita—. Querías un cambio en la casa, ¿verdad? Ahí lo tienes.

«¿Por qué guardo esto?», me preguntaba cada vez que sacaba a la gatita agarrada del pellejo del cuello mientras se aferraba a una prenda que volaba en el aire con ella. Gloria me miraba con sus grandes ojos de agua y me sonreía intrépida, en la medida en la que los gatos pueden sonreír, mientras dejaba caer mi ropa y saltaba, como un corzo joven, fuera de mi alcance.

Era una invitación a continuar adelante demasiado evidente como para pasarla por alto y, con un suspiro, un jueves por la tarde abrí dos de mis armarios y los vacié por completo. Como había hecho tras la ruptura con Sergio, arrastré detrás de mí grandes bolsas de basura, pero en esta ocasión me deshacía de una piel vieja, de una venda que, con toda probabilidad, me impedía mirar hacia los lados.

Lloré mucho aquella tarde y también parte del día siguiente. A veces de dolor, otras, por la nostalgia, otras, porque me enfurecía el que una avalancha de pena tan arrasadora se escondiera en unas bragas viejas o en un par de calcetines que Sergio nunca llegó a estrenar y que se encontraban plácidamente doblados, con su yugo de papel, en el estante de las toallas. La primera tentación fue cerrar de nuevo las puertas o tirarlo todo; pero esa actitud era la que me había protegido durante demasiado tiempo y ya no sentía la misma necesidad de ocultarme, sino que quería que el aire circulara, que se moviera a mi alrededor algo que no fuera la electricidad estática pasada.

Había relegado al fondo de los armarios la ropa bonita, a veces costosa, que me ponía en los tiempo felices, antes de que la melancolía inundara todo y me demostrara que lo anterior, que tan poco valoraba, habían sido los buenos tiempos. Al alcance de la mano y usadas ya más veces de lo que se merecían, se apilaban las telas confortables de colores difíciles de precisar y sin forma con las que me había vestido en los pasados tiempos. Una ropa espantosa, más una capa de camuflaje o invisibilidad que otra cosa, unos jerséis y unos pantalones que gritaban que no deseaba ser vista, que no repararan en mí, que era un espacio en reforma.

Estornudé rabiosa, me soné varias veces, aparté algunos pensamientos aún demasiado hirientes y rechacé otros porque ya no me bastaban.

—¿Qué haces, hija? —me preguntaba a gritos Lázaro desde el salón.

—Purgo mis pecados —contesté yo.

—¿Qué?

—Que ahora salgo.

El armario vacío se convirtió en una cabeza gigantesca, con perchas deformadas y algunas rotas que acabaron también en la basura. Se transformó en el símbolo evidente de lo que intentaba hacer con mi vida, en una pequeña creencia neurótica: si logro ordenar el armario, lograré que el pasado quede atrás. Si ordeno esta estantería, encontraré trabajo. Si coloco este cajón, perdonaré a tres de mis amigas.

No fue sencillo; con cada zapato se marchaba un paseo con Sergio, con cada jersey, una tarde aburrida en la que compré algo por no regresar a casa con la sensación de haber perdido las horas; el registro de emociones archivadas tras aquellas perchas resultaba tan exhaustivo que no se distinguía mucho de revisar un álbum de fotos. Cuando finalicé, quedaba mucho espacio entre las prendas colgadas, pero todo lo que había salvado cantaba a pleno pulmón lo que deseaba yo tararear. El valor que aquella ropa tenía solo sabía medirlo yo y no estaba en nada relacionado con su coste.

No respeté ni siquiera las joyas: me había resistido a venderlas porque sentía que con solo pensarlo me moría de la vergüenza y no sabía cómo hacerlo ni a dónde acudir; pero, de alguna manera, eso ya no me importaba. Podía enterarme, preguntaría a alguien, sería un regalo inesperado lo que lograra por ellas, aunque, imaginaba, sería mucho menos de lo que suponía. Lo primero de lo que me desharía, pensé, sería de la alianza de boda, que dormitaba con sus reflejos dorados en una cajita. Sin rencor, sin rabia. Pero, si el armario entero se había transformado en un símbolo, ese anillo era el logo, el representante de todo el pasado, de mi matrimonio y de mi devenir anterior, y tenía que abrir el camino.

No se lo conté a nadie y nadie se fijó en ellos, ni siquiera Lázaro, que poseía la facultad, con sus preguntas constantes y sus comentarios de anciano tiquismiquis, de arrancarme incluso lo que no deseaba revelar. Me deshice de ese anillo como quien arroja a un estanque una piedra y la ve rebotar sobre la superficie hasta que se hunde en la memoria. Solo yo supe que me había liberado de un fardo, como fui yo únicamente la que sintió la enorme paz que se escondía ahora entre mis cajones y mis blusas. «Además —me decía—, si es cierto que hay una herencia de mi tía, si ese dinero me llega cuando falte Lázaro, por pequeña que sea, todos estos miedos quedarán atrás».

Mi expresión cambió, comencé a maquillarme de nuevo. Me detenía ante un escaparate, aunque supiera que no compraría nada de lo que estaba allí. En mi terapia, las compañeras continuaban bromeando con mi enamoramiento, pero en realidad de eso se trataba, de la acción transformadora de un amor. No el que me despertaba Eduardo, incipiente, muy tímido, que casi no merecía ese nombre; o Lázaro, un cariño protector sólido, unas ganas de presentar lucha que casi me volvían agresiva con los doctores si me contaban noticias que no me gustaban o recordaba con ellos que habíamos estado a punto de perderlo.

Hay quien es propenso a los flechazos casi con la misma determinación con la que lo es a los resfriados o a los tropezones. En mí, en cambio, el amor crecía orientado hacia alguien, como una planta busca la luz, con dudas y vacilaciones, casi más como un ejercicio de fuerza de voluntad y de convencimiento que como una pasión arrolladora. Un gota a gota aburrido, pero sólido por lo general. Y esa vez el objeto era yo.

«Ven —me decía a veces cuando cruzaba de una habitación a otra—, tranquila, no hace falta correr». Me hablaba en el tono suave que dedicaba a quienes me rodeaban. Siempre era amable, complaciente incluso, menos cuando me dirigía a mí. La voz con la que pensaba estaba impregnada de dureza, de hartazgo y de prisas. Me gritaba como nunca hubiera tolerado que hicieran con nadie y me arrojaba la comida a los pies, como si fuera un animal peligroso.

Cambié mi voz interna día tras día, mientras la anterior aullaba en el sótano, en especial en los momentos en los que algo salía mal, o Gloria se escapaba por las escaleras y yo corría tras ella, o en los que me había olvidado de algo tan ridículo como

apagar la luz del baño y que yo convertía en algo enorme. La acallé con el silencio, como si fuera un niño con una pataleta, sin cuestiones ni tampoco reproches. Aquella Elena que se asustaba, que se obligaba a pasar las noches en vela porque sus pensamientos continuaban y continuaban en una noria zarandeada, que sufría por cada error, comenzó a moverse con mayor seguridad porque ya nadie le gritaba.

Y con un recorrido lento, con la llegada del buen tiempo comenzaba a sentirme algo mejor con mi maltratada persona. Estaba recuperando todo aquello que poco a poco perdí, o dejé de mirar, o se me cayó de las manos: la pausa tranquila, el sosiego, el momento de serenidad que, por su rareza, cobraba de pronto un valor extraordinario. No recuerdo cuándo comencé a ser feliz, de la misma manera en la que no podría señalar el momento en el que se inició mi desesperación, pero sé que surgió en algún momento entre los jerséis salpicados de puntos sueltos por las uñitas de Gloria y cuando Lázaro regresó a casa.

Él también se encontraba de mejor humor y, sobre todo, comenzaba a vislumbrar el día cercano en el que caminaría erguido, derecho, sin muleta, y eso lo impacientaba y lo entusiasmaba hasta el punto de que el fisioterapeuta asignado se negó a seguir tratándolo porque lo agotaba.

—No hace caso —se quejaba—, es terco como una mula y, así, no avanzamos.

—Tiene noventa años y ha llegado hasta aquí —dije yo—. ¿De verdad cree usted que no es capaz de avanzar?

Por primera vez en la vida me puse del lado del mío y no del otro, de quien me apetecía defender y no de lo correcto, y me dediqué a despellejar al fisio y a darle la razón al viejo, que era cierto que hacía las cosas como le venía en gana.

—Me estás malcriando —dijo un día en un momento de lucidez—, pero no me quejo. Me parece bien. Me das todos los caprichos, no hacemos mal a nadie y, cuando me muera, tú te quedarás con la conciencia bien tranquila.

—Usted no se va a morir nunca, Lázaro.

—¿Verdad? Yo tampoco lo creo. Ya para qué, que se mueran los otros si quieren.

—Pórtese bien —le dije—, porque esta tarde va a visitarnos una posible inquilina. Y la necesitamos, de manera que no me la asuste.

Teresa había recordado su promesa y me había recomendado a una conocida que, si el piso le convencía, se mudaría en uno o dos meses.

—Ha tenido gatos durante muchos años y de vez en cuando se hacía cargo de algún caso difícil —me contó—, pero ahora es mayor y ya no puede vivir sola. No quiere irse a una residencia y creo que una casa con un gatito podría gustarle.

—La conoces bien —afirmé.

—No tanto —dijo ella—, pero de tanto entrar y salir de casas, de tanto tratar con la gente, he desarrollado un cierto sexto sentido. Estos años he visto cosas que nunca imaginé que existían; desahucios en los que la única preocupación de una anciana enferma eran su perro y su gato. Niños con un gatito debajo de un montón de mantas porque no podían pagar la calefacción. Un gatazo precioso, asustadísimo, que había sido abandonado con su camita y todo, que me seguía maullando porque no entendía nada de lo que le había ocurrido, dónde estaba su casa y dónde su familia.

Se quedó callada un momento.

—Por eso trato con animales y no con personas. Todo es más sencillo. Reubico al gato, busco una casa para el perro, me llevo al gatazo a una habitación hasta que le encuentre otro hogar. Las soluciones rápidas, prácticas, me alivian un poco. Pero allí se queda aquel niño, con aquel gato, bajo las mantas. —Luego se volvió a mí—. Se llama Sonsoles. Es muy buena persona.

Mi madre la hubiera calificado, de un primer vistazo, como alguien venida a menos. Lo delataba la ropa, de buen corte, pero ya muy pasada de moda, los pendientes de oro, sin duda heredados, y una timidez de trato que no lograba ocultar una educación poco frecuente en las mujeres de su edad. Tenía el cabello entrecano, la boca generosa y un leve aire de desorientación.

—Ya me ha dicho Teresa que aquí vive un anciano —dijo—, pero a mí me encantan las personas mayores. Claro que para ti —añadió ante mi mirada de sorpresa— yo seré también una persona mayor.

Lo era, efectivamente, porque tenía setenta y seis años, pero aunque la primera impresión los colocara en lugares similares, cuando los vi juntos, resultó evidente que toda una generación la separaba del tío Lázaro. Poco tenía que ver el país en el que había crecido él con el que le había tocado en suerte a ella, ni sus circunstancias, ni sus aficiones.

—Antes —me dijo—, este tipo de pensiones las llevaban siempre señoras viudas. Se me hace extraño encontrarme a una chica joven al frente.

—Hay que adaptarse —contesté yo.

—Eso creo yo —dijo—. No tengo nada contra las viudas —aclaró—. La ilusión de mi vida hubiera sido quedarme viuda. Pero ni ese gusto me dio el desgraciado de mi marido: me negó el divorcio durante años y luego me lo concedió seis meses antes de morirse. Por fastidiarme, no te quepa duda. ¿Puedes creerte qué mala suerte?

—No sabe cómo la entiendo —dije yo en el mismo tono.

—Podría irme con mi hija, pero vive en un apartamento de una habitación. ¿Para qué quiere a su madre en un sofá cama en el salón? Mi hijo tuvo que marcharse a Alemania, el único lugar donde encontró trabajo; y mi piso se me ha quedado grande. Yo no puedo ya encargarme de él. Tengo que aprovechar que me lo quieren comprar unos vecinos para ampliar el suyo. A precio de saldo, pero ¿has visto cómo está Madrid? Toda la ciudad se vende, se alquila. Así no se puede.

Yo, que intentaba no reparar en los anuncios que aparecían en todos los portales, asentí.

—Hace un año me rompí la muñeca y en algunas tareas me desenvuelvo con dificultad. Lo noté cuando tuve que cuidar a mi gata, que estaba ya muy mayor. ¿Te dijo Teresa que nos conocíamos por eso? Apenas puedo abrir frascos, ni cortar la carne con cuchillo y tenedor. Y no quiero entrar aún en una residencia. Me parecen lugares horribles. Nadie tendría que pasar por eso. Yo cuidé de mi padre y de mi madre en mi casa hasta que se murieron y ese es uno de mis orgullos: supongo que tendré que acabar claudicando, pero todavía no. No sin lucha —sonrió levemente.

También mis padres albergaban un resentimiento sordo ante las residencias de ancianos y por los hijos que las elegían. Repetían con fruición las historias sórdidas que de vez en cuando saltaban a las noticias, suciedad, maltrato, hacinamiento. Un eco del miedo a los asilos y a la pobreza. Le mostré a Gloria, la tuvo en el regazo y la acarició bajo la barbilla hasta que se tumbó, confiada, de costado.

—Estoy empaquetando mis cosas, pero me lleva mucho tiempo —me dijo—. Con los años, he acumulado toda una vida. Y me cuesta desprenderme de ellas. A todo le atribuyo un valor. Mi hija se ha ofrecido a ayudarme, pero ¿qué sabrá ella?

—Estas habitaciones son de buen tamaño.

—Sí, pero los libros… —insistió—. Puedo regalar casi todo. En algunas tiendas de segunda mano ya me conocen. Pero a lo que me cuesta renunciar es a mis libros y a mis discos. ¿Quién puede tirar un libro? En mi casa están por todas partes: hasta en el cuarto de baño tengo una estantería. Algunos ya no sirven para nada: para qué querré algunas enciclopedias que aún guardo. Pero aun así me duele tirarlas.

—Esto le va a gustar —le dije, y la guie hasta la habitación que había sido mi cuarto de lectura: aún conservaba las estanterías, vacías, que me había planteado desmontar en breve—. Pensaba alquilarle el cuarto de invitados, pero quizás prefiera esto.

Ella asintió y rozó los estantes: midió con la palma de la mano uno de ellos, calculó el espacio.

—¿Y los libros que había aquí?

—No llegó a haberlos —mentí. Algunos, los más leídos, los más queridos, habían encontrado acogida en otras habitaciones; los otros habían venido a recogerlos voluntarios de una biblioteca, cajas y cajas en las que se mezclaban los míos y los que Sergio nunca recogió.

Durante meses no pude abrir un libro: lo intentaba, pero mi atención se quedaba fija en una palabra que leía una y otra vez. De pronto me daba cuenta de que no recordaba nada de las últimas páginas y me obligaba a volver atrás hasta que de nuevo me abstraía. Parecía que hubiera perdido la capacidad de leer. Los libros, entre los que había pasado gran parte de mi vida, a los que había dedicado años de trabajo, se mostraban hostiles.

O aún peor, eran otro recordatorio de aquello que había leído y olvidado, de lo que nunca llegaría a conocer al otro lado de sus tapas cerradas. La melancolía exigía también eso en pago, los placeres solitarios como olvidarse del tiempo con una novela hermosa o un libro ilustrado. Casi había olvidado que para mí, como para Sonsoles, los libros habían sido algo de valor incalculable.

—Esto sería perfecto —dijo ella—. No tengo que decidirlo ahora, ¿verdad?

—No, no se preocupe.

—¿Me guardará la habitación un par de semanas?

—Salvo que se presente otra señora bibliófila, creo que podré prometérselo.

—Volveré otro día. Me gusta el señor. Y me gusta la gatita.

Me pareció que me llamaban y me volví. Casi al mismo tiempo, una mano se posó en mi antebrazo y un rostro familiar se acercó al mío.

—¡Elena! Estaba seguro de que eras tú. —Entonces le tendió la mano a Lázaro, al que yo empujaba en la silla de ruedas, y saludó en tono formal—. Buenos días. Soy Cristian, un amigo de la familia.

—De la familia soy yo —refunfuñó él, al que llevaba, de mala gana, a las sesiones de fisioterapia que había tenido que retomar lo quisiera o no.

—Es mi tío —le dije—. Ahora me ocupo de él.

—¿Tendrías tiempo de tomarte un café? Hace siglos que no nos vemos.

No quería o estaba casi convencida de que no quería. Ni verle, ni hablarle, ni retomar el contacto con él, que había quedado casi tan atrás como la ropa vieja, con Valvanera, con las cenas de compromiso, con Sergio, con la vida de aquel eterno descontento. Me mantenía la mirada, suplicante. Como siempre, cedí.

—En veinte minutos debajo de mi casa. ¿Te acuerdas?

—Claro.

Dejé a Lázaro para que ejercitara una pierna y luego la otra y me senté frente a Cristian con cierta prevención. Si la memoria no me fallaba, desde aquella lejana ocasión en su despacho era la primera vez que quedábamos a solas. Había envejecido de repente. Las ojeras, siempre visibles bajo una piel casi transparente, se habían convertido en bolsas y varias marcas profundas le cruzaban la boca y la frente. La alianza continuaba en su dedo, de manera que me arriesgué a preguntar.

—¿Cómo está Valvanera?

—Bien. Muy bien. Se alegrará de que te haya visto.

—Siempre me digo que tendría que llamarla…

—Seguro que a ella le pasa igual.

—¿Y tú?

—Bueno, ya te puedes imaginar. —Entonces me miró y al ver mi expresión de extrañeza añadió—: Te habrás enterado, supongo.

—¿De qué?

—¿No sabes nada? —Rio—. ¿No lees los periódicos?

—No, Cristian —dije con una cierta rabia contenida—, hace más de dos años que no leo un periódico y que evito las noticias. ¿Qué ha pasado?

—¿No sabes que me detuvieron? ¿Ni nada del juicio?

—¿Te detuvieron? ¿Por qué?

Entonces até cabos.

—No puede ser.

Cristian asintió resignado.

—De manera que sí te has enterado.

—Del escándalo, sí. ¿Quién no? De que tú estuvieras involucrado en él, no…

—Ni siquiera puedes hacerte a la idea de la cantidad de gente que está en el ajo. Muchos conocidos nuestros. Pero, por supuesto, han ido a por quienes han podido, a por los pequeños. A por quienes no gozábamos de protección ninguna. La cosa se paró en mí porque no podían continuar investigando más arriba sin que salpicara a quien no debía salpicar.

Recordé vívidamente el rostro del director de la sucursal que nos había conseguido la hipoteca, súbdito del propio Cristian. Su seguridad hueca, su colonia invasiva, su manera de intentar colarnos un préstamo al que nos habíamos resistido.

—No sabía nada. Te prometo que, si me hubiera enterado, hubiera llamado a Valvanera o a tus padres. Te hubiera ido a ver.

—Mejor así. Creo que Sergio estaba al tanto.

—No me hablo mucho con Sergio últimamente.

—Es verdad. Lo sabía. Me lo dijo alguien. Han sido malos tiempos para todos por lo que veo.

Cristian, el triunfador, el histriónico, la envidia de quienes le conocían; el que se llevaba a los chicos aparte y nos los devolvía eufóricos, con la seguridad espasmódica de

quien acababa de esnifar una raya de cocaína, el que sabía antes que nadie por qué movimientos había que apostar y en qué invertir antes de que se corriera la voz se tomaba ahora un descafeinado frente a mí, cabizbajo. De vez en cuando miraba de soslayo, como si temiera que alguien nos abordara.

—Muy malos.

—¿Sigues conservando tu casa? —me preguntó.

—Sí. A duras penas. Pero ahí vivo.

Había cambiado en algo más que en la seguridad impostada y un puñado de piel envejecida en torno a los ojos. Superpuesto al antiguo rostro surgía este otro, actual y en movimiento constante, y me resultaba difícil ubicarlo en el tiempo.

—Si algún día Sergio te acorrala o si quieres saber más de las maniobras que hizo a tus espaldas, dímelo. Nunca pensé que te diría esto, pero siempre te portaste muy bien conmigo y no te merecías lo que te hizo. Y yo lo sabía y lo consentí. Me hacía hasta gracia. Entonces me parecía que la gente buena estaba ahí para que nos aprovecháramos de ellos. Si ni siquiera se daban cuenta, se lo merecían.

—Ahora todo eso da igual, Cristian. Autoricé todo lo que hizo. Firmé sin mirar. Quizás sí me lo merecía.

—No, nadie se merece un trato así. No dejes que te saque la casa. Ahora todo es un desastre, están vendiendo el país por nada a quien puede comprarlo. Aguanta. La situación mejorará, ya está mejorando.

—No tengo trabajo. No tengo ahorros. Cuido de mi tío y alquilo mi casa por habitaciones. No veo de qué manera va a mejorar mi situación.

—Ten confianza. Tú eras mi amiga. La chica que guardaba todos los secretos de todos nosotros. Te ayudaré en lo que pueda.

—Tengo que ir a buscar a mi tío.

—Elena, la gente se redime.

—Sí —dije yo—. Pero, si puedo evitarlo, no a mi costa.

—¿Quién era ese amigo de la familia? —preguntó Lázaro, al que el ejercicio espabilaba para dejarlo después agotado como un bebé.

—Una sanguijuela.

—¿Y tú te tratas con sanguijuelas, hija?

—Y quién no, Lázaro. Y quién no.

—Por cierto, ¿existe aún el Círculo de Artistas?

—¿El qué, tío?

—El Círculo de Artistas, un club muy importante que estaba en la calle de Alcalá, con una torre sobre la ciudad y la diosa Atenea en el tejado.

Sorprendida, volví de mi pasado, de mi resentimiento y de mis recuerdos para adentrarme en las calles de la ciudad.

—El Círculo de Bellas Artes sí existe. ¿Por qué?

—¿Me llevarás allí un día? Un día, cuando pueda caminar de nuevo.

—Claro —dije aún sin entender gran cosa—. ¿Por qué me suelta eso ahora?

—Tu tía Amalia decía que el mirador de esa torre era uno de los mejores lugares para ver Madrid como la veían los ángeles: claro, ella conocía bien Madrid, había crecido aquí, aquí había alternado con artistas y con bohemios cuando era una jovencita, justo

antes de la guerra. Recordaba los bailes de carnaval del Círculo y que cuando celebraban las fiestas de inauguración de las exposiciones nuevas, subían a la terraza y allí brindaban por el arte y lanzaban aviones de papel con mensajes y con esbozos.

»—Cuando regreses a España —me dijo—, si alguna vez vas a Madrid, debemos subir allí, y acordarnos de todo lo pasado.

»—Con los bombardeos que hubo en Madrid, quién sabe si esa torre seguirá en pie.

»—Sí, hombre. Allí seguirá, esperándonos.

»—Yo no pisaré España hasta que sea un país libre.

»Y ella se reía.

»—¡Pero hay tiempo! La vida lo único que nos ofrece es tiempo. Tú acuérdate, y si vives más que yo, no dejes esto sin hacer. Merecerá la pena y lo recordarás siempre: te lo llevarás contigo.

»La miraba con respeto, sí, pero no siempre. En algunas ocasiones, sentía que se burlaba de mí y de mi ignorancia. O, pese a la diferencia de edad, yo me sentía muy viejo a su lado, bien porque saltara con ocurrencias de niña o porque con algún detalle me recordaba que ella había llevado siempre una existencia protegida.

—Y usted no.

—¿Yo? Yo tuve una infancia miserable. Luego es cierto que me acompañó la suerte, pero durante años no viví más que calamidades.

Llegamos a casa, le preparé un vaso de leche. Lo ayudé a sentarse en el sofá mientras él hacía equilibrios con el vaso de leche y rezongaba por lo bajo. Lo conocía lo bastante como para saber que rabiaba por contarme algo, pero necesitaba un detonante, una pregunta adecuada.

—Entonces, usted no pudo ir a la escuela, de niño.

No respondió.

—Y sus padres, ¿qué fue de ellos?

Continuaba en silencio, como si no me oyera.

—Bueno, pero algo debió de hacer para acabar en Francia, digo yo.

Y esa sí, esa era la frase adecuada.

—¡Yo no había hecho nada, si yo no había hecho nada! —exclamó con una rabia de décadas—. ¿Qué podía haber hecho si tenía dieciséis años? ¡Ni mi padre tampoco, que era un pobre infeliz! ¿Qué hizo? ¡Nada como para merecernos lo que luego nos pasó! ¿Y mis hermanos, y mi hermanilla? ¿Qué habían hecho ellos, los pobres!

»Casi no recuerdo nada de cuando era un niño, pero no era feliz. De mis padres, sí, como si los viera ahora ante mí, de la casa en la que vivíamos, que era una casa de aldea. Y de la que luego levantaron de nuevo, remozada, mis hermanos y que entonces se abría a la plaza y no a la carretera como ahora y que nos permitía tener un huerto pequeño y un corral con doce o quince gallinas. Pero, de mí y de lo que me ocurrió de niño, apenas conservo unas hilachas. Que amaestré un ratón una vez y una urraca luego. Que me peleaba con mi hermano, que apenas pisábamos la escuela y que cuando me castigaban era porque nos la cargábamos todos.

»Mi padre trabajaba en una fábrica en Zaragoza. Primero al jornal, luego ya contratado, luego, como podía. Los años de la guerra fueron malos, muy malos, pero los anteriores tampoco es que hubieran sido mejores. A los obreros los explotaban, los

trataban peor que al ganado. No valían ni sindicatos, ni leyes, ni nada. A los que contaban con alguna especialización, al menos, los salvaban un poco, pero los que, como mi padre, eran peones no recibían nada más que desprecio y malos modos: "¿No te gusta? Pues te vas, que hay muchos rezando por entrar".

»A diferencia de otros, de mi tío, de algunos de sus compañeros, que se habían organizado, mi padre no era hombre político; pero cuando comenzó la gran huelga, la mayor de todas, en la que se encerraron con algo de agua y unos panes y unos guisantes secos, dispuestos a que quemaran la fábrica con ellos dentro antes que a salir, él estuvo con todos los obreros. "Por vergüenza —decía él luego—. Porque no dijeran nada malo ni de mí ni de vosotros. Y porque a los capataces solo les faltaba escupirnos a la cara también".

»Y por esa y por alguna otra razón mi padre entró en las listas negras. Entonces no había que probar nada, bastaba una delación y venían por la noche a rondarte y a darte unas caricias con el garrote, a ver si te espantaban. Luego, cuando la cosa empeoró, y no digamos ya cuando comenzó la guerra, ya no solo eran caricias. A las mujeres les hacían cosas horribles, delante de los hijos para que no pudieran volver a mirarlos a la cara. A veces no disimulaban qué buscaban: querían tu casa, o tu vaca, o que pagaras por un desaire de años antes.

»A mi padre le bastó con el primer aviso, cuando lo acorralaron de camino a casa para intimidarlo. Habló con sus hermanos para decidir qué iban a hacer; unos dijeron que se iban al frente, otros, que huían a Inglaterra por mar. "Yo no me monto en un barco —dijo mi madre, que estaba recién parida—. Antes me muero en mi casa que subirme a un barco". Y no logramos convencerla.

»De manera que cuando estaba claro que allí ya no podíamos quedarnos, nos desplazamos por el norte con otros grupos que buscaban cómo escaparse de las ciudades asediadas. Mis hermanos, mi madre y yo, por un lado; mi padre y mi hermano mayor, por el otro. Ellos avanzaban de aquella manera, a veces requeridos para luchar, otras, con nosotros y con el resto de las mujeres y niños para protegernos en la medida de lo posible.

»Hubiera sido el momento perfecto para pasar la frontera, pero entonces aflojaron un poco los ataques, nos confiamos y continuamos en España hasta casi el final de la guerra, que nos sorprendió en Barcelona, como a tantos, medio aterrados, medio aliviados. Mi padre estaba desaparecido desde hacía días, aunque nos llegaban noticias de él de tanto en tanto. Mi hermano mayor estaba con nosotros.

»Y no nos quedó más remedio que marchar hacia la frontera. Esos días éramos muchos los que huíamos: era enero, a mediados de mes había caído Tarragona y toda la ciudad se escapaba como podía: en coches, quien los tuviera, en expediciones organizadas por lo que quedaba de autoridad, en convoyes que trasladaban a los enfermos, o a los heridos, o a los huérfanos, que eran legión.

»No se observaba orden ninguno: recuerdo que los aviones no daban tregua y que corríamos para cruzar la calle, hubiera motivos o no. Eso es lo que se me ha grabado. Aquella luz cegadora de los reflectores que invadía todo, los gritos, el desorden. En el sótano en el que nos refugiábamos, frente al miedo gritaba igual un niño como yo o un hombre formado. Fuimos de los últimos. Mi madre no quería que nos separáramos, pero no encontrábamos en qué ni cómo marcharnos. "Aunque sea a pie —dijo—, pero

juntos". Y cuando no quedaba más remedio, nos fuimos, a pie. Juntos. Aún no sé si estuvo acertada en aquello o no.

Sonsoles me había preguntado, con el hilo de voz respetuosa que tenía, si podría venir alguna vez a charlar y a tomar café con el tío Lázaro mientras se decidía a mudarse o no, y yo tenía la sospecha de que a él no le desagradaba el público, en particular el femenino. Con Eduardo buscaba más las palabras y se controlaba más. Quizás tenía miedo a ofender el recuerdo de su familia o a contradecirse con los relatos que él podría haber escuchado de niño de boca del resto de los parientes.

Además, no le importaba contar varias veces la misma anécdota, siempre que fuera a personas diferentes. Si yo le pedía que lo repitiera, me miraba con indignación:

—¿Qué quieres, comprobar si repito lo mismo y por lo tanto digo la verdad? ¿O quieres matarme de aburrimiento con mi propia historia?

Entonces tuve una idea y en la agenda de los nombres olvidados busqué los de mis antiguas becarias, las chicas que ahora no lo serían ya tanto, con las que de vez en cuando había cambiado un saludo a lo largo del camino: ¿No querría alguna de ellas escuchar las memorias de un viejo exiliado? Quizás les encajara en algún proyecto. O puede que, simplemente, les interesara.

Dos de ellas vivían fuera de España. Otra debía de haber cambiado de número de teléfono o había decidido no cogérmelo. Insistí más de lo que nadie que hubiera pasado por la misma terapia que yo lo hubiera hecho. Revisé mis frases hacia ella, los posibles motivos por los que no desearía continuar en contacto conmigo. No era la más brillante, ni tampoco la más simpática, pero de pronto, años más tarde, deseaba que tuviera buen recuerdo de mí.

Sin embargo, fue Vanesa, la más evanescente de todas ellas, la más callada, aquella tan enigmática que yo dudaba de que hubiera escuchado una sola palabra de todas las que le había dicho durante su formación, la que me dijo que quizás se acercara, que no, no tenía ningún proyecto en marcha, de hecho, se encontraba bastante desencantada con la carrera, y con la vida en general, pero… quizás, no sabía, quizás se acercara.

Sonsoles y Vanesa se observaron con precaución: la señora algo gruesa, de movimientos contenidos, con un rostro que debió de ser bonito prensado y ya maduro, y la chica flaca, con algo de galgo en ella, que parecía siempre vestir con un pijama viejo y unas deportivas aún más usadas. Vanesa se sentó en el suelo, que era donde parecía vivir la mitad del tiempo su generación, y rechazó el café. Tenía las uñas mordidas hasta hacerse sangre y una expresión de indiferencia ante la vida que otros habían dejado atrás con la adolescencia.

—Me alegra mucho saber de ti —le dije.

Ella levantó un hombro.

—Me extrañó que me llamaras. La gente no suele acordarse de mí. Y cuando se acuerdan, no suele ser para algo bueno.

—Vosotras no podéis saber nada de la guerra —dijo Lázaro, que se había tomado su café en dos sorbos—. No sé qué os puede interesar de esto.

—Yo no había nacido —dijo Sonsoles—. Sé lo que he leído y lo que me han contado, pero mi familia estuvo en el bando de Franco. De las otras versiones he visto

documentales, lo que contaban en la tele. Pero nunca había conocido a nadie que lo viviera. Y a mí todo me interesa. Seguro que esta niña sabe más que yo.

Vanesa levantó otra vez el hombro. El otro se mantenía en su sitio, lánguido, como un ala rota.

—Yo he estudiado una carrera de Historia, pero mi conclusión es que a estas alturas no nos han enseñado nada.

—Mejor contado que vivido —dijo Lázaro—. Cualquier cosa mejor antes que vivirlo.

»Fueron días terribles, larguísimos, aquellos en los que aguardábamos en Barcelona antes de la huida a Francia. Horas lentas, días sin final, hasta que varios camiones providenciales vinieron a por las familias de los militares con los que habíamos encontrado un poco de calor. Nos colaron entre ellos porque nos habíamos ganado su compasión. O por capricho, vaya uno a saber. Otros con más necesidad que nosotros se quedaron atrás.

»Viajábamos sin ninguna comodidad. En el camino hacia Gerona y hasta Francia tuvimos tiempo de compadecernos de todos los que estaban peor: no había casi gasolina, la gente se mataba por un bidón…, pero los caminos se encontraban en tan mal estado que, incluso con combustible, a veces los coches no podían continuar y se avanzaba mejor sobre un animal, o incluso a pie. La gente dormía al raso. Los uniformes ya no inspiraban confianza: no sabías quién desertaba, quién buscaba su regimiento y quién podía, en un acto desesperado, obligarme a mí o a mi hermano a tomar un arma e ir con ellos.

»Durante la ruta encontrábamos abandonados todo tipo de objetos. Palanganas, colchones, cestas, ruedas tiradas, sillas tapizadas de damasco, pelotas pinchadas. Nosotros, niños como éramos, los señalábamos: “Mira, mamá, una muñeca. ¡Qué pena que estemos en guerra —decía mi hermana— y no podamos quedarnos con esas cosas tan bonitas!”. “Esas cosas tienen un dueño que puede que vuelva a por ellas y, además, no las necesitamos”.

»Las que necesitábamos, al parecer, no tenían dueño y nos asistía el derecho a cogerlas. Los juguetes, los zapatos de tacón, todos los objetos de los días de fiesta, en cambio, parecían pertenecer a alguien.

»Pronto perdimos los ánimos para fijarnos en ellos. No nos valían para nada. Además, tirados junto a los trastos en la cuneta, comenzamos a ver los primeros muertos: “Cerrad los ojos, niños —nos decían—, o si no, luego tendréis pesadillas”.

»Pero daba igual; incluso entre las pestañas se nos colaban las expresiones rígidas, los dedos envarados, los gestos de dolor o de frío. Nos perseguían incluso con los ojos cerrados. Luego nos acostumbramos, a todo se hace uno. Al cabo de algún tiempo, tampoco a ellos los veíamos.

—Cruzamos la frontera casi sin darnos cuenta. Yo, que esperaba un puente levadizo como los de los castillos, o al menos un foso, me sentí decepcionado. ¿Aquello era otro país? Los camiones nos dejaron en la estación de Latour de Carol. Ya estábamos en tierra francesa, pero continuábamos corriendo, deprisa, rápido, por inercia, obligados. Nos bajaron a todos de los coches para subirnos a un tren de pasajeros. En el trayecto, con el ajetreo y la confusión, nos dejamos atrás una maleta con comida y ropita de la niña pequeña, y mi madre, que hasta entonces había conservado mal que bien la calma,

gritó con todos sus demonios, los que nos daban miedo cuando aparecían en su voz: "¡Aquí perderemos todo! ¡Perderemos el alma! ¿Qué va a pasar ahora?".

»A mi hermano y a mí nos daba igual. Nos podía la noche y el cansancio. Cuando se tiene poco, un poco menos ya no importa. Lo esencial era que estábamos a salvo, que la frontera no era para tanto y que deseábamos que papá también pudiese salir pronto de España.

»No sabíamos hacia dónde nos llevaban. Mirábamos de vez en cuando por la ventana, otras veces ya ni ganas teníamos. Pasamos por Carcasona, Nimes, Aviñón, Lion... Luego pude comprobar que eran lugares hermosos. En aquel momento veíamos casas, campo, vías, noche. En la estación había gente que nos saludaba chapurreando medio español, medio catalán, y a veces nos daban comida por las ventanillas.

»El problema era que nunca nos daban leche; no había dónde llevarla ni con qué recogerla y el bebé lloraba de hambre con desesperación. Mi madre ya no la amamantaba, no tenía con qué. En una estación nos llegó de mano en mano una lata de leche condensada, que era lo más parecido a lo que necesitábamos y, como no teníamos agua potable, no nos sirvió, hasta que mamá, cansada y angustiada de oír el llanto, dijo: "Si la nena tiene que morirse, mejor que sea harta de comida y no de hambre".

»Así que alguien que traía un abrelatas se lo prestó y le dimos a mi hermanilla la leche condensada sin diluir. Todos aguardamos con expectación, pálidos de miedo, a ver qué pasaba; y lo que pasó fue que se durmió plácidamente y varias horas después se despertó tan campante, como si no hubiera mejor alimento para un bebé que el que le habíamos dado. Mira tú qué cosas, sin esa lata de leche a lo mejor ni Eduardo ni su hermana hubieran nacido, porque son hijos de esa hermanilla mía...

—Por fin nos paramos en Chalons-sur-Saône. Al bajar del tren mamá se tambaleaba tanto, estaba tan débil, que la comisión de recepción decidió que tenía que ir directamente al hospital y con ella se llevaron al bebé. A mis hermanos y a mí nos trasladaron con el resto de los refugiados a un antiguo cuartel bastante destartalado; nos dieron de comer y nos instalaron en unos cuartos donde en el piso había paja sobre ladrillos, y mantas.

»Hacía un frío espantoso: pleno invierno. Amontonamos toda la paja que nos correspondía en una esquina y nos acostamos los cuatro, bien acurrucados para darnos calor. Nos consolaba saber que mamá y la pequeñita no pasarían frío. A veces me acuerdo de aquellas mantas, de lo ásperas que eran y de lo mucho que nos sirvieron. Como todo lo humilde.

»Al menos no tuvimos que estar, como otros, en campos a la intemperie. De eso nos llegaron leyendas y verdades más tarde, de Gurs o de Argelès-sur-Mer, con los terribles guardianes senegaleses que custodiaban a los pobres refugiados, atrapados en las cercas de alambre. Pero vivíamos apiñados, las letrinas rebosaban y, a veces, si no se movía un poco de corriente entre las puertas y las ventanas del cuartel, el olor nos daba ganas de vomitar.

»Un día nos llevaron al hospital a ver a mamá, que ya estaba mejor, igual que la nena. Fuimos a verla en procesión, casi como si creyéramos que nos la habían cambiado por otra. Pero no, allí continuaba, enfadada y cariñosa a la vez como siempre: "¿Sabéis algo de papá?".

»Qué íbamos a saber si no entendíamos ni por qué estábamos allí, ni a quién pedir ayuda ni noticias. Las monjas trataron muy bien a mamá. Al salir de España, nos habíamos colgado al cuello las cadenas y medallas que teníamos para que no se perdiesen y para venderlas y sobrevivir si llegaba el caso, y el primer día ella les había regalado una imagen muy pequeñita que llevaba el bebé prendida con un alfiler.

»Como mostraba la efigie de la Virgen del Carmen, las monjas habían anotado que éramos creyentes, y como no encontraban tantas como ella entre los refugiados, la habían tomado bajo su protección. De manera que no les faltaba de nada, pero el buen trato que les daban a ellas contrastaba con la poca atención que recibían otras compatriotas en el hospital: "Esa gente —decían con desprecio—, ateos, que no sabemos ni de dónde vienen ni qué han hecho. Ya se las arreglarán, parece que siempre se las arreglan para sobrevivir, como las alimañas".

»Al cabo de dos días, a mamá le hervía la sangre porque no soportaba la indiferencia ante el dolor y se moría de la vergüenza cuando ella recibía buenos cuidados. Y no se le ocurrió mejor idea que enfrentarse a las monjas: "¿Y ustedes hablan de caridad cristiana? Esas no son maneras de tratar a la gente que lo ha perdido todo. Hay que darles algo, aunque sea un poco de esperanza. ¿Qué sacan con humillarlos? ¿Qué les han hecho estas pobres familias?".

»Al día siguiente la devolvieron al refugio. Llegó con las orejas rojas y el bebé en brazos y suspiró sin palabras cuando se acomodó entre la paja con nosotros: "Tonta, más que tonta —le decía mi hermana—. ¿Cómo se puede ser tan tonta, mamá? ¿Qué te importan a ti los demás si no tenemos ni para nosotros?". "Calla —replicaba mamá un poco mustia—. Calla, boca grande, que no sé a quién has salido".

»Así era mi madre. Ojalá hubiera habido muchas como ella. Entonces y ahora. Las desgracias del mundo no se han acabado, ni las guerras, ni los niños que tienen que escaparse con lo puesto son una cosa del pasado. A veces lo veo en la televisión y no puedo soportarlo. Ellos éramos nosotros, con mi madre como una tienda protectora sobre nosotros, con su mal humor y su incapacidad para callarse.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté a Vanesa.

—No sé si volveré —dijo—. No te lo tomes a mal. Te agradezco que me hayas invitado, y que te hayas acordado de mí y todo eso. Pero salgo de aquí con el estómago revuelto y con una sensación de impotencia enorme. ¿De qué me sirve saber esto ahora? Quizás hace unos años, antes de la crisis, antes de la guerra de Siria, antes de todas las protestas por los refugiados, antes de…

—¿Antes de qué?

—Nada ha cambiado —dijo Vanesa—. Parece que todo cambia, pero son imaginaciones nuestras. Mi generación grita ahora en la calle lo mismo que otras y nos van a hacer el mismo caso que a las demás. En fin. Me voy, no le he dicho a mi marido que venía aquí y ya debe de haber llegado a casa.

—¿Estás casada? —pregunté sorprendida, como si hubiera encontrado a un niño fumando o con una botella de vodka.

—Tengo treinta y un años, Elena. No sé qué edad crees que tengo, ya sé que todos me tratáis como a una niña porque tengo esta cara y este cuerpo, pero he vivido mucho más de lo que crees y mucho más de lo que me hubiera gustado vivir.

Sin embargo, el timbre de casa sonó a la tarde siguiente. Con su pasito corto, con su melena de lluvia, la becaria de los pantalones flojos y anchos, de la expresión hastiada, se sentó a los pies de Lázaro para continuar escuchando qué había ocurrido en aquellos días de 1939.

—A pesar de estar ya a mediados de febrero, el frío era horrible y nos devoraban los sabañones de los pies, las manos y las rodillas. No se olvida ese olor del hielo, ¿sabes? Ese sueño que le entra a los huesos. A los dos días nos llevaron a un pueblecito cercano llamado Saint Verain-sous-Souvigny. Allí también hacía mucho frío. Nos alojaron a varias familias en una casa grande, cada familia en una habitación, con la cocina en común. Lo que no nos dejaba dormir, ahora que los dedos se calentaban al fuego, era la falta de noticias de los hombres. ¿Habrían logrado pasar a Francia?

»En ese pueblo sencillo, obreros la mayor parte, nos trataron como a hermanos en la desgracia. En el ayuntamiento nos daban cada semana unos francos por familia para que comiéramos y la gente del pueblo a diario nos llevaba lo que podían, lo que les sobraba: este, unas docenas de huevos, aquel, un pollo, una col. Hoy, después de cincuenta años, se me saltan las lágrimas cuando recuerdo aquello. ¿Tú sabes lo que valía para nosotros un pollo? —preguntó dirigiéndose a Vanesa, que se replegó molesta. Era cierto que la tratábamos como si fuera una niña. Debía de resultarle irritante.

—Qué vas a saber, criatura —continuó Lázaro—, si ni siquiera nosotros sabíamos entonces lo que llegaríamos a hacer por una hoja de col, un chusco de pan, un sorbito de huevo.

»Los obreros, bien. Pero las autoridades francesas se portaron como asesinos. Óyelo bien, que lo repetiré las veces que haga falta. Asesinos. Hasta entonces, con todo el frío, el hambre y el resto de las desgracias, creíamos que habíamos llegado hasta nuestro límite. Estábamos bien censados y nos aseguraban que mi padre se uniría a nosotros; en los registros nos marcaban con tinta roja: republicanos españoles, padre ausente. Mi madre les dio todo lo que teníamos. ¿Qué no ibas a entregarles con tal de que nos devolvieran lo que más queríamos?

»Pero entonces una mañana nos pidieron a todos que fuéramos a una revisión. Nos separaron a mi hermano y a mí, nos tallaron y miraron bien y luego nos dijeron que nos despidiéramos, que nos mandaban a otro campo, que ya tenía órdenes de qué hacer con nosotros. Y, después de tanto esfuerzo, a mi madre y a los niños pequeños los enviaron de regreso a España. Nos quedamos con las manos vacías, con el llanto y los gritos de mi madre en los oídos: “¡Pero si me van a matar, Dios mío, no me devolváis allí! ¡Tengo cinco hijos, son cinco, no me robéis dos!”.

»Allá se fue mamá, para afrontar sus propias calamidades que, por graves que fueron, no se compararían a las nuestras. Mi hermano y yo pasamos por dos campos temporales. Antesalas de infiernos es lo que eran. Barracones plantados en mitad de la nada, siempre en lugares altos para que no se estancaran con el agua y hubiera una cierta asepsia… El viento nos cortaba en los dos como tormentas de alfileres. El verano dio paso al otoño, llegó otro invierno. “Al menos aprendemos francés —decía mi hermano, que intentaba mantener el ánimo alto—, que siempre nos será útil. Busca cualquier cosa, ocúpate, sobre todo no estés ocioso”.

»Le preocupaba que me convencieran para que me uniera a los comunistas o que hiciera asociación con algunos de los raterillos que rondaban por los campamentos. El tiempo pasaba despacio, pero los días galopaban. Tuvimos la oportunidad de escaparnos

en varias ocasiones, pero en el último asentamiento nos dijeron que a nuestro padre se le esperaba allí, que había logrado salir vivo de Barcelona y que se uniría a nosotros, y eso nos mantuvo allí, cosidos a los barracones.

»Fue otra mentira. Ni a él ni a nosotros nos quería ya nadie. Pero ni en nuestros peores delirios hubiéramos imaginado la traición de unos y de otros. Del gobierno de Franco, de la Francia civilizada y de la Alemania de los mil años. Sin que llegáramos a encontrarnos con nuestro padre, pese a nuestras protestas, pese a nuestros esfuerzos, nos separaron a los dos hermanos, nos subieron en vagones distintos para que no coincidiéramos españoles juntos, lista para aquí, lista para allí. Mi hermano, que era mayor, para el ejército, para las Compañías de Soldados Españoles.

»No volvimos a vernos. A mi hermano lo mataron de hambre antes de llegar a su destino; en realidad, no sé de qué, no sé si de un tiro, de hambre… Aquellas cosas pasaban entonces en el tiempo de un parpadeo. De mi padre ni siquiera llegamos a descubrir eso. Aparece como muerto en los últimos registros del campo de internamiento en el que no llegamos a coincidir, pero al que, según las anotaciones, llegó. Ni el cuerpo ni la causa aparecieron jamás. Yo no tuve esa certeza hasta bien cumplido el final de la guerra. De la otra, de la que no era nuestra.

»Cuando me dieron esa constatación casi ni sufrí ya por ellos. Los había llorado con mucha antelación. Y yo acabé en un centro de internamiento para huérfanos, administrado por la Comisión Internacional de Ayuda, un hogar que no era más que un viejo convento medio desvencijado del que nos sacaban para trabajar en el campo, si sabías de eso, o en alguna fábrica, si eras un poco más espabilado. Había que colaborar en el esfuerzo bélico. Me desnudaron, me arrebataron todo lo que llevaba conmigo. Mis pocas cosas, mis recuerdos, las fotos familiares. Parecía tan lejano aquel llanto de mamá por una maleta perdida… Entonces, sin madre ni padre, sin la constante referencia de ese hermano que me duró tan poco y al que quise tanto, comenzó mi vida de hombre.

»Hubiera podido ser peor: de los que se negaron a regresar a España, los que tenían edad, como mi hermano, para ser reclutados en la Legión Extranjera, si sobrevivieron, muchos acabaron en el otro extremo de Europa, machacados como animales. Tenían un destino ya escrito y ese destino se llamaba Mauthausen.

»¿Qué necesitáis saber del resto que no se haya contado ya? Aun así, por mucho que se narre, que rueden películas o que se publiquen centenares de libros sobre el tema, nadie, salvo los que vivimos la guerra, podrá comprender lo que suponía. Y nosotros, que nos entendemos con una mirada, ya sabemos qué fue. Ya se ha muerto casi todo el mundo. De los que quedan, algunos quieren hablar de ello a todas horas, otros, no. Pero olvidar no hemos olvidado ninguno. No podremos.

»Hace algún tiempo te dije —me señaló con la barbilla— que no había problemas grandes o pequeños. Eso no lo aprendí en Francia, yo venía ya con esa idea de casa. Cuando aún vivíamos en la aldea y mi padre trabajaba por turnos en la fábrica y a veces no regresaba a dormir a casa, uhhh, qué problemas teníamos entonces. Todos, todos los del mundo. Mi madre gruñía, se enfadaba si venía, se enfadaba más aún cuando no venía…

»A los pocos meses, nos conformábamos con que apareciera vivo. Todavía más tarde, con llegar yo vivo a la noche me tenía que bastar. En eso pensaba mucho… Porque

en cada momento creía que aquello era mi mayor problema y, si me hubieran dicho lo que me esperaba por delante, me hubiera quitado de en medio porque creía que rebasaría con creces mi vaso y que no podría aguantarlo.

»Y cuando acabó la guerra pensé "Esto ya habrá sido lo peor de mi vida, no volveré a sufrir por nada, no volveré a pasarlo mal…". Pero, Elena, claro que se sufre y que se pasa mal. Todos los días. Y a cada paso creemos que ya no podremos más, que es la gota y es el vaso definitivo. A veces me decía: "¿Y estoy yo con este disgusto porque un cliente no me compra lo que yo había planificado y no recuerdo cuando pasaba tanta hambre que si encontraba media patata podrida ya se me iluminaba el día?". Pues te diré que, aun así, cada disgusto hay que pasarlo.

»Por eso te digo que defiendas tu dolor, porque es tuyo y en ocasiones será lo único que tengas. Porque no resulta comparable. Cuando mi madre regresó a Zaragoza, hubo quien le dijo "Vaya, qué suerte tienes, has recuperado tu casa". Porque ella la peleó y un juez le dio la razón. Y no se detenían a pensar en que había perdido al marido y a los dos hijos. Le quedaron los pequeños, claro, pero ¿crees que eso la consolaba cuando pensaba en nosotros? Imagino que unos días sí y otros no. Y cuando yo le escribí y le dije que estaba vivo, ¿crees que se alegró? Claro, naturalmente, pero pronto se dejó caer hacia el disgusto cuando supo lo mucho que yo había sufrido; y mi regreso de la muerte le recordó a los dos que faltaban.

»Mi hermanilla la menor ha contado muchas veces que ella creció con la pena heredada de ser huérfana, hija de republicano y pobre. Que se sintió siempre señalada y que mi madre nunca estuvo de verdad con ella, de corazón. Y algo de eso debe de haber, porque nunca ha sido feliz; y fue la que menos padecimientos soportó, la de la leche condensada.

»Yo tengo para mí que si alguien no desea continuar vivo, si es adulto y nadie le está haciendo daño, ni forzando, deberíamos dejarle morirse. Que hubiera expertos encargados de enseñarle y decirle "Mira, este veneno funciona así, esta pistola debes apuntarla de esta manera" para que murieran bien, acogidos, o solos si lo prefieren, sin sufrimiento innecesario. Lo peor que yo he vivido no es querer morirme, sino que te torturen lentamente, en vida, gota a gota, hasta robártela, cuando tú ansías vivir.

»Yo ya no tenía quien cuidara de mí y era muy consciente de que el frío, el calor, la casualidad, el trabajo físico, cualquiera de aquellas cosas podía matarme. Recordé a mi madre, que rezongaba mientras lavaba las camisas de mi padre, negras de grasa y de polvo: "Buscaos un trabajo donde no os manchéis", nos repetía a mi hermano y a mí.

»Desde que me había quedado solo había aprendido a fuego otra cosa además. Ya daba igual que tuviera estudios o no, que viniera de un lugar u otro. Lo único que me iba a mantener vivo en un futuro era distinguir quién podía ayudarme de quién no. Sería el arte al que dedicar mi tiempo. Ten en cuenta que entonces parecía que la guerra no acabaría jamás: salíamos de una para enlazar con otra. Yo no sabía hacer nada. Es más, durante mi estancia en el campo de internamiento tampoco había aprendido nada útil, salvo los idiomas, que se me daban bien. Ni contabilidad, ni dibujo, ni la menor habilidad artística: no les resultaba útil más que con mi fuerza.

»Y nosotros, los niños españoles huérfanos que no sabíamos hacer nada, éramos los que sobrábamos, los prescindibles. Los empleados al cargo nos trataban a patadas. A puñetazos. Hace poco escuché en la televisión la historia de una mujer a la que el marido propinaba unas palizas de muerte. Decía que cuando entraba en la cocina y ese bestia

estaba de mal humor, lo primero a lo que se le iban los ojos a la pobrecilla era a los cuchillos, a la plancha, al cordón de una lámpara. Su obligación era adivinar el estado de ánimo con el que se iba a encontrar. Y me afectó por varios días, porque me llevó exactamente a aquellos momentos de mi niñez. Nada era inocente, todo servía para golpearte, cualquier excusa era buena.

»Dicen que el contacto con el mal te vuelve perverso, pero yo sigo creyendo que no es así: vuelve malo al que ya lo es. A los demás nos deja la piel más fina, la incapacidad para soportar que a otros les hagan lo que nos han hecho a nosotros.

—Y así pasé la guerra, hijita. Ni como hombre ni como niño. En un lugar embarrado, en una fábrica en la que nunca me pagaron, en una ciudad perdida de Francia que se dedicó a borrar sus huellas vergonzosas a toda prisa. Y cuando acabó la guerra y ya no nos necesitaban, nos dijeron: «Esto se cierra, buscaos la vida, buena suerte».

»¿Pensamos en que era injusto? ¿En que habíamos perdido seis años de nuestra vida, los mejores, metidos en aquel centro repugnante con otros huérfanos, con chicos sacados directamente del reformatorio o con los repudiados de otras familias, de otros pueblos? Ni ellos ni nosotros pensamos en aquello entonces, creo. Había que correr hacia adelante, porque lo pasado era demasiado atroz como para recordarlo siquiera. Rezumaba gusanos y muerte.

»Y yo hice mis planes para irme lo antes posible. Suiza, París, con algunas recomendaciones que había logrado arañar, con ropa prestada que nos dieron. Unas prendas viejas, unos papeles nuevos, comida para dos días y a volar pájaros, a que nos buscáramos la vida como pudiéramos. “Quédate, Lázaro —me dijeron algunos—. Tú tienes facilidad para los idiomas, pronto habrá trabajo, eres un chaval que puede comenzar de cero; mejor esto que marchar a la aventura. Luego ya veremos”. “No, no —dije—. No, si hay que comenzar de cero, que sea bajo un cielo nuevo. Aquí no”.

»¿Por qué París? Hubo quien pidió asilo político en todos los países que les sugirió la Cruz Roja. Hubo quien se dirigió a Lion, o a Toulouse. Muchos fueron acercándose como podían a su tierra, cada vez más al sur, para al menos oler el mismo aire y las mismas hierbas y el mismo mar. A esperar, de nuevo, a que el tiempo pasara, a recuperar nuestro país, a la muerte de un hombre que no se moría nunca. Y nadie lo mató, aunque muchos habían planeado hacerlo, habían jurado hacerlo. No sé, tonterías que se dicen cuando se tiene tiempo y se cree que el mundo es fácil.

»Alguno sí llegó a cruzar la frontera y vivió escondido, en una resistencia eterna, la de quien sabe mucho y puede hacer poco. La mayoría nos quedamos varados en el camino, a la espera. La liberación definitiva no se produjo jamás, pero entonces no lo sabíamos: solo queríamos irnos de aquel lugar, ya que podíamos, ya que nos estaba permitido.

»Atravesamos páramos, ciudades astilladas, cielos vacíos, la tierra desmenuzada bajo las bombas. París no nos aguardaba como esperábamos. No nos aguardaba en absoluto. Nos negaron el pan y la sal, la existencia y las razones. Hasta a las viudas de españoles que pudieron demostrar, con certificados expedidos a escondidas y preservados con nuestras vidas, que sus maridos habían peleado en el ejército francés se las privó de una ayuda.

»Conservamos lo que pudimos: la salud, la vida, la cordura, la certeza de que la vida es una y hay que aprovecharla, que hay injusticias, muchas, y hay que luchar contra ellas. La buena o la mala suerte no escoge con justicia a las personas. Hubo quien hubiera tenido que quedarse allí con un tiro en la tripa, cómplice de tanta barbarie, y continuó tan tranquilo, con la vida puesta y el olvido a su favor: lo pasado, pasado. Hubo quien nunca encontró una recompensa a lo sufrido, a los gestos amables o al valor demostrado.

»Yo me acostumbré a no esperar nada de nadie y tampoco mucho de mí. A escuchar dos veces y a actuar de una vez. Encontré el amor, lo perdí, no volví a pasar hambre y tampoco hay que darles más vueltas a las cosas. No sé si me fue mejor o peor que a algunos. Sé que hoy estoy aquí, que sigo vivo, que conservo la cabeza en su sitio y la memoria en el que le toca y no me pregunto nada más. Los demás, que saquen sus conclusiones.

Nos miró de hito en hito a las tres y repitió:

—Sacad vuestras propias conclusiones.

4

LOS DEMÁS

Y mientras cada uno hacía lo que podía, mientras sobrevivíamos de la manera en la que íbamos aprendiendo sobre la marcha, mientras en casa la gatita crecía y el tío se recuperaba, los tiempos se transformaban rápidamente gracias a la imbatible energía de quienes se habían quedado para luchar. Los responsables de hundir un país comenzaban a ser nombrados, y algunos, a pagar cuentas por ello.

Cada día aparecía algún escándalo nuevo en las noticias que provocaba discusiones entre todos; pero como surgían todos los días, no era difícil olvidarse de ellos y los pocos pensadores que aún opinaban con libertad se abstraían cada vez más de esa realidad antipática, ocultos siempre tras los libros. Desaparecieron los intelectuales. Pronto comenzaron las voces de quienes negaban el pasado, y el espacio del silencio y la cobardía fueron cada vez más respetados.

Las tertulias en las que se dictaminaba qué debía pensar el nuevo país se acogían como revelaciones. Saltaron de las pantallas grandes a las diminutas, de la televisión a las redes sociales. Sabían que no eran los primeros ni los únicos en vivir una crisis ni sus consecuencias. Que se pagaba con la verdad y la libertad, pero ¿quién las tenía?

Regresó el miedo a que las nuevas generaciones, los nuevos partidos, llegaran inyectados en odio y en revancha; fue así y no fue así, porque todo formaba parte de un proyecto ya casi viejo, de algo milimétricamente calculado por los mercados tras las anteriores guerras, la crisis económica y la humillación, porque nada así podía deberse a una casualidad.

En los ratos que me dejaba libres Lázaro, compré algunos ensayos, algún análisis sobre mi propia época, biografías de políticos, que apenas me contaban lo que yo quería saber. Hechos, hechos. Solo contaban hechos. A mí me interesaba lo que no quedaba para la historia, las conversaciones privadas, los pensamientos retorcidos de quienes nos habían llevado a esto.

Cuando no lo esperaba, cuando, de hecho, hacía mucho tiempo que ya ni siquiera pensaba en ella, la pantalla de mi teléfono se iluminó y mostró el nombre de Valvanera. Contesté con la esperanza de liquidar la conversación en unos minutos. Quería darme las gracias. Cristian le había contado que nos habíamos encontrado, que habíamos tomado un café.

—Necesitaba una amiga, Elena, no sabes cómo necesitamos ahora a los amigos. Todos los que eran nuestros íntimos nos han dado la espalda. La familia nos habla por obligación. Los que más se han beneficiado de Cristian han sido los primeros en desertar. Nos hemos convertido en unos parias sociales.

—Ya le conté a Cristian que yo no sabía nada.

—Sí, sí, me lo dijo, me lo dijo.

—Es más, yo pensaba que quien se había alejado eras tú, que habíais escogido ser amigos de Sergio. Me hubiera gustado saber que no era así y que yo también tenía a

alguien de mi parte.

Valvanera calló, impaciente. Ella me llamaba para hablar de su situación, no de la mía.

—Creo que nos iremos de España. Tenemos algunos contactos en Toronto, es posible que comencemos de nuevo allí. O en Perú; Lima está creciendo mucho y hay oportunidades para alguien con el perfil de Cristian. Aquí se nos ha acabado la vida. Qué hipócrita es esta sociedad, qué falsa. Todos han hecho lo mismo que Cristian, a todo el mundo le parecía bien. Pero cuando lo han pillado, de repente, nos hemos convertido en ciudadanos *impecables*. Me alegro tanto tanto de no haber tenido hijos.

—Sí —dije yo con amargura—. Visto desde ahora, parece que fue lo mejor.

—Y ahora llega el escándalo, ahora nadie había visto los coches de lujo en el garaje, nadie compró casas que no podía mantener, a todos los estafaron. Como si fueran tontos o hubieran nacido ayer. ¿No se preguntaron de dónde salía el dinero?

—A mí sí me estafaron, Valvanera. Y quien menos podía imaginarme.

—Pero eso son rencillas de los divorcios, chica. No compares.

La indignación, que había crecido poco a poco desde que había descolgado el teléfono, casi me impedía hablar.

—Y tú ¿por qué no te has separado, Valva? Si tan claramente ves lo que nos conviene a los demás, ¿cómo no viste venir lo que se os caía encima?

—Yo me casé para lo bueno y para lo malo. El matrimonio no es para un rato, para cuando nos va bien y todo nos sonríe, Elenita. Hay que aguantar mucho para sacar una pareja adelante.

Y yo, que veía ante mis ojos claramente una escena de años atrás, el liguero de Valvanera recortado contra los muslos de Paco, quien no sé si tan siquiera les hablaba o era uno de los ofendidos y estafados, una noche que, como tantas otras cosas, había callado, apenas reuní fuerzas para contestar:

—Vete cuanto antes a Cánada, Valvanera. Y que te vaya tan bien como mereces.

Al menos, pensé, la melancolía me ha privado de esta maldad, de este resentimiento. La tristeza imbatible que me había asaltado, la ansiedad que convertía mi garganta en una goma elástica comenzaban y acababan en mí. No existían más culpables que mi propia ignorancia, que mi propia desazón. Por suicida que fuera, no escupía mi mediocridad y mi rabia a la cara de los otros, como hacía Valvanera, como veía que tantos otros practicaban.

Quizás ellos estuvieran más sanos; la cólera dura menos tiempo que la tristeza y su rastro, como el del fuego, es determinante y purificador. La melancolía, húmeda, embarrada, cala más lentamente y no sale del todo hasta un nuevo verano.

Al día siguiente, Cristian me estaba esperando en la esquina de mi casa donde habíamos tomado aquel café. Intenté pasar ante él sin mirarlo, con toda la dignidad de la que fui capaz, pero me cogió del brazo, aquel gesto propio e irritante suyo, y no pude liberarme.

—Perdón, Elena, perdón. Vengo a pedirte perdón. No sé qué te habrá dicho Valvanera, pero puedo imaginármelo y lo siento, lo siento de verdad.

—Es que no me importan tus disculpas.

—No importa, te las ofrezco igual. He pensado mucho desde que nos vimos y he llegado a la conclusión de que no hay muchas personas a las que les haya hecho daño sin que se lo merecieran. Hay otra, un amigo de la infancia, y tú. El resto no me generan el menor remordimiento, pero cómo me porté con vosotros, sí. Ya te dije que aspiraba a redimirme.

—No quiero una escena en la calle.

—Entonces, invítame a tu casa. Nunca llegué a verla.

Suspiré, me solté de su mano.

—Diez minutos.

Le hice pasar al salón, traje dos vasos de agua.

—Hombre, el amigo de la familia —dijo con sorna el tío Lázaro desde la cocina.

—Déjenos hablar un rato sin molestarnos —le pedí, y cerré la puerta con determinación.

—Valvanera no es una buena persona —me dijo Cristian— y no creo que juntarse conmigo haya mejorado su comportamiento en absoluto. Es deliciosa cuando quiere, divertida, brillante, siempre. Y también terrible, inestable, violenta. Eso fue lo que me atrajo de ella. Tengo que decirte que yo entonces era otro tipo de persona. No solo me estaba convirtiendo en un adicto a cualquier cosa que se cruzara por delante: el poder, las emociones, la cocaína; no veía el mundo como ahora, sino más bien como una finca en venta. Una enorme parcela que debía comprar poco a poco. Y la gente me interesaba según lo que pudiera obtener de ellos.

»Valvanera compartía esa mirada: la había perfeccionado, creo yo, pero sin un objetivo claro. En su caso se maneja por caprichos. De pronto se cruzaba con alguien, se obsesionaba con alguien, hombre o mujer, y no paraba hasta sacarle lo que le había interesado de ella, lo que fuera. Dinero, favores, amistad. No me preguntes cómo, les sacaba el tuétano.

»Al principio, de recién casados, las escenas eran constantes: entonces yo viajaba bastante y a veces la encontraba en cama bien entrada la tarde o recién levantada. Me abría la puerta arreglándose el cinturón de la bata, avergonzada de haber dormido tanto tiempo. “Estaba precioso Milán —le decía yo—. Hay tiendas extrañas, mezcla de restaurante, mercado y tienda, y gente con cara de verano. —Levantaba los brazos sobre su cabeza para abrazarla y sonreía—. Estoy contento”. “Ya te veo”.

»Ella ponía música y volvía a arrojarse sobre el sofá. Se había olvidado por completo de mí. En esos momentos previos a la noche comenzaba a pasarlo mal si no se metía algo, y yo lo sabía. No había comida en casa, ella casi no probaba bocado. Recuerdo una vez que puse una manzana y una barrita en una bandeja para comer algo antes de la cena.

»—Esta noche salimos —le dije—. Tienes que venir con nosotros. Quiero que conozcas a un inversor nuevo marroquí.

»—No quiero mezclarme con gentuza.

»—No son gentuza. Te vendrá bien ver gente nueva y yo quiero que vengas.

»Ella me apartó para pasar al baño.

»—No me importa lo que tú quieras.

»Se soltó y dio un manotazo a la mesa. La bandeja con el plato y el vaso se estrelló contra un mueble.

»—¿Qué haces? —pregunté alarmado.

»—Déjame en paz.

»—Ven.

»Ella se debatió. Me arañó en la cara. Le retorcí el brazo y la solté.

»—Pues no vengas —le dije desde la entrada—. Iré yo solo.

»Esperé un momento por la respuesta. Valvanera apartó con el pie los restos de cristales rotos y de pronto se inmovilizó. Me dirigió una mirada implorante.

»—Mi amor…

»Entonces suspiré.

»—¿Por qué haces esto?

»—Mi amor —dijo—. No me dejes.

»Como respuesta, yo abrí el cajón del escritorio y saqué un pastillero. Ella calló.

»—¿Qué es esto? —pregunté agitando la cajita en la mano.

»—¿Dónde los has encontrado? ¿Quién te lo ha dicho?

»—Tienes la casa llena de ellos. ¿Qué haces, Valvanera? Con lo que te había costado dejarlas…

»Ella se desasió y dio una patada en el suelo.

»—¿Y qué? Es mi vida.

»Los dos nos quedamos en silencio. Las cosas acababan así. Pactarían una tregua. Unos días era ella la que encontraba mi bolsita de coca, otras, yo sus pastillas.

»—Es tarde —decía—. Querrás dormir.

»—Solo un poco —contestaba yo señalando la cama—. Ya te he dicho que he quedado.

»Dormía un rato y me preparaba para salir. Muchas noches, cuando me iba, Valvanera se había dormido en el sofá. El pelo le cubría toda la cara. Yo le daba un beso y me marchaba.

»Para quien no la conocía, mi mujer era un sueño hecho realidad: incluso ahora, cuando se ha mantenido a mi lado, leal pese a todo, cumple con ese papel. Te diré la verdad: nunca ha estado muy equilibrada. Compraba, tiraba, rompía. Todo le duraba poco. Descuidaba a los amigos; luego volvía a ellos, y tantas veces se rodeaba de gente de nuestro entorno como de otra con la que no teníamos nada en común. Incluso ante ellos, esos desconocidos, comenzó a gritarme y a organizar escenas.

»—Es porque me dejas sola —decía—. No sé por qué no puedes estar conmigo aquí todos los días.

»—No me necesitas —decía yo—. Y no puedes controlarme siempre.

»Ella cerraba los ojos.

»—Puedo intentarlo.

»—Debería dejarte.

»Ella me besaba sin dejarme continuar. Luego, muy bajito:

»—No puedes.

»—Comienzo a aburrirme. Hay sitios mejores que este para la vida que llevo.

»—Y dejarme por fin, ¿verdad?

»—No me refiero a eso.

»Y volvíamos a empezar. Entonces fue cuando descubrió que podía aplicar esa intensidad y esa determinación para obtener objetivos más concretos, y para mí fue un respiro. Creo que para ella también.

Cristian bebió un poco de agua.

—¿Sabes cómo empezó? ¿Te acuerdas de Marcos y de Irene? Me alegré sinceramente cuando me comunicaron el ascenso de Marcos; por él y por su mujer, por todos los años dedicados a la empresa y porque en los últimos tiempos la diferencia entre su suerte y la mía se hacía más evidente cada vez que nos reuníamos. Para mí entonces no había nada más desagradable que ocultar los éxitos y el dinero a los amigos que no estaban consiguiendo ni una cosa ni la otra.

»Nos conocíamos desde hacía años, no tanto como a vosotros, y Valvanera e Irene se llevaban razonablemente bien, de modo que quedábamos cuando lo deseábamos, sin presiones ni rutinas, con la libertad que daba la confianza.

»Se demoraron un par de semanas en celebrarlo porque deseaban inaugurar la casa nueva, a la que aún no nos habían invitado. Valva y yo llegamos con una botella de vino y mucha curiosidad.

»—Por fin les ocurre algo bueno —dijo Valva mientras me daba un último beso en la oreja.

»—A él le falta un punto de agresividad. De tenerla, hubiera llegado mucho más lejos.

»—No todo el mundo es como tú, mi amor.

»—Ni falta que hace.

»La casa, construida a principios de siglo, se había salvado de milagro en mitad de una calle de adosados y parecía una señora bien instalada entre un montón de colegialas. A ella le agradó la buganvilla de la verja, a mí la ausencia de gnomos y estatuas en el trocito de césped delantero, y entramos, cegados por el farolillo de la puerta.

»Mientras Marcos nos mostraba las estancias y nos contaba cómo habían respetado los huecos originales, nosotros descubríamos la elegancia de las líneas, la perfecta distribución de las columnas, la luz color caramelo que se colaba, una luz más propia del otoño que del mes de julio achicharrante que golpeaba la ciudad. Mi mujer y yo cruzamos una mirada al ver la cama, que alteraba el ritmo pausado y de suaves curvas de la casa en el dormitorio principal y para la que debieron de haber escogido la pared en la que habían emplazado el armario. Había otros detalles que revelaban el gusto afectado de Irene, el sofá de chenilla, las cortinas de flores rojas y verdes, alguna porcelana desafortunada, pero no eran más que arañazos en algo que podía fácilmente repararse.

»—¿Cómo la encontraste? —pregunté con la mirada fija en el *gin-tonic*, absorto y acogido en la suave penumbra del jardín trasero.

»Rehuyeron la respuesta.

»—Aún nos faltan muchas cosas por colocar…

»De pronto, nuestro piso se nos antojó enorme y desangelado, pretencioso, doscientos metros de aire y polvo sin más propósito que ser amueblados. Tras el fingimiento de una conversación cortés y animada, Valva y yo regresamos en completo silencio, el pulso de su mano atrapada en la mía mientras conducía. Abrimos la puerta de nuestro ático y se nos vino encima el silencio, la grosería de la edificación diáfana y moderna. La soledad nos pesó durante toda la noche, mientras fingíamos cansancio y sueño, mientras dormíamos sobre las almohadas gemelas, insomnes por el calor del verano.

»Tres días más tarde me pasé a ver a Marcos, que sudaba en el despacho nuevo, con un balde de agua bajo el aire acondicionado defectuoso. Me había contenido durante todo ese tiempo; había fingido no ver las ojeras de Valva, la casa de nuestros amigos flotando ante sus ojos y ante los míos como un espejismo de líneas rectas, y no abordé el tema hasta haber agotado las preguntas de cortesía.

»—Te parecerá una tontería, pero ¿tenéis intención de vender la casa?

»—¿Cómo?

»Esbocé una serie de mentiras coherentes, el asma de Valvanera, el agotamiento de vivir en el centro. Insinué un precio muy razonable. Me había informado del valor del metro cuadrado en la zona, de todos los contras que podría conllevar esa compra, que, curiosamente, no me servían sino de acicate. Marcos apenas disimuló su sorpresa y después, cuando fui subiendo el precio, comenzó a sentirse molesto.

»—Hombre, pues me duele decirte que no, pero… es que…, ¿por qué no miras un poco más hacia el norte, en esas urbanizaciones nuevas? Nosotros…

»Yo estaba dispuesto a vender la casa de la sierra si era preciso, añadir ese dinero al de la venta de mi piso, pero esas eran cartas que me guardaba para el final. Le ofrecí un padrinazgo más decidido en la empresa, incluso un trueque inmobiliario: su casa por nuestro piso. Marcos no me miraba de frente y pronto tuve la certeza de que la magia de aquellas paredes era contagiosa y de que no se trataba de un flechazo personal: la casa embrujaba y mi amigo no se había librado de la atracción.

»—Hablaremos de esto más adelante, ¿de acuerdo? —me dijo, y sentí una punzada de odio hacia ese mequetrefe, ese mal amigo que nada tenía, pero que era capaz de negarme lo que yo más deseaba en el mundo. Y yo, que le había cumplido a mi adorable mujer hasta el último de los caprichos, iba a defraudarla.

»Esa noche le dije a Valvanera que no vendían la casa.

»—¿Te ha dado alguna razón?

»—No.

»—Pero… ¿cómo han podido comprarla? Él, con su sueldo; ella no es más que una auxiliar administrativa…

»—Imagino que la ocasión…

»—Yo no la dejaré escapar —murmuró entre dientes. Estiró sus largas piernas, los pies descalzos por el calor, entrecruzó sus tobillos de cristal y supe que hablaba en serio. Valva no abandonaba fácilmente una presa. Esa determinación fría me asustaba más que todas las escenas que había montado durante años y, al mismo tiempo, me excitaba mucho más.

»—Entonces —dije yo tras una pausa—, tendremos que pensar qué hacemos.

»En adelante cenamos juntos las dos parejas todas las semanas, los viernes; casi siempre en su casita nueva y casi siempre a solas. Y el mes de agosto se fue cumpliendo, agotador con su sol y su ausencia de viento, y extenuante por el deseo que nos quemaba cada viernes, cada nueva reunión de parrillada y *gin-tonics*. Regresábamos alterados, habíamos acariciado con disimulo los muros, la verja del jardín, sentíamos que esa pareja mediocre, vulgar, nos había arrebatado algo que nos pertenecía legítimamente, y la codicia se convertía en lujuria y, a la menor ocasión, nos devorábamos como solo habíamos hecho en los primeros tiempos de nuestro noviazgo. Ah, sí, fueron viernes inolvidables.

»Irene, nerviosa siempre, se desvivía por nosotros y apenas hablaba con su marido. Supimos que discutían con mayor frecuencia y le restamos importancia con frases consoladoras e hipócritas.

»—Acabáis de pasar una mudanza —decía Valva—. Con todo lo que eso supone. Los muebles nuevos, cambiar las direcciones. Bastante bien lo estáis llevando. Yo no hubiera soportado toda esa presión.

»—Y tan lejos de la ciudad… —añadía yo—. Tiene sus ventajas, mirad qué vista y qué entorno, pero, claro, supone cambiar todos los hábitos de compras, de salir…

»—Eso es cierto —concedía Irene—. No sé ni a dónde ir a cortarme el pelo.

»—Otro ritmo de vida.

»Y cuando regresábamos al piso tampoco nosotros hablábamos, sumidos en el recuerdo del recoveco nuevo descubierto en su casa (nuestra casa), en la alfombra que colocaríamos en el salón cuando fuera nuestra, en las nuevas cortinas. Nos besábamos, una cosa llevaba a la otra y acabábamos como habíamos comenzado, exhaustos e insatisfechos.

»Finalizaba agosto cuando Irene me llamó. Colgué con incredulidad.

»—¿Quién era? —preguntó Valva, con la que estaba hablando por el móvil.

»—Irene.

»—Ah —dijo ella riendo—. Te dará noticias interesantes.

»Quería verme, una cuestión privada, esperaba que la disculpara por emplear el número del trabajo. Quedamos para un café, nos sentamos en una mesita junto al escaparate y la sorprendí con demasiado maquillaje y los ojos rojos.

»—Marcos se está acostando con tu mujer —dijo, y esperó mi silencio.

»—¿Estás segura? —pregunté, pero antes de terminar la pregunta ya conocía la respuesta, y encontraba justificación al aire satisfecho de Marcos, a las miradas de reojo de Valva y a la lenta tensión acumulada noche a noche los viernes.

»Ella se echó a llorar y se contuvo casi inmediatamente.

»—No saben que lo sé. Me muero de la vergüenza y del asco. ¿Qué podemos hacer?

»Me cambié de asiento, me senté junto a ella y la abracé para que llorara sin presiones.

»—¡Con Valva, precisamente, que ha sido como mi mejor amiga! ¡Hacerte esto a ti, que siempre le has protegido…!

»—Bueno, bueno… —dije yo mientras le daba golpecitos en la espalda.

»—Todo comenzó con la mudanza… Yo no estaba segura, pero…

»Al tercer acceso de llanto, miré mi reflejo en el cristal del escaparate y comprobé mi imagen. Sonreí pensando en el modo directo de Valvanera, en su técnica despiadada para conseguir las cosas, y la compadecí: la barriga de Marcos, su petulancia nunca disimulada.

»Yo debía haber sido el que lograse que ella cayera, nada más fácil. Si no tenía más aventuras, era porque me ataba a Valva algo más fuerte que el amor: la admiración por ella, su modo implacable de obtener siempre lo que deseaba. Hubiera sido sencillo, primero una cita, luego un par de revolcones, luego la confesión (la gente como Irene y Marcos siempre confiesan, no saben soportar pesos en la conciencia, creen en decir la verdad). Y luego, por fin, el divorcio, el reparto de bienes, la pelea, que sería breve, porque ninguno de los dos era avaricioso ni deseaba hacer daño al otro.

»Pero, como siempre, mi preciosa, mi adorada, mi inflexible mujer me llevaba ventaja, de modo que estreché a Irene con más fuerza, como si ya rozara las paredes de su casa perfecta, nuestra preciosa casa que tan alto precio nos costaba; la besé en el pelo y comencé a murmurarle palabras cariñosas.

—Y así conseguiste vuestra casa.

—Así conseguimos nuestra casa. Pero ahora —continuó— he tenido que contarme de nuevo mi propia historia: cuando las cosas comenzaron a ponerse feas, escapé a Francia, a Suiza, no sabía si para siempre. La imagen deformada que daban de mí y de mis socios los periódicos mientras vivía en otro país me torturaba todas las noches hasta el amanecer; no podía dormir y no sabía si era por los recuerdos o por los remordimientos.

»Nos pasó a todos los que huimos: todos coinciden en que hubo un tiempo en que vivimos de noche, dedicando al sueño las horas peligrosas del día: no salíamos, no veíamos a nadie, nadie nos veía. Por entonces tenía como enlace a un hombre muy moreno y menudo, medio abogado, medio simio, adulador y serio. "Paciencia, paciencia", decía.

»Me sentía tan solo que me sobresaltaban a veces sus palabras en medio del silencio, como el chisporroteo inesperado de una hoguera. Había huido de España, pero no me había escapado de nada. Los recuerdos se rebelaban. Y para evitarlos, me metía tanta coca que tuve un susto. Me salvé de milagro, porque el abogado idiota regresó a mi casa a por una firma y me encontró en el sofá inconsciente y babeando.

»Y ahí decidí que se había acabado: no más drogas, no más huidas. Para llenar el tiempo hacía lo que todas las mujeres que conocía ociosas y con dinero: cambiaba y redecoraba la casa. El dinero no me preocupaba; seguía llegando por todas partes, tenía de sobra. Alguna vez había recibido cartas angustiadas de viejos conocidos en apuros que apenas sobrevivían. Rompía la carta, me encogía de hombros y hacía un esfuerzo por volver a olvidarme de todo.

»Pronto me harté de Suiza, donde no podía hacer nada de lo que me interesaba y, sobre todo, no podía recuperar ni mantener el control sobre los negocios o lo que quedaba de ellos. Comencé a preocuparme e hice indagaciones sobre todo y todos. ¿Quiénes continuaban limpios? ¿Quiénes me eran fieles, quiénes no? ¿Qué decían sobre mí? Tenía apoyos importantes, pero continuaba sintiéndome solo. Sentía una vaga nostalgia de encontrarme con otros que fueran como yo, o con los viejos amigos, los que me conocían de verdad. Deseaba reencontrarme con ellos, pero, sorprendentemente, también con personas nuevas que no supieran nada real sobre mí, un comienzo nuevo.

»Ahí estaba la lucha —dijo mientras miraba a mi alrededor, a mi casa en calma, la gatita estirada de forma inverosímil en la esquina del sofá, a punto de caerse—. Las viejas lealtades y los amores nuevos.

»Poco a poco, vi que este país jamás sería de nuevo el mismo y que compararlo con el pasado solo provocaría decepción. Y, al mismo tiempo, según caían unos y otros, me di cuenta de que no me quedaba más remedio que reconocer los aciertos y los errores del pasado.

»Los errores… Antes de caer en desgracia, había recibido muchos avisos, pero nadie había hecho lo suficiente por salvarme. Cada vez creo con mayor firmeza que he sido traicionado. Y estoy casi seguro de que quien dio el chivatazo de dónde me encontraba fue Valvanera. Nunca le gustó que la dejara atrás. No me quedaba más remedio que

volver a España y entregarme, porque la alternativa era espantosa: perderlo todo. Y sí, volví. Y sí, aquí estoy, libre, pero tras pagar un precio altísimo. Y, en el fondo, más feliz. Me he librado de las adicciones, de las ataduras.

—Pero sigues con Valvanera.

—Sigo con ella —me dijo con la vista fija en el vaso vacío—. Es lo único que tengo. Si la pierdo también, ¿qué me queda?

—Esta noche salimos —me dijo Teresa—. Si sigues queriendo venir, será un rescate amable, nada de casos desesperados, con buen tiempo; regresaremos pronto. A las dos o las tres podríamos estar de vuelta en casa.

En una conversación en la que llamó para preguntarme cómo estaba Gloria (cada vez más divertida y completamente descoordinada, tanto que preocupaba un poco que fuera tan desgarbada y tan destructiva), mostré cierta curiosidad por la manera en la que llegaban a ella los gatos.

—Abandonos, camadas en la basura, desahucios, protectoras que cierran, colonias que ya no quieren los vecinos… Lo peor del ser humano se manifiesta cuando le molesta un animal. Nos llegan avisos constantemente y, de vez en cuando, organizamos una expedición para localizar animalitos de una zona concreta. Dejamos las jaulas trampa en algunos lugares y luego recogemos la cosecha. Tiene algo de safari.

Debí de mostrar un interés de cortesía, pero que Teresa, acostumbrada a aferrarse a clavos ardiendo, recogió al vuelo. A mí se me había olvidado por completo, pero, cuando Teresa me ofreció acompañarlas, dudé y luego accedí. Faltaría apenas unas horas, el tío Lázaro dormía como un tronco, y necesitaba algo nuevo, algo diferente, lo que fuera, de sus rutinas y las mías, que me resultaban cada vez menos útiles y más pesadas. Una buena señal, me habían asegurado en terapia.

—Ponte unos vaqueros y calzado cerrado. Vamos a pisar campo.

Teresa y dos chicas más me esperaban en un todoterreno urbano, mucho mejor organizadas de lo que yo pensaba.

—Intentamos movernos por parejas. Hoy recogemos las jaulas a esta hora porque parte de los terrenos son de una universidad con la que tenemos un convenio, siempre que coloquemos y quitemos todo cuando los alumnos no nos vean.

Aparcaron en lo que parecía ser un descampado y me tendió una bolsa de deporte muy grande, de tela.

—Lleva eso. Ten cuidado, pesa bastante. Ya verás como no solo vemos gatitos esta noche.

Abrí los ojos. Nunca he sido una mujer valiente.

—¿Qué más nos vamos a encontrar?

—Tranquila, no son armas de fuego —se rio una de las chicas.

—Armas de fuego —se burló Teresa—. Como si sirvieran de algo aquí.

—No, mujer —dijo la tercera—. En todo caso, llevamos navajas.

Y me enseñaron dos de buen tamaño.

—No la asustéis más —dijo Teresa—. No les hagas caso, son unas sádicas. Las navajas son porque a veces los gatos de pelo largo aparecen enganchados en ramas. Otras veces les han arrojado cualquier porquería, alquitrán, pegamento, y la única manera de liberarlos es con un cuchillo. Los pobres van con hierba, o con madera, o con

un trozo de cartón pegados, pero podemos llevarlos al veterinario. Hay que cortar cuerdas, soltar un tornillo... Tienen muchos usos, pero de momento no nos hemos liado a navajazos con nadie.

—Danos tiempo.

La primera jaula estaba vacía. En la segunda había caído un macho gris muy asustado, con unos ojos azules enormes, que comenzó a maullar con desesperación cuando nos vio.

—Mira, aún lleva el collar. Este animal es casero. Te aseguro que cuando veo casos como este se me llevan todos los demonios.

—Qué vergüenza —dijo la primera chica—. Está ronroneando. Pobrecito.

—Bueno —añadió Teresa—. Es muy bonito y parece joven. Con un poco de suerte, encontrará pronto casa. A ver qué tenemos en la tercera.

Cuatrocientos metros más allá, dentro de la jaula se encontraba una madre con una cría, y fuera, a su lado, otros dos gatitos. Uno de ellos bufó intrépido.

—¿A quién le bufas tú, eh? —le dijo Teresa. Lo cogió con mano experta por el cuello y el gatito curvó su cuerpo para convertirse en una bolita. Era diminuto—. A ver si te enseñamos modales.

Los ojos de los gatitos brillaban de manera extraña bajo la luz de las linternas, como si fueran canicas de gelatina. Acarreamos las dos jaulas hasta el coche y Teresa dijo que bajaríamos hasta el puente de la autovía.

—Aún tenemos tiempo y los mendigos estarán llegando ahora.

En esa zona, desde la cual la ciudad casi se podía tocar, la carretera se curvaba y un puente elevado salvaba lo que posiblemente había sido el cauce de un arroyo. Ahora se encontraba seco y con una capa de cemento. En el puente, protegidos por dos cortavientos de metacrilato, y bajo él, dormían media docena de hombres. Habían tendido unos colchones y tras cada uno de ellos un carrito de supermercado delimitaba su territorio. Tres mujeres habían organizado una especie de campamento a unos metros de distancia; unas sábanas rosas, manchadas de hollín, sujetas con pinzas a unos cordeles, les brindaban un poco de intimidad.

—Ah, mira, está Joao.

Dos gatos naranjas, idénticos y de buen tamaño, salieron disparados de entre los carritos y se frotaron contra las botas de Teresa mientras maullaban con entusiasmo. Un hombre de cabello cano, muy bajito, con una manta sobre los hombros, siguió a los gatos.

—Hola, hola —nos dijo—. Sabía que erais vosotras solo por cómo se han levantado los *gatinhos*.

—¿Y cómo están los *gatinhos* y su dueño?

—Ellos no tienen dueño. ¡Qué va! Me toleran porque no han encontrado aún a otro mejor. —Los dos olisqueaban los bolsillos de Teresa, intentaban llegar a una de las bolsas con las patas delanteras en el aire—. Míralos, ya quieren lo suyo. ¡Ya va, ya va!

Sacó dos platos transparentes, idénticos a los de una vajilla de diario que habían tenido mis padres cuando yo era una niña, con los bordes ondulados como una margarita gigante, que a mi padre le irritaban por el chirrido que producía el cuchillo cuando cortaba y a mi madre le gustaban porque no se rompían jamás. Volcó el contenido de una de las latas que le había traído Teresa en cada uno de ellos y se los

ofreció a los gatos, que, con la cola recta como un mástil, observaban toda la operación con aire crítico.

—Da gusto verlos comer —dijo satisfecho.

—Elena —me dijo en voz baja Teresa—, dame uno de los paquetes de la bolsa. El que está atado con una tira verde.

Busqué dentro del macuto que llevaba al hombro y encontré un bulto de buen tamaño. Dentro, un cartón de leche y unos zumos pequeños, galletas, toallitas húmedas, un frasquito de colonia de un hotel y alguna cosa más.

—Es todo sin azúcar, no te preocupes —le dijo a Joao.

—Con azúcar también me lo como —rio él.

—Ya lo sé —contestó Teresa—. Pero no debes. ¿Te vio la doctora?

—Sí, vino con los voluntarios la semana pasada. Estoy bien; los pies casi me curaron ya.

—Tienes que cuidarte mucho, ¿eh? Si necesitas calcetines, te los puedo traer.

—Tengo muchos, todos me traen calcetines.

—Bueno. Trata bien a los gemelos —dijo ella tendiéndole varias latas para los gatos, que masticaban con parsimonia, cada uno ante su plato.

—¡Ya quisiera yo vivir como ellos viven! —dijo con una carcajada, y otro hombre, que se había acercado y escuchaba la conversación con algún enérgico asentimiento de cabeza de vez en cuando, se unió a él.

—¡Y yo! Condenados gatos. No sirven para nada, son unos ladrones, arman las de Caín, pero cómo se les quiere.

—El paquete rojo, Elena. —Antes de dárselo, Teresa se acercó a él para decirle en un susurro—: No lo abras delante de los otros, que te he metido una botella de ya sabes qué. No te la bebas de una vez.

—No, no —dijo él también en voz baja—. Si es por los temblores solo. Ya no es como antes, ya sé que me puedo morir.

Los otros paquetes no tenían señales que los distinguieran, pesaban mucho menos y los repartimos entre el resto de los hombres. Nos dejaron unas sillas plegables para que nos acomodáramos. En un rincón se amontonaban los cartones de zumo, vino y batidos, los envoltorios de algunos platos precocinados y unas cortezas de pan de molde. Joao sacó una bolsa de basura y los retiró de nuestra vista.

—No te has acordado de traerme aguja e hilo —dijo uno de ellos.

Teresa puso los ojos en blanco y suspiró con afectación.

—No, tienes razón. Qué cabeza. Me paso el viernes y te lo traigo.

—No corre prisa. Ya sabía yo que te ibas a olvidar.

—No te preocupes, que una promesa es una promesa. Te traeré hilo blanco, hilo negro y hasta un dedal.

El mendigo que le había reprochado el olvido sonreía.

—Qué cabeza, qué cabeza.

—¿No nos acercamos a las mujeres? —pregunté yo cuando nos íbamos ya, tras la ronda de recomendaciones, despedidas interminables y nuevas caricias a los gatos, que nos acompañaron hasta que la luz de las farolas de la autovía se morían en círculos mortecinos.

—No, ellas tienen perros. Uno bastante grande, además. Se encarga otra asociación de ellas.

Continuamos en silencio. Me tendió una toallita para que me limpiara las manos.

—¿Qué edad pueden tener estos hombres?

—No me atrevo a decirlo. Menos Joao, son todos españoles. El campamento de los rumanos está al otro lado de la autovía y se llevan a matar. No nacieron en este entorno, eso es seguro. Joao se separó, perdió el trabajo y acabó aquí. Es un obrero cualificado, le están buscando algo. Si le dan la oportunidad, puede salir. Los otros, una mezcla de mala suerte y de mala cabeza. No se entienden con la familia o no quieren que los vean así. Algunos tienen enfermedades mentales. A casi todos les ha traído aquí la bebida.

—Pero a uno le has dado tú…

—Ya —suspiró ella—. Ese hombre es un caso. El pobre se bebió un frasco de colonia que robó en un supermercado y casi se muere. Se quedó ciego tres días. Su pronóstico es muy malo… Le pasamos algo de alcohol para que al menos beba algo que no sea tóxico.

Llegamos al coche; me avergonzaba reconocer que tenía el estómago algo revuelto. Me senté y aspiré aire fresco.

—El olor, ¿verdad?

—Perdonad…

—No te preocupes —dijo una de las chicas—. Las primeras veces pasa siempre.

—A mí aún me sigue afectando —dijo la otra.

—Los gatitos están bien cuidados —dije.

—Sí, dentro de sus posibilidades los tratan muy bien. Joao guarda sus cartillas en un sobre de plástico, tenemos al día sus vacunas. Y con esa excusa, todas las semanas venimos a echar una ojeada. Hemos generado esa confianza y así los voluntarios que trabajan con ellos se encuentran un camino abierto. Ya va, mi rey, ya va —le dijo al gato gris, que lloraba en la jaula mientras arrancaba el coche.

—Pero esta es una tarea muy dura —contesté yo—. No sospechaba que hacíais algo así.

—No lo hacíamos —dijo Teresa—. Surgió por el camino. Cada uno vale para lo que vale. Te confieso que yo no me hubiera acercado a ellos si no hubiera visto a los gatitos. No siento mucha compasión por los seres humanos en general. Ahora es diferente, conozco a cada uno de ellos, su nombre, su historia… No lo puedo decir en según qué círculos, pero los humanos nos merecemos todo lo que nos ocurra. Lo que no puedo soportar es que un animal sufra. Ya está dicho. Cuando llegues a casa, lávate bien las manos antes de tocar a tu gatita. Los gemelos están desparasitados, pero viviendo ahí nunca se sabe.

El tío Lázaro ni siquiera se enteró de mi escapada nocturna, pero pensé que le gustaría saberlo y durante el desayuno le conté lo que había pasado.

—Esa señora es un ángel —dijo él, que tenía en alta estima a Teresa por el único mérito de habernos conseguido a Gloria—. Aún queda gente buena que se preocupa por los demás.

Callé a propósito su opinión de que cada cual se merecía lo que le pasaba. Yo misma estaba intentando olvidarme de esa frase, que me había ofendido y que me demostraba lo frágil que era mi confianza en las personas y mi capacidad para aceptar sus contradicciones. Cristian me había recordado mi disposición para guardar secretos: en realidad, debía reconocer, era una parálisis ante lo que me sobrecogía. Aquello que no

podía entender, aquello que me desdibujaba el lugar de alguien en su nítido espacio blanco o negro, bueno o pérfido, se perdía en algún recodo de mi memoria.

—Tómese esa pastilla también. No sé por qué, la deja siempre descolgada de las otras.

—Si no encontráramos gente así —continuó Lázaro—, ¿qué hubiera sido de nosotros? ¿Quieres que te siga contando qué ocurrió cuando por fin acabó la guerra y dejé aquel campo de esclavos, que no era otra cosa?

—Sí, por favor —dije—. Ahí era donde nos habíamos quedado.

—Pues prepárate, porque ahora te llevo a París.

»París —comenzó a contarme— no era, en aquellos años, una ciudad vibrante de energía ni más hermosa de lo habitual, como nos han hecho creer. Los años de esplendor de la ciudad habían pasado ya y tardarían una generación entera en recuperarse; lo que ocurre es que a muchos, con el empeño de sentir que su vida ha merecido la pena, les resulta más cómodo inventarse cosas donde no las hubo y ubicar hechos en un tiempo que nunca correspondió.

»Aun así, era más hermosa que cualquiera de las ciudades que yo hubiera visto.

»No es que no esté agradecido a los americanos, pero yo ni los vi por aquel sitio horrible en el que pasé la guerra. Llegó un cuerpo de bomberos que no hizo nada, salvo detener a un par de sádicos; después, la Cruz Roja se hizo cargo de nosotros, nos alimentaron durante algún tiempo y luego nos sacaron de allí, cerraron aquello y nos metieron en un tren, otra vez, con algunas recomendaciones y a volar, pájaros, a que nos buscáramos la vida como pudiéramos.

»Atravesamos páramos, ciudades astilladas, cielos vacíos. París fue respetada, pero todo lo que la rodeaba se encontraba en ruinas. La tierra se había desmenuzado bajo las bombas y pronto vimos que allí, en las ciudades pequeñas, no había nada para nosotros, ni para ellos siquiera. Las mujeres vagaban durante todo el día con cubos de madera en busca de agua para beber y para lavarse y en todas las calles los cascotes se amontonaban con todo cuidado. "¿Para qué hacen esos montones? —nos preguntábamos—. ¿Por qué no se marchan? ¿Qué van a construir de nuevo aquí?".

»No nos habían tratado bien; pero incluso eso lo decíamos con alegría, sin ni siquiera el ansia de venganza que sí encontramos en otros compatriotas en Francia, los que habían sobrevivido a la guerra mejor que nosotros y, por lo tanto, seguían perdiendo el tiempo en ofensas pequeñas, en luchas cotidianas por el honor que solo les importaban a ellos y en las que derrochaban su energía.

»Muchos de aquellos bombardeos los habían llevado a cabo los aliados en un intento por destruir vías, estaciones y todo lo que pudieran utilizar a su favor los alemanes y los colaboracionistas. A partir de 1944, volaban todo objetivo militar que estuviera a tiro, se encontrara en el corazón de una ciudad o en sus afueras. Los franceses esperaban la liberación y a cambio los sacrificaban como mal menor.

»Nosotros llegábamos a París muy mal de salud, aunque algunos nos recuperamos sin demasiados problemas. Si habíamos sobrevivido a aquello, costaría acabar con nosotros. Pero estábamos abatidos y muy maltrechos de alma.

»En París encontramos una ciudad entera, intacta, con sus bulevares y jardines de postal: era como si hubieran colocado alrededor una pantalla de vidrio y se hubiera mantenido con un aire distinto, protegido de todas las desgracias. Las mujeres nos

parecían bonitas, todas, sin excepción, incluso algunas se mostraban amables… Había lugares que yo ni sospechaba que pudieran existir. Cafés, cines…

»Ahora os parecerá una barbaridad, pero yo no había visto un cine ni un restaurante en mi vida. La primera vez que me acerqué a un teléfono fue con miedo y entre los empujones de mis amigos, porque yo, aunque los había visto antes, solo los conocía porque los empleaban los jefes y me causaban tanto respeto que prefería ni tocarlos.

»Esa alegría la compartíamos, sobre todo, los jóvenes, y más aún los españoles. Ser joven en el París de esos años nos llenaba de esperanza, como si nos abrieran puertas tapiadas bajo un cielo resplandeciente. Sin embargo, para muchos otros esa fue la época del pavor, del *grande peur*, la revancha y los ajustes de cuentas que siguen a cada guerra. Hubo ejecuciones, no muchas para lo que luego se supo de España o de otros países.

»Se atrapó a los que se dejaron o a los que se pudo, porque la mayoría de los colaboracionistas escaparon sin un rasguño o con penas mínimas. Entonces se hablaba de colaboración, claro, de los judíos aún nadie decía nada, aunque en París había quien seguía viviendo en la casa robada a un vecino, en el negocio heredado tras una delación que escondía un asesinato.

»Muy poco tiempo después, los únicos que se preocupaban por buscar traidores y hacer algo con ellos eran los chicos del FTP, partisanos comunistas que habían sufrido lo suyo y que no iban a permitir que el Comité Parisino de Liberación dejara irse de rositas a sus enemigos. En ese país eran los únicos con todo el derecho a no sentir ninguna vergüenza. Ellos y la gente de la calle a la que habían matado de hambre por no ceder ante los invasores. No se puede juzgar a quien hizo lo posible para sobrevivir, pero al menos sí se puede esperar de ellos vergüenza y disculpas.

»Sin embargo, la vergüenza no es un sentimiento que encuentres con frecuencia entre los franceses; esa emoción nos la han dejado a los españoles, en todas sus variantes: vergüenza ajena, vergüenza torera, morir de vergüenza… Ellos, al poco tiempo, recuperaban su vida y su altivez como si nada hubiera ocurrido, como si nadie faltara en la ciudad.

»Y qué ciudad. Para nosotros era de mantequilla, blandita, sabrosa, fácil. Pronto nos establecimos, tirando unos de otros, como si viniéramos del mismo pueblo: yo me había prometido que no pasaría un día más sin comer después del hambre que había pasado los últimos años y estaba dispuesto a casi cualquier cosa para conseguirlo. Pero buscarme la vida en París me resultaba muy sencillo, en realidad, y no tuve que esforzarme gran cosa. Me dediqué a lo que luego he consagrado toda mi vida: a conseguir cosas necesarias; un comercial, un comerciante.

»Al principio, como todos, lo más básico: patatas, huevos, cebollas, zapatos, cremalleras; luego, corsetería, luego, maquinaria y, poco a poco, fui ascendiendo hasta quedarme, por fin, con el material de dibujo.

»En esas calles yo me cruzaba a veces con mujeres que caminaban muy deprisa, con la cabeza baja, un pañuelo sobre ellas y los insultos a las espaldas: “¡Traidora! ¡Puta! ¡Alemana!”.

»Su pelo rapado delataba que habían sido represaliadas, que habían mantenido algún contacto con los invasores. La naturaleza de ese contacto no importaba demasiado: amantes, caseras, artistas de los cabarés de moda o tenderas demasiado

complacientes con su clientela nazi mientras sus vecinos se morían de hambre. Algunas de ellas, las que tenían hijos, habían mandado a los niños fuera de la ciudad a que se criaran con parientes. Otras, en cambio, seguían vistiendo con los trajes de colores, ya raídos, que les habían comprado sus novios y sobre el cabello de muchacho colocaban un sombrerito orgulloso. No sé cómo acabarían estas últimas, más candidatas a una paliza o a que las violaran en un callejón que las otras, pero a mí me despertaban un respeto mayor. Claro que del respeto no se come.

»Cuando nuestro tren llegó a la estación D'Orsay, yo no podía creer lo que veían mis ojos: en los últimos kilómetros, en los tramos en los que era forzoso reducir la velocidad, algunos hombres saltaban a los topes y se colaban en los vagones. «Sí que tienen que estar desesperados por llegar a París», pensé, porque se jugaban la vida. Pero cuando llegamos a la estación, las autoridades francesas, que nos estaban esperando, separaron a unos y a otros. ¡Qué malos recuerdos, de pronto, invadían la garganta!

»—¡Tú! —me gritó uno en español—. ¿Conoces a este?

»—No —dije yo, porque era la verdad y, en caso de duda, creí que sería mejor decirla. Pero cuando vi que se lo llevaban, comencé a dar alaridos, por instinto—. ¿Qué hacéis? ¿Qué hacéis?

»—No sufras, chaval —me explicó uno de los que nos tomaban los datos y nos daban un poco de achicoria caliente en cazos de aluminio—. Por ese no sientas pena. ¿No ves que está más gordo que tú y que yo? Son colaboracionistas, malos bichos que se cuelan en los trenes para intentar lavar su imagen. Se visten con harapos, pero les delatan las carnes.

»Yo pesaba entonces, cuando llegué a París, cuarenta y siete kilos y a veces me chocaban los dientes unos contra otros de los nervios, sin que tuviera frío. Nos cargaron en camiones a la mitad de los refugiados. Otros se quedaron allí y algún compañero nuestro tuvo que dormir en la estación, porque no daban abasto para acoger a tanta gente.

»En aquel hotel me di mi primera ducha sin miedo. Aún hoy, algunas veces, cuando escucho el agua contra la cerámica, me asaltan recuerdos. Otras veces no me acuerdo de nada, solo me mojo con cuidado, me lavo el pelo, me seco luego y no pasa nada. La memoria es así, una carraca vieja.

»El hotel hormigueaba de gente y a algunos les daban referencias o llamaban a sus parientes si eran franceses o belgas. Luego acudí muchas veces más con Amalia a la recepción, al restaurante. Les contaba a los camareros que había dormido allí, pero las últimas veces los chicos que servían allí eran jóvenes y no preguntaban nada.

»Ahora cuentas esto y lo primero que te preguntan es: "¿Conoces a Picasso? ¿Conociste a Picasso?", como si vivir en la misma ciudad nos convirtiera a todos en vecinos, y yo siempre contesto que sí. Pero qué iba a conocer. Picasso se afilió al Partido Comunista Francés y yo no quise ya por nunca saber nada de política. Pero muchos españoles, y luego algunos supervivientes de los campos de concentración que se instalaron en Francia, continuaban ligados al partido como una manera de seguir en contacto, porque, al fin y al cabo, unía más la experiencia que las ideas. Eran los únicos que podían contarme si se sabía algo de mi hermano o de mi padre, y por ellos, mucho tiempo más tarde, supimos lo que ahora sabemos de ellos.

»Los que teníamos los preciados papeles, la Carte Nationale de Déporté, nos encontrábamos con algunas ventajas. A mi amigo Jesús y a mí nos metieron en un piso

minúsculo, poco más que una buhardilla, en Saint-Germain, y durante algún tiempo nos daban vales para que comiéramos en un comedor, en una pensión, en otra. ¿Y sabes lo felices que éramos? De vez en cuando nos cruzábamos con el FTP y les saludábamos a gritos. Si hubiéramos sabido más de dónde venían o a quién iban a buscar, igual hubiéramos gritado un poco menos.

—Espere, que han llamado. Debe de ser Sonsoles. ¿Había quedado con ella?

—Sí. Es verdad. He comenzado a contar esto y me he olvidado de la pobre Sonsoles. ¿Y aquella niña, la flaquita? ¿Ya no viene?

—No, la asustó usted.

—No puede ser verdad. Algo le habrás dicho, que a mí me adoraba.

—Llego tarde, ¿verdad? —dijo Sonsoles—. Llego muy tarde. Ya lo sé. No sé en qué me lío, pero, aunque siempre presumí de ser puntual, ahora se me escapa el tiempo y para cuando me doy cuenta aún estoy en casa. Perdóneme, Lázaro, que le he interrumpido.

—No pasa nada, princesa —dijo él magnánimo—. Llegas para la mejor historia de todas. La más bonita, la que hace que todos estemos hoy aquí reunidos, que es la de cómo conocí a tu tía, Elena. La más bonita de las mujeres, la que me estaba esperando.

—¿Dónde estaban los hombres así cuando yo me casé? —me dijo Sonsoles—. Con lo soso que era mi marido. No me dijo nada parecido ni cuando éramos novios.

—Por lo que parece, en Francia, persiguiendo a mi tía.

—Vi a tu tía Amalia un día de verano, cuando las rosas ya se habían muerto del calor, mientras ella paseaba por la calle con una amiga y yo me encontraba con mi amigo Jesús y con otro muchacho francés en la isla de San Luis. Es una isla muy pequeñita, con muy pocas calles, y a mí me gustaba porque me recordaba a un pueblo sin salir de la ciudad, con sus escuelas para niños y niñas, las casitas elegantes y el río muy cerca, como una puntilla que lo adornara.

»París se me hizo grande al principio. Las avenidas enormes, los palacios gigantescos donde yo creía que vivirían los duques y los marqueses y que no eran sino edificios de vecinos levantados a lo largo de los siglos, las fachadas con balcones abiertos al sol como pequeñas bocas que bostezaran. Me daba miedo que me robaran o que me atropellaran, un miedo distinto al que había experimentado antes de todo aquello, pero que nacía del mismo latido. ¡Yo no me quería morir, y menos de una manera tan tonta!

»Los jardines sí me gustaban y las callejuelas serpenteantes, estrechas, las que no llevaban a ninguna parte y permitían ver ropa colgada en los patios interiores y donde algunos gatos bonachones me daban la bienvenida. “Nada demasiado malo podía ocurrir —pensaba yo— en una ciudad en la que no se han comido a los gatos”.

»Yo había arrastrado a mis amigos hasta aquella calle porque había varias tiendecitas en las que compraban y vendían juguetes de madera y de hojalata, y había pensado que aquello bien lo podía hacer yo si daba con el modelo. Se me daban bien esas cosas. Jesús se había entusiasmado con la idea y juntos convencimos al francés, que sabía dibujar, para que copiara algún cochecito o avioncito o, al menos, para que se quedara con la imagen y nos ayudara después.

»Y allí estaba yo, embobado, ante un escaparate que, además de las maquetas, vendía bolas de cristal hinchadas con agua y purpurina, con la torre Eiffel dentro, con un

carrusel, con un trineo sobre el que caía nieve si se agitaba. Aquellas bolas me parecían lo más bonito del mundo entonces, una magia incomprensible que cabía en una mano. Llegué a hacerme amigo del dueño, Louis se llamaba, para poder sostenerlas alguna vez, porque aunque hubiera podido comprarlas, que no podía, entonces aquel pensamiento ni se nos pasaba por la cabeza.

»Ten en cuenta que entonces no se compraban las cosas solo porque nos gustaran: tardamos mucho en entender que podíamos disfrutar sin guardar ni mostrarnos tacaños, que no iban a arrebatarnos ni la comida ni la almohada. Habían taladrado nuestra cabeza con ecos que continuarían resonando durante muchísimos años.

»Y allí nos encontrábamos, yo, embobado con las bolas de cristal, mis compañeros, con sus juguetes, cuando el francés nos dio un codazo porque por el reflejo vio que se acercaban dos reales hembras del brazo, como acostumbraban entonces. Eran altas y bien formadas, con la cadera ancha y la cintura marcada, como nos gustaban a nosotros. Mi amigo y yo no nos acostumbrábamos a decirles nada ni al descaro de los franceses, que se quedaban mirando a las mujeres de hito en hito, les sonreían e incluso les susurraban alguna frase bonita. Ya no era un chiquillo, pero continuaba enrojeciendo con facilidad y me mostraba muy vergonzoso.

»De las dos jóvenes, una vestía un traje de flores ligero y la otra mostraba un alivio de luto, como tantas otras en la ciudad. Nuestra timidez se veía acrecentada por el hecho de que las mujeres se comportaban como nunca hubiéramos soñado, como si fueran ellas los varones. Aún no éramos conscientes de cuántos hombres habían muerto; en París no resultaba tan evidente, pero por todo el país, por toda Europa, las mujeres echaban cuentas y calculaban cuántas de ellas se quedarían solteras.

»En un primer momento, el dolor de haber perdido un hijo, un hermano, un padre, atontaba la cabeza. Los maridos, los novios, los amigos habían desaparecido. Como después de la Primera Guerra, las listas definitivas de muertos llegaban a los pueblos, los desaparecidos comenzaban a dormitar bajo una capa de polvo y los que regresaban lo hacían a veces en un estado tal que solo se tumbaban a esperar el remate, que llegaría en días o en meses.

»Las mujeres miraban de reojo a sus tías solteronas, aquellas que aún guardaban en los cajones los retratos con orla negra de los jóvenes muertos en el Somme o en cualquiera de las sucias trincheras del norte y se estremecían. Mientras nosotros nos preocupábamos por que no nos atropellara el tranvía, ellas se maquillaban, nos observaban, se inspeccionaban de arriba abajo en una competencia sorda.

»Mis amigos y yo resultamos ser presas codiciadas, pese a nuestra condición de extranjeros y el hambre que arrastrábamos. No nos faltaba ningún miembro, ni siquiera un dedo. Conservábamos los dos ojos y casi todos los dientes. Cierto que nos habían arrebatado parte de la juventud, la inocencia y toda la patria, pero esas faltas no se adivinaban a simple vista y había que conocernos mejor para echarlas de menos.

»Mientras las dos chicas se alejaban en dirección sur, Jesús reunió valor y murmuró: “Guapas…”. La más delgada se dio la vuelta y nos miró con incredulidad: “¿Son españoles? —preguntó, y dio dos pasos en dirección a nosotros, que casi retrocedimos por instinto—. ¿De dónde?”.

»Yo ya no tuve gran cosa que hacer, porque tu tía me atrapó allí, delante de aquella puerta verde entre dos escaparates, el de las bolas de cristal y otro de chatarrería. Me atrapó como a un conejo, con un golpe seco en la cabeza, y ya fui para siempre solo suyo.

Era madrileña, supe luego, había pasado parte de la guerra en París porque su marido tenía un puesto en un consulado, se había quedado viuda. No de guerra, explicó alegremente, sino por la tuberculosis. Tenía dinero, mucha clase y una alegría de vivir apabullante que me dejó sin palabras.

»Las viudas de entonces, y más aún las viudas jóvenes, poseían un aire especial, una dignidad adquirida por el contacto con la muerte y varias arrugas en la frente que les daban la experiencia y el sufrimiento. A diferencia de las solteras, y aunque estuvieran tan desvalidas como ellas, no recibían compasión, un peso muy duro de sobrellevar cuando lo arrojan encima, sino una especie de deferencia respetuosa, casi parecida a la que se les concedía a los curas. Quizás porque los dos vestían de negro.

»Habían cumplido con lo que se esperaba de ellas y no era culpa suya si la muerte les había arrebatado al marido. Con hijos o sin ellos, casi todo les estaba permitido: las extravagancias, el culto al muerto, la pena continua, la presencia impuesta a otros familiares. Incluso alguna aventura, siempre que fuera discreta, porque se disculpaba con la explicación de que se sentía muy sola y necesitaba algún consuelo.

»Tu tía no necesitaba consuelo ninguno, pero no encontraba grandes ventajas a la posición de viuda si no podía compartirlas con alguien, y me eligió a mí. Antes de que yo pudiera comparar, antes de que alguna me señalara con su codiciosa garra, tuvo claro, desde que clavó sus oscuros ojos en mí en la isla de San Luis, que ya no me dejaría marchar.

»Fui también la razón de la enemistad con su padre, tu bisabuelo. El viejo, que creía haber recuperado una hija, vio cómo se le escapaba definitivamente del control y de las manos; Amalia sabía que al casarse conmigo, a su regreso a Madrid se encontraría con muchas dificultades, y creo que abrazó ese destino con cierto alivio. “De hecho —me confesó algún tiempo después—, estaba desesperada por aquellos días. Mi padre me enviaba telegramas cada vez más apremiantes para que volviera, porque nada me retenía en París. Yo había intentado encontrar un trabajo, pero con el regreso de los hombres todos los puestos estaban reservados para ellos o para algunas señoritas solteras de buena familia que aún conservaban la esperanza de encontrar marido. Con mi vuelta fijada para el final del verano, yo barajaba irme a vivir con mi suegra italiana a su casa, en Milán, me encontrara allí lo que me encontrara. Cualquier cosa antes que el barrio de Salamanca, sus cielos de color perla y sus mujeres grises”.

»Me gustaría contarte alguna proeza más, pero ¿no es esto ya muy romántico? Así ocurrieron las cosas: nos gustamos, no había mucho que pensar. Nos lanzamos a ciegas. Ella sabía más que yo de la vida. Yo dejé que ella me enseñara. Desde aquel encuentro en la isla, ya no nos separamos más que cuando yo pasaba la noche fuera, en provincias, e incluso entonces no nos sentíamos aparte. Ella me fue siempre fiel, yo no tenía ojos para otra. Toda la suerte que no tuve en mi vida me estaba aguardando junto al río para que ella la pisara con sus sandalias blancas.

»Nos casamos por lo civil a los pocos meses. El matrimonio religioso, en cambio, tardó en llegar porque a mí se me negaba la condición de bautizado. Aquello, que ahora parece un detalle tonto, nos complicó mucho la vida. Pero, en fin, nosotros éramos felices y, de vez en cuando, recién despertados, nos tocábamos las mejillas, los pómulos con los dedos, como si no pudiéramos creernos la suerte que teníamos por habernos encontrado.

»Amalia era mala como un pecado cuando se le llevaba la contraria y cariñosa hasta el empalago cuando la cosa iba como ella quería. De golpe y porrazo, se acabaron mis problemas de dinero: ella había heredado de su madre, de su madrina, que acababa de morir, y de su marido. Yo me puse a trabajar porque no sabía hacer otra cosa y porque era bueno que tuviéramos la sensación de que yo mantenía a la familia.

»Por entonces, aún albergábamos la esperanza de tener hijos y nos parecía lo adecuado para darles un buen ejemplo y para callar muchas bocas que me acusaban a mí de haber dado el braguetazo. Cuando quedó claro que seríamos únicamente nosotros dos, ya nos habíamos acostumbrado, yo, a ser viajante, y ella, a administrar el dinero. Algún tiempo más tarde, el gobierno facilitó estudios a los deportados y yo lo aproveché. Estudié Comercio, algo de Finanzas… En 1948, se promulgó la primera amnistía de Franco dirigida a los presos políticos. "¿Por qué no te vienes? —me preguntó mi amigo Jesús, que entonces trabajaba como fresador en un pequeño taller y suspiraba por España todos los días—. Nos volvemos los dos, montamos algo juntos, un garaje, no dependemos de nadie, sino de nosotros y vivimos bien, entre los nuestros". "No, no —contesté yo—. Regresa tú si quieres; yo, mientras viva Franco, no piso España. Además, quiero sacar mi título. Vete a ver a mi madre, cuéntale que me has visto con tus propios ojos, dale un abrazo y sé formal en la vida".

»Le di algo de dinero para que comenzara de cero y otro poco para que se lo entregara a mi madre. No mucho, para que él no tuviera la tentación de quedárselo ni las autoridades de robárselo. Amalia y yo lo habíamos hablado muchas veces: ni yo volvería antes de que muriera el gallego ni ella antes de que falleciera su padre. Mi madre vino a vernos varias veces, hasta que se hizo demasiado mayor, y torpe; mis hermanos nos mandaban a los sobrinos; a Eduardo y a su hermana les cogimos cariño de hijos.

»A lo mejor nos perdimos muchas cosas buenas, quién sabe, pero vivimos a nuestra manera, sin que nadie se metiera en nuestra vida más de lo que estábamos dispuestos a permitir, sin dar explicaciones, con nuestros perros y nuestros gatos, nuestras costumbres amoldadas al hueco del otro. Con nuestro poco de rebeldía, nuestro mucho de aislamiento, nuestro todo de hacer nuestra santísima voluntad.

»Tu tía Amalia se movía en círculos que nos hubieran resultado muy convenientes, pero se aburría mortalmente en ellos. Por otra parte, su correcto pasado, su procedencia de la España franquista, del bando de los ganadores de la guerra, le impedía acercarse al que de verdad le interesaba, el de los perdedores, entre los cuales estaban los intelectuales y los artistas exiliados.

»Por eso, y por otras cosas, fue una suerte encontrarnos: lo diré hasta que me muera. Porque yo le abría unas puertas y ella conocía los códigos de otras. Mi mujer se relacionaba de maravilla con cualquier hombre, pero no se entendía bien con otras mujeres y se mostraba arbitraria, e incluso cruel, con las que se nos aproximaban. Me ataba muy corto, y yo, para qué mentir, estaba encantado de dejarme atar.

Las historias del tío Lázaro no parecían tener fin: las esgrimía a diario, como si con ellas se defendiera de la muerte: no era la primera vez que alguien la burlaba un día más, una noche más, mil noches, a fuerza de narrar y narrar. Al contacto con ellas

parecía reforzarse, como aquel viejo mito del gigante que, cuando rozaba la tierra, recuperaba el vigor.

Me hablaba de París cuando caminábamos muy despacio por las calles del barrio, a su ritmo, con sus digresiones. Me llevaba a su infancia, a algunos recuerdos sueltos, cuando le ayudaba a afeitarse los días en los que se sentía más torpe. Adornaba con algunos detalles las historias cada vez que las contaba, saltaba de un personaje a otro, se movía como si un ojo, una cámara que lo viera todo, pudiera entrar y salir por túneles del tiempo.

—No le dejes hablar tanto —me decía Eduardo—. Te volverá loca.

—Déjalo. A mí me gusta.

—A mí no. Bastante tengo con el presente como para regresar cada día al pasado. Pero, en fin, ¿qué sabré yo?

Eduardo se encontraba últimamente de un humor oscuro que difícilmente podía esconder. Seguía viniendo por mi casa con la misma asiduidad, pero como si fuera una sombra, sin dejar huella de su paso. Las hijas de su anterior pareja, las niñas a las que había criado como propias, le habían retirado la palabra y desde hacía dos semanas gruñía a veces y otras callaba.

Yo me lo había tomado casi como una ofensa personal, como reaccionaba ante todo lo que le ocurriera a Eduardo.

—¿No sabes por qué?

—No —decía él.

—¿No te lo imaginas? ¿Ni una pista?

—Imagino una madre resentida con mucho tiempo y dos jovencitas que me piden cosas que por su bien debo negarles.

—¿No quieres hablar de ello? —insistía yo.

—No. El de las historias no soy yo.

La reserva de Eduardo era el último escollo que encontraba mi capacidad para extraer secretos de otros: Sonsoles me había hablado de su matrimonio largo, triste, una cueva vacía, aunque creo que se había arrepentido en varias ocasiones de haberse sincerado tanto. Pertenecía a una generación pudorosa, al bando de quienes se habían visto escasamente favorecidos por la libertad y por la alegría de los años sesenta.

Había sido educada de una manera menos conservadora que su entorno, lo que la hacía enfrentarse a unas creencias y a un entorno que rechazaba.

—A mí me decían en el colegio: «Una señorita no puede…, una señorita no debe…». Y mi padre, en casa, corregía: «Yo no te estoy criando para que seas una señorita, sino para que uses el cerebro y las dos manos con las que has nacido». Y mi madre, por detrás, me decía: «Y para que seas una señorita también». Pero mi padre tenía razón al final. Yo fracasé como señorita. Mis años más felices fueron aquellos en los que trabajé como secretaria. Me criticaban todos porque no dejé la oficina cuando me casé, como todas, sino que esperé hasta tener a mi hija y alargué ese tiempo todo lo que pude porque pensaba, pobre de mí, que sin hijos sería más sencillo separarme… ¿Quién se separaba entonces? Nadie. E incluso después, ¿a dónde ibas? Nos habían grabado a fuego que no valíamos para nada, que los niños necesitaban un padre, que nos íbamos a morir de hambre, que acabaríamos limpiando escaleras.

»Yo me volví a casa de mis padres. Solo le dije que me llevaría mis libros. Todo lo demás se lo dejé: no quería nada. Cuando murió, mis hijos me dijeron: “¿Quieres venir a

echar una ojeada, quieres rescatar algo?". Y, bueno, con treinta años de retraso, pero recuperé dos de mis discos de los Beatles que me había dejado allí y que por orgullo no quise pedirle. Seguían en la misma estantería, junto al mueble bar. No los había movido de allí desde que me fui de aquella casa. Y entonces me alegré tanto tanto de haberme marchado... Pese a lo sufrido, pese a lo pasado, pese a que mis hijos escucharon de todo en el colegio. Porque a mí me hubiera ocurrido lo mismo que a aquellos dos discos; me hubiera quedado arrinconada, comida por el polvo, treinta años en silencio.

Y así entendí por qué, en la lentísima mudanza que la llevaba de su casa a mi cuarto, una mañana había colocado únicamente dos discos, dos viejísimos vinilos en la estantería sobre su cama. De vez en cuando, cuando tenía ocasión, si pensaba que no la miraba, los observaba de reojo a través de la puerta abierta. Sin decirle nada, busqué entre las cajas del trastero. Cuando encontré el tocadiscos de mi padre, que, por alguna razón, aún conservaba, lo coloqué en una mesita en la esquina de su habitación.

Si algo me había enseñado la melancolía era a detectar esas historias y esos secretos enterrados. Eran el rastro de los viajes eternos de la fortuna y la mala suerte, del deambular incesante de unos infelices en busca de un hogar perdido que no éramos capaces de recuperar ni de olvidar. Cuando escuchaba hablar a la gente que realmente me interesaba, a la que ahora escogía para que formaran mi familia, me había sorprendido de qué manera éramos supervivientes, éramos forasteros en las tierras que nos habían sido más cercanas. Los otros, los que solo habían vivido sin problemas, sin preocuparse, hablaban sin una duda, estaban convencidos de tener siempre la razón y creían en el progreso y el futuro y yo sentía un horror inmenso ante su superficialidad.

Durante aquellos meses hice el esfuerzo de retomar el contacto con algunos de mis viejos amigos. No los que habían pertenecido al círculo de Sergio, sino otros, amigas de infancia, antiguos compañeros de trabajo que, como yo, se habían quedado descolgados en mitad de la crisis, conocidos de cafés y de charla. Algunos se habían perdido para siempre. Otros aparecían una vez, les invitaba a casa o a ver una exposición.

Intenté entenderme con Alejandra, hice lo posible porque se sintiera bien las pocas veces que acompañaba a Eduardo a visitar al tío. Pero ella, definitivamente, se encontraba entre las que no mostraban la menor curiosidad por los que habíamos sufrido más que ellos, entre quienes no podría convertir en amigos y aliados. Escuchaba en las comidas familiares algunos fragmentos sueltos que luego interpretaba como le parecía. A veces me daba la impresión de que, movida por la culpa o la curiosidad, preguntaba precisamente sobre aquello que nunca debería haber indagado.

No era porque no quisiéramos contarle qué sentíamos, qué nos había pasado. Tanto Lázaro como yo éramos libros abiertos por poco que deseara leernos. Nuestras voces y nuestras vidas continuaban allí, a la vista, pero protegidas. Éramos como un cuadro lleno de significado, pero sin que nadie tuviese la generosidad suficiente para interesarse por los enigmas ajenos. Pese a mi buena voluntad, Alejandra no se interesó por nosotros. Nunca reconoció nada en nosotros que le interesara.

Con el tiempo, nos importó menos qué pensaran los demás y aún menos la excusa para juntarnos a compartir nuestras historias. De vez en cuando, Lázaro recordaba algo nuevo y retomaba con entusiasmo anécdotas viejas con energía nueva.

El mundo estaba lleno de peligros y a nosotros nos miraban como a sombras grises, a veces opalinas; tampoco entendía bien a las nuevas generaciones, que aparentaban ser absolutamente indiferentes. Casi el mismo esfuerzo que le dediqué a Alejandra lo volqué en Vanesa, que había accedido a visitarnos de nuevo alguna vez. Le gustaba sacar a Lázaro a pasear y lo hizo mientras necesitó una silla de ruedas. Algunas tardes se quedaba a escucharlo, pero yo notaba que no estaba realmente allí, y solo cuando mencionaba su nombre y le recordaba que aquellas historias eran también parte de su historia y que resultaba preciso prestarles atención cambiaba de postura.

A su manera, se esforzaba en comprender lo que había pasado, por mucho que lo interpretara de un modo quizás autorizado por la distancia y la ignorancia. Aquella facultad de pasar sobre todas las cosas como sobrevolándolas, de deambular por una habitación llena de plumas sin agitarlas, hacía que Vanesa fuera inalcanzable. Era como un rey que desde el otro extremo de la mesa del banquete contemplara el circo que lo rodeaba. Acabados los postres, movía la mano y el telón descendía.

Un día dejamos de esperarla: Lázaro preguntó por ella cada vez con menor frecuencia, Sonsoles se olvidó también pronto de ella. Si salía su nombre era únicamente para preguntarse si habrían hecho algo que la ofendiera, si se habrían saltado uno de los muchos códigos incomprensibles que regían la relación entre diferentes edades.

Yo, en cambio, sabía que lo que había ocurrido es que, a menudo, tras un momento de cercanía intenso, algo extraño nos separa, como dos imanes que se rehúyen. Puede no ser así, puede darse que un secreto o una vivencia compartida unan para siempre a dos personas dispares y que desde entonces se sientan una. Pero mi experiencia era que raras veces ocurría eso: al contrario, cada uno acarreaba su historia como si llevara el peso del mundo sobre los hombros y buscara a quien dárselo, a quien colocárselo para escaparse en cuanto pudiera.

Vanesa me había contado la suya a trompicones, como quien da por hecho que conocía más de su vida de lo que realmente sabía: quizás era la manera de hablar con sus amigos o puede que pensara que, en su momento, mientras trabajábamos en el archivo, me había contado más de lo que realmente me contó. Puede incluso que fuera yo la que no recordara parte de lo que luego supe y relacioné entre sí, mejor hilvanado; pero juraría que ni siquiera había perdido un momento pensando en qué vida llevaba Vanesa fuera de las horas de trabajo.

Me dijo que a veces creía oír todavía, en cualquier ocasión, en la calle, en el metro, en mi propia casa, el llanto del bebé. En algunas ocasiones, el bebé de Vanesa se despertaba cuando apenas acababan de acostarse y ellos aguardaban un segundo, con los cuerpos aún prendidos, como si no pudieran creer que en realidad aquello que escuchaban era el alarido cada vez más terrible de un niño de pocos meses y oyeran en cambio una sirena que los arrojara de regreso a la realidad que abandonaban en la cama. Vanesa, con los pechos súbitamente llenos de leche, se levantaba con un mal humor que le transformaba la cara en cera derretida y tomaba al niño en brazos con pocos miramientos.

Sentía poco afecto por él. El embarazo, molesto y mal llevado, había dejado paso a una tristeza sorda, que le retumbaba en el pecho como resonaban en sus pulmones los cohetes arrojados en las fiestas. El niño tardaba en tranquilizarse. A veces, Álex debía

irse antes de que Vanesa hubiera logrado acallarlo; cerraba la puerta con rabia, porque esas obligaciones de la maternidad le recordaban el escaso papel que desempeñaba él en la vida de Vanesa. Ella se mordía las uñas pintadas de negro o de sangre, sentada junto a la cuna, y cuando Juan llegaba la encontraba agotada, malhumorada y somnolienta.

—¿No duermes? —preguntaba él, como si no esperara respuesta.

—Prueba a dormir con el niño llorando.

—No sé, el día tiene muchas horas.

Miraba al niño con el fascinado asombro que le había golpeado desde que nació y se sentaba en el salón para jugar con la consola. El biberón de las tres de la madrugada, la hora a la que acostumbraba a acostarse, se lo daba él.

Se habían casado porque la familia de Juan no hubiera tolerado ninguna otra solución: conocían a Vanesa desde que era una niña y ella había pasado tantas tardes en aquella casa que a veces, en su imaginación, los muebles del salón de sus padres y del de los de Juan se entremezclaban. Durante la boda, las dos suegras lloraban:

—Son muy jóvenes, son muy jóvenes… Es muy mal momento para casarse, qué asco de mundo les hemos dejado a estos chicos —repetían, y la euforia, el alcohol y el orgullo se transformaban en algo muy similar a la melancolía. También ellas eran jóvenes, pero el tiempo galopaba, los hechos se sucedían y la vida se reía de todos.

Vanesa, vestida de blanco, con unas orquídeas prendidas en el pelo y la liga nueva con una presión tan leve que se deslizaba hasta su rodilla, observaba lo que le ocurría como si no tuviera ninguna relación con ella. Su abuela sacaba a bailar a los niños. La bisa, inmóvil y rígida como una iguana al sol, rescataba recuerdos de entre la niebla de la demencia.

En las fotografías de aquel día que me enseñó parecía serena y muy hermosa, como debían serlo las novias, con el vientre aún plano y un diamante en la aleta de la nariz palpitante, pero cuando las miraba no se reconocía.

—Solo me he quedado con estas dos. El resto se las he regalado a mi suegra. No quiero acordarme de aquel día.

Además, el vientre plano duró poco. Cuando el embarazo avanzó tanto que no pudo verse los pies o atarse los cordones de las deportivas sin ayuda, rompía a llorar.

—Eres muy joven —insistía la madre mientras la consolaba como mejor sabía, con su brusquedad habitual—. Ya te acostumbrarás, las emociones vienen y van estos meses, pero cuando nazca el niño te darás cuenta de lo feliz que eres.

Hasta entonces había podido cerrar los ojos ante el aumento de peso, las náuseas y las estrías que le rompían la piel en pequeños rasgones rojos. El inicio en la adolescencia no había sido demasiado distinto; en esos meses había perdido a sus amigas. Las dos casadas habían desaparecido en señoras serias y vivían en barrios distantes. Las solteras la miraban de arriba abajo, con una mezcla de envidia y de superioridad. La visitaron tras el nacimiento del niño, le dedicaron los elogios que se esperaban, mira qué ojos, mira qué hoyitos, le dieron los consejos que había escuchado mil veces para que los pechos no se agrietaran y la cintura regresara a su medida.

Ya no les interesaba lo mismo: hablaban de novios que Vanesa conocía como de otra vida, algunas seguían estudiando, otras se habían manifestado en la Puerta del Sol con plataformas que defendían que un cambio en la sociedad era posible y necesario, y cada frase que ella decía la recibían en silencio, como se hacía con las madres. A ella le

avergonzaba el sujetador de lactancia, la vulgaridad y la animalidad de la relación y la dependencia con su hijo.

De Juan no podía quejarse y por eso mismo se cocía con un odio lento, minucioso en sus detalles, contra él. Su vida apenas había cambiado: comía en casa de su madre, que le quedaba a cien metros del centro de salud. A veces ni se molestaba en cambiarse y cruzaba la calle con su pijama de celador. Los sábados salía hasta las once con sus amigos, los domingos por la mañana continuaba con los partidos de futbito. Cada tres o cuatro días se aproximaba a ella de la misma manera y la noche terminaba también de la misma manera, con dos aullidos mitigados y el sueño rápido que asaltaba a los cuerpos satisfechos.

Vanesa, que durante el embarazo clavaba una mirada ardiente de deseo en cada cerveza que él se bebía, había recordado que su bisa defendía que la cerveza aumentaba la leche y a escondidas bajaba las latas que le dejaban con el cuerpo relajado y la mente ausente. Luego, cuando comenzaron las tardes con Álex, él traía ron, que mezclaban con los refrescos que siempre se enfriaban en la nevera de la cocina.

Juan era un hombre de rutinas y ni siquiera el niño había logrado alterarlas. Vanesa, con el contagio del entusiasmo que sentían su madre y su suegra, consiguió por unas semanas interesarse por el cuarto del bebé, por su ropita y por los mil accesorios que necesitaba. El tránsito había resultado sencillo. Sustituyó el maquillaje y las camisetas por zapatitos y pasó con naturalidad de una serie de tiendas a otras. La casa, en cambio, se le caía encima. Sus suegros, que la habían comprado al mismo tiempo que el segundo camión, habían echado a los inquilinos, pintaron las paredes de colores mortecinos y les entregaron las llaves quince días antes de la boda. Allí pasaron la luna de miel y allí se quedó Vanesa, sola, cuando el permiso de paternidad de Juan se terminó.

—Debería haber estudiado algo diferente, algo más práctico —me dijo con rencor—. ¿De qué me sirve ser licenciada en Historia? ¿Qué consuelo me ofrecía allí, encerrada entre cuatro paredes, cuando era ama de casa? ¿Y ahora? ¿Dónde encontraré trabajo ahora?

Carecía de la disciplina de su madre, que se dedicaba a la limpieza como a una segunda religión. Las horas se pasaban ante la televisión, con el goteo casi imperceptible del grifo del baño, que cuando el insomnio atacaba se convertían en una tortura. Fue Álex quien arregló el grifo, y una persiana atascada a perpetuidad, y quien la ayudó a colgar dos cuadros que antes habían adornado su cuarto. A veces dejaba que el niño llorara durante horas hasta que se agotaba de hambre o lo pellizcaba en un vano intento de que se callara.

—Soy una mala madre —pensaba luego confusa—. Pero es que yo no elegí esto. Yo no elegí ser madre.

En algunas ocasiones, el bebé de Vanesa se revolvía con la desesperación de los cólicos del lactante, y ellos se detenían por un instante, con los cuerpos tan cerca que ella se veía como una perra enganchada a la que habría que destrabar del macho con un chorro de agua fría. Cambiaban una mirada estupefacta, como si no pudieran creer que en realidad aquello que los devolvía a una realidad olvidada fueran los pulmones llenos de dolor de un niño siempre insatisfecho al que no conocían, porque todo lo que le achacaban (alegría, amores, simpatías, enfermedades) no era sino una inacabable labor detectivesca, indicios, pruebas, detecciones. Vanesa, con los pechos colmados y las

piernas temblorosas, se alejaba con esfuerzo de Álex y caminaba apoyándose en las paredes hasta el cuartito del niño.

Se veían a media mañana, en el parque, mientras ella paseaba con el carrito, pero él se las arreglaba para pasar casi todas las tardes en su casa. Esa tensión, las miradas disimuladas entre los pinos, las papeleras y los caballitos balancines, aumentaba el deseo. Álex no tenía trabajo: el padre lo mantenía y no parecía tener prisa en que se encargara de los talleres, que les daban más dinero del que podían gastar. Gente de barrio, de toda la vida, sin más maldad que la de hinchar las facturas de los coches que salían, aun así, bastante bien compuestos. No le regalaba nada que dejara huella: la bebida, los bombones, el perfume se lo gastaban tarde a tarde y, salvo el olor, se lo llevaba todo. Conocía a Juan, se acostaba con su mujer, pero no deseaba faltarle al respeto.

El último día, Álex abrió la puerta con la discreción habitual. Vanesa le esperaba casi siempre semidesnuda, maquillada, con una ansiedad apenas disimulada. Se besaban hasta beberse y muy a menudo Vanesa preparaba excusas para justificar moratones que su marido ni siquiera miraba. En cambio, la última tarde la buscó hasta que la encontró sentada junto a la cuna, dormida en la mecedora. El niño, con los ojos cerrados, estaba tan pálido como su madre. La despertó con cautela.

—Ha llorado toda la noche, toda la mañana.

—Ven.

La desnudó, bajó la cremallera del vaquero, que se deslizó por unas estrías que ya se habían plateado. Vanesa parecía aún dormida y se dejó hacer, algo que sucedía en ocasiones y que a Álex le ahorraba conversación y le permitía concentrarse. La besó, la penetró con una violencia que por lo general les gustaba a ambos y que solo encontró una cadera pasiva, apenas tensa para oponer resistencia. Se tendió a su lado y aguardó el familiar llanto del niño.

Los dos se quedaron dormidos, con los brazos y las piernas entrelazados como los de dos cachorros, y cuando despertaron eran las seis de la tarde. No podían descuidarse. Álex se vistió a toda prisa. El silencio de la casa hacía daño. Cuando Vanesa se asomó al cuarto del niño, se tranquilizó al escucharle un gemido muy leve, enfurruñado. Había vomitado.

—Tienes que llevar al niño al médico —le dijo.

Ella asintió.

—Tienes que llevarlo a que lo vean. Lo he tocado y está ardiendo.

—Ya te he oído la primera vez —se revolvió ella. Hablaba como si hubiera bebido, pero su aliento no olía a alcohol.

—Pero al hospital. Al ambulatorio no.

Álex se marchó y bajó las escaleras en las que nunca se cruzaba con nadie. Se mantuvo lejos de la casa durante tres días y luego, cuando su madre le dijo que el niño seguía ingresado, durante una semana más. La semana se convirtió en dos meses y en la nada luego. Cuando se volvió a encontrar a Vanesa, lo saludó con indiferencia. Para entonces todos la compadecían, le recomendaban tener otro hijo pronto, seguro que no tenía problemas para ello, era muy joven. Y, en voz baja, todos se recordaban que había que hacer todo lo posible para que lo de Juan con la doctora del ambulatorio no se supiera nunca.

5

Y ENTONCES

Me resultaba extraño que todos nosotros formáramos una comunidad desapegada, sin casi familia ni hijos: ni Lázaro, ni Eduardo, ni yo. Tampoco los tenían Cristian y Valvanera. Sonsoles y Vanesa los habían tenido y los habían perdido. Teresa los había sustituido por gatos. Por eso, quizás, habíamos buscado ataduras entre nosotros, por miedo a perdernos en el tiempo y en el olvido de los otros.

Un día en el que Eduardo había llevado a su tío a comer fuera, mientras limpiaba su habitación con un poco más de cuidado, se me ocurrió abrir las carpetas que se había traído consigo. No creía estar cometiendo una falta, porque siempre habían estado a mi alcance y sabía que allí guardaba sus fotografías, algunos documentos: había buscado en una de ellas en varias ocasiones. En la otra, en la que no había nada que hubiera necesitado, no.

Agrupados por una goma elástica muy vieja, el tío guardaba un puñado de recortes de periódico. Algunos habían amarilleado, otros no, eran recientes. Los desplegué. Alguna información sobre trenes de alta velocidad, un tema que le apasionaba, una noticia sobre la aldea de su padre.

Y entre los recortes apareció una carta doblada y oscurecida escrita en francés. Comencé a leerla y tuve que sentarme. No comprendía la mitad de las palabras. Sin duda, las interpretaba mal. Respiré hondo, salí del cuarto del tío, aguardé por los hombres en el salón, con una gatita nerviosa que retaba a carreras a su sombra y que se sobresaltaba tanto como yo cada vez que escuchaba ruido en la escalera.

—¿En qué idioma se hablaban los tíos? —le pregunté a Eduardo casi temblando cuando regresaron y pude quedarme sola con él.

—En español.

—Eso creía yo también. ¿Estás seguro?

—Al cien por cien. ¿Por qué me lo preguntas?

—Y si se escribían, ¿lo hacían en español?

—Eso es lo lógico.

—Tú hablas francés, ¿verdad?

—*Mais oui*, *bien sûr*.

Y le tendí la carta para que la leyera.

Mi pequeño amado, mi todo amado:

Me prometí que no te escribiría tan pronto, pero aún no has tenido tiempo de cruzar la calle y ya vuelo a coger papel y pluma para no echarte de menos tan desesperadamente. Podría levantarme y comprobaría si te veo en la acera, podría bajar las escaleras y que me golpeara aún tu olor, tu inconfundible olor, pero las dos cosas me duelen todavía demasiado. No, prefiero invocarte bajo la luz de la lamparita, sobre el fantasma blanco del papel, para que regreses poco a poco.

Luego sí, luego olfatearé las sábanas como una perra, abrazaré la almohada, buscaré algún rastro de vello en los pliegues y lo guardaré como una reliquia. ¡Tan querido me eres, amor, y qué poco tiempo te tengo para mí! ¡Cómo deseo que eso cambie y cuánto miedo tengo de que, cuando eso pase, te canses de mí y te alejes del todo!

—¿Qué es esto? —preguntó Eduardo.
—Ya lo ves. Sigue.

Y qué hermoso hombro es el tuyo, tan ancho, tan varonil. Cómo anhelo reclinar mi cabeza sobre él y que tus dedos se enreden en mi pelo y luego me obliguen a levantar la barbilla y me beses una vez, cien, hasta que nos cansemos y, lejos de olvidar el juego, iniciemos uno nuevo, más agotador y más profundo. Me dirás «¿No estás cansada?». Sí, mi amor, lo estoy, cansada, dolorida incluso, pero solo en mi cuerpo. Mi imaginación no se cansa nunca y está preparada ya para la siguiente fantasía, para recibirte como tú desees y tu capricho dicte.

Porque, no te olvides de eso nunca, aunque tus obligaciones te lleven lejos de mí, yo soy tuya siempre, tu diminuta esclava, pequeñísima, para que me rompas en pedazos si te apetece o para que me atravieses mil veces si eso te divierte. Solo hay algo que no toleraré, que no te permitiré, y es la indiferencia o, aún peor, el olvido, tu olvido.

Sí, sé que en algún momento te apartarás de mí y quizás yo quede atrás, como un recuerdo bonito y caduco. Sé que soy muy poca cosa para ti y que lo que yo te doy lo habrás encontrado en mil mujeres. Lo podrías encontrar en mil mujeres. Pero no, no es verdad. No encontrarás ninguna que se entregue a ti como yo lo hago. ¿Qué quieres? ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Qué se te pasa por la mente? Ah, amor, sí, pequeño, gran amor. No habrá nada que quieras que no te dé, no tendrás que buscar nada distinto en otro lugar. Te beberé entero, no dejaré un rincón de tu piel sin lamer, ni un centímetro que no hayan tocado mis dedos nerviosos.

—Sigue así dos páginas más —corté—. Ya te has hecho a la idea, ¿verdad? Y firma aquí, con una D —Eduardo me devolvió la carta y me miró con rabia.

—¿A qué viene hacerme leer esto?

—¿El tío tuvo una aventura?

Él soltó una carcajada.

—¿Que si tuvo…? Le gustaban las mujeres, era joven, viajaba mucho, regresaba a casa siempre, pero siempre se volvía a marchar. ¿Vas a reprocharle tú lo que tu tía no le reprochó? O más bien, sí lo hizo, pero le perdonaba cada vez, y después de cada escena de celos, de cada promesa de que aquello se había acabado, ocurría de nuevo.

—A mí me decía…, me contó… Él me dijo que no había habido más mujeres para él.

—Sí, se lo cuenta a todo el mundo. Que fueron muy felices, que lo único que los separó fue la enfermedad de ella, que en realidad fue culpa de ella porque en un momento de su vida se dedicó a olvidarse de todo lo importante. No todo lo que cuenta es estrictamente cierto.

Entonces hizo una pausa.

—¿Cómo que no? ¿Qué no lo es?

—Yo qué sé, Elena, eres tú quien escucha todo lo que cuenta. Supongo que la mitad de sus historias.

No supe hacer otra cosa más que mirarlo. Una idea que llevaba agazapada desde el inicio de la conversación, antes incluso de que me confirmara la autoría de la carta, me arañó para salir.

—¿Lo de su estancia en aquel campo…, lo de la salida de España es…?

—No, eso es verdad —cortó él.

—¿Sin dudas? Ha habido quien ha mentido sobre ello… Hace poco se desenmascaró a uno…

—Es verdad —repitió—. Está confirmado por los registros, por el resto de mi familia. Lo que cuenta sobre esa época es cierto.

—Entonces, ¿en qué miente?

—¿Tú no mientes nunca? ¿No exageras? ¿En lo pequeño, en lo grande, en lo que más te duele? No lo sabemos. Sus mentiras no hacen daño a nadie: preservan un poco de fantasía, ocultan, posiblemente, aquello que no quiso llevar a cabo o completan lo que hubiera querido hacer. Con mi familia le trajo problemas. Por una de esas mentiras no se hablaba con los hermanos y probablemente algo tuvo que ver con la mala relación que tuvo con la tuya. No todo fue porque se empeñara la tía Amalia ni porque tu bisabuelo fuera el demonio, pongo la mano en el fuego. Es un hombre normal, con sus defectos.

—Ni me he planteado que lo que nos contaba no fuera verdad.

—Tú sabrás por qué necesitabas creerlo. El tío ha sido siempre un farsante encantador que no engaña a nadie. Un contador de historias tocado por la buena suerte. Era el hijo mimado de mi abuela y luego, después de aquello horrible que le ocurrió, encontró a tu tía, que también lo mimó. Vivió de ella siempre, pero mantuvo aquellas apariencias masculinas, tan de la época, de ser él el que trabajaba y llevaba con mano dura la casa. ¿Mano dura? No supo llevar nada con mano dura. Era un desastre con las cuentas y, aunque no vendía mal, nadie se fue de su lado nunca más pobre de lo que llegó. Ayudó a todo el que pudo. Cuando lo descubrían, organizaba una de sus tormentas temperamentales y creía que con eso callaba a todo el mundo.

Eduardo hizo una pausa y yo aproveché para respirar. Sentía que mi cara se desmoronaba y me temblaban los labios.

—Imagino, entonces, que no hay la menor esperanza de recibir esa famosa fortuna por su parte.

—Yo nunca te hablé de una fortuna.

—Ya lo sé. Quien se ha referido siempre a ella fue el tío.

—Le queda algo de dinero —reconoció él—, pero no sabemos qué parte nos quedará a los herederos después de sus gastos. Depende, claro, de los cuidados que necesite su salud. Con ese dinero te pagamos a ti.

—No es que me importe el dinero —rectifiqué a toda prisa—. No…

Pero sí me importaban los sueños que me había hecho con ese dinero, pensé. ¿En qué nube había vivido? El tío me había llevado hacia su fantasía y, sin oponer resistencia, había entrado en aquella normalidad imaginaria en la que yo viviría protegida y no existían más problemas que los horarios y la medicación, y el futuro, una especie de cielo después de su muerte, me estaba esperando por haber sido buena.

—No quería interrogarte sobre el dinero. Pero me alegra que haya salido este tema.

—No pareces demasiado contenta.

—No lo estoy. Quiero disculparme contigo: no sé dónde he tenido la cabeza. Esto me devuelve a la realidad. Comenzaré a buscar trabajo, claro. No pretendo pedir nada que no me corresponda y en los últimos tiempos me he volcado tanto en Lázaro que olvidé que la vida continúa y que debo salir de su burbuja. No es que quisiera vivir de

vosotros..., de él —aclaré, y me avergonzaba tanto explicarlo que no me salían las palabras—, pero ahora veo cosas que ayer ni siquiera se me ocurrían.

—Si yo puedo hacer algo...

—No, no. Soy yo la que tiene que hacer algo.

Durante horas no supe qué decir ni qué pensar. Esa noche, durante la cena, lo observaba comer la sopa con determinación, como si fuera del plato no hubiera nada importante. ¿Qué me había hecho aquel hombre? ¿Cómo me había llevado por sus caminos? ¿Cómo me había convencido de que era posible enamorarme de su sobrino, de que era posible que su dinero me salvara, de que su historia de amor me sirviera de ejemplo?

¿Quién era en realidad? ¿Qué ocultaba? ¿Qué decía cuando hablaba? Y yo ¿qué deseaba creer? Ni su edad ni su pasado me atenuaban el enfado que sentía con él. Si no me hubiera hecho creer que había vivido una historia perfecta, si me hubiera hecho cómplice de lo que relataba, no hubiera podido contar con aliada más fiel que yo. Pero una pequeña sombra en aquel hombre que me había traído tanta luz me resultaba intolerable. «Por Dios —pensé, en una espiral creciente de indignación—, si hasta metí un gato en casa por él».

Me sentía ante una fantasía hecha trizas, como tras la ruptura de alguna creencia infantil y querida a la que nunca podría regresar, como si le hubiera visto las manos tiznadas al rey Baltasar. Heredaba la misma indignación y el mismo desamparo que debieron de sentir mi tía y mi madre cuando se enteraron de que había otras mujeres. Como si me hubiera atravesado con furia, en un golpe de viento.

Levantó la cabeza, posó la cuchara sobre el plato y sonrió, más con los ojos que con la boca.

—Sabes que yo te quiero mucho, ¿verdad, hija?

Y aquello lo disolvió todo, como una fórmula mágica ante la decepción, como si me hubiera acariciado la cabeza cuando lloraba de niña. «Tengo que llamar a Sergio —pensé —. Hemos llegado justo hasta aquí».

—Acábese la sopa, tío, que se le va a enfriar.

Aquel reencuentro tenía muy poco que ver con el bonito regreso al pasado que me traían algunas amigas o incluso con el placer de recuperar algunos lugares a los que volvía, poco a poco, con el paso un poco vacilante, para comprobar si el cemento que había tendido fraguaba lenta o rápidamente.

No, aquello estaba mucho más calculado, era mucho más temido por nada en especial y por todo. Me había exigido que pensara en mi ropa, en mi actitud, en el lugar en el que quedaría con el que había sido mi marido; aún pensaba en él como mi marido. Ya no era una presencia cercana, ni siquiera cómoda, pero continuaba siendo mi marido. No imaginaba a nadie en ese papel. No podía pensarme de nuevo casada.

Nos encontramos en un local nuevo, en la zona de Bilbao, una *boulangerie* que por las mañanas ofrecía desayunos, luego una limitada carta de exquisiteces y, a la hora a la que entré yo, las primeras copas. Las sillas descoordinadas, las ramas de eucalipto y los muebles rescatados y pintados a la tiza me resultaban familiares, algo así como si expusieran mi interior en una habitación: como los restos de algo mío, aunque estuvieran viejos o rotos, y alguien los hubiera desechado.

Sergio me esperaba ya, sentado en una mesa, y hablaba con alguien. Le veía la sonrisa y resultaba evidente que no era una llamada de trabajo. Colgó, me dio dos besos, me recorrió con una mirada voluntariamente intensa que empleaba como homenaje y como muestra de que él sí se fijaba en los detalles. A las mujeres las halagaba y las hacía sentir un poco incómodas, algo expuestas, una situación que a él le encantaba y de la que se valía.

—Cuántas ganas tenía de verte y qué guapa estás. Delgadísima.

—No tanto. Algo más delgada.

—Y te has cortado el pelo.

—Eso sí —sonreí. Él casi no había cambiado; una corbata nueva, con animalitos amarillos, que no llegaba a divertida pero sí un poco informal, una bolsa de una tienda ecológica, algo de cansancio de fin de jornada en los ojos. Por lo demás, igual.

—Tengo comprador para el piso —dijo—. Comprobado, solvente, muy interesado. Podríamos firmar para el mes que viene, antes incluso. Quería consultarlo contigo cuanto antes.

—¿Consultar qué?

No esperaba esa pregunta, ni tampoco mi reacción, y por un momento no supo cómo continuar.

—Pues… te lo estoy diciendo, tenemos un comprador.

—No me estás consultando nada, solo expones un hecho. A mí ahora no me conviene vender. Es decir, me convendría, pero tengo inquilinos, estoy al cargo de un anciano convaleciente y no puedo ni quiero pensar en un cambio así.

Mi marido se reclinó contra el respaldo de la silla. Adelantó la mandíbula, con fastidio.

—Quieres decir que me vas a impedir la venta.

—Quiero decir que te pido que la pospongas.

—Es que es ahora. Ahora, ya.

—Ahora no podrá ser.

—¿Te das cuenta de que con tus deudas no estás en posición de elegir?

—Siempre estamos en posición de elegir —respondí.

—Puedo obligarte a ello.

—Inténtalo. Desáhucianos y prepárate para que aparezca en todas las noticias que un malnacido deja en la calle a un anciano de más de noventa años, enfermo y sin nada. Hablaré con quien sea. Ya me encargaré yo de contar todos los detalles.

—Tú no eres así. No emplearías eso.

—Ahora sí. Echaría mano de todo lo que encontrara.

Entonces me miró con atención, más allá del pelo, de la ropa rescatada del naufragio. Creo que me vio por primera vez. Buscó tiempo, llamó a la camarera, pidió una *focaccia* con humus.

—Hoy no he comido —se disculpó—. Elena, entonces tenemos que pactar otra cosa. Que te suba el alquiler. Ahora que cuidas de tu tío, sé que cuentas con más medios.

—No. No pagaré ni un euro más. Es más, de ahora en adelante, ni siquiera pagaré mi parte de la hipoteca ni el alquiler que me estabas cobrando. De hecho, tendrás que darme las gracias si no te denuncio.

Era obvio que eso no se lo esperaba.

—¿A mí? ¿Y con qué motivo?

—Por robo. Por estafa. Desde que nos casamos. No sé el monto exacto, pero seguro que tú, con tu precisión y tus gráficos, lo tienes muy claro. Cada vez que has tenido al alcance mi dinero, ha desaparecido.

—Mira, Elena, cuando comenzaste a estar mal…

—No te hablo de cuando comencé a estar mal —le corté—, sino de mucho antes. Del dinero común y del administrado por ti, de todo lo que ha desaparecido. De cómo se invirtió en objetos muebles que se han vendido y se han repartido entre los dos a partes iguales o en otras cosas de uso de común.

—Bueno, eso son… Bah, si nos ponemos a figurar…

—No son figuraciones. —Y en ese momento yo disfrutaba de la situación. Qué bien sentaba decirle todo aquello y observar cómo su expresión cambiaba y la lucha que mantenía para no delatarse—. Y si lo son, ya lo veremos. —Tomé aire y solté—: He retomado la amistad con Cristian. Te acuerdas de Cristian, ¿verdad? De todo lo que hablabas con Cristian, de todo lo que planeabas con él.

Entonces se le tensó la mandíbula. Conocía bien aquel gesto y sonreí.

—De momento, no pago un euro más. Nuestros gastos, y eso para que no nos corten la luz. Y cuando me venga bien que ese piso se venda, ya te lo comunicaré. No voy a permitir que vengas con el negocio hecho, sin datos concretos. Y si tengo la menor sospecha de un contrato doble…

—Venga, Elena, venga.

—Si tengo la menor sospecha de un contrato doble, iré a por ti. Además de a Cristian, aún conservo alguna amistad de mis padres, algunos abogados que pueden trataros de tú a tú a ti y a tus amigos. Estarían encantados de hacerlo.

—Pero yo siempre he sido tu abogado.

—Ya no. Ruptura total de la confianza.

Sergio empujó el plato con los restos del bocadillo y la servilleta arrugada. Aun así, había continuado comiendo. Apretó la mandíbula, guardó silencio y me miró otra vez de arriba abajo, en esta ocasión con un interés real. Me estaba midiendo y no sabía, era evidente, qué hacer.

—Bueno, todo puede hablarse y, en todo caso, si ahora tienes problemas para abordar tus gastos, ya lo liquidaremos con el importe de la venta.

—No es eso lo que estoy diciendo.

Nunca habíamos discutido así. Yo temblaba, una pierna delataba mis nervios. Él tampoco sabía cómo continuar. Quería irse, posiblemente para comprobar hasta qué punto había dejado pruebas o cabos sueltos de lo que yo estaba diciendo.

—Obviamente, no vamos a hablar de eso ahora… y no entiendo tampoco por qué deberíamos enfadarnos, ¿verdad? Si hasta ahora hemos logrado llevarnos bien… Lo de amenazarme con Cristian y con denunciarme es un golpe…, un golpe… ¿No pensarás…? —Puso su mano sobre la mía. La dejé allí. Le dio un suave apretón, con falsa confianza—. Lo importante es que te veo estupendamente y que vas tomando las riendas de tu vida. Ojo, que con esto no te doy la razón a lo que has dicho, ni una pizca…, pero me gusta escucharte así, decidida, con fuerza. Y cuéntame, no sé, otras cosas. Esto ya lo hemos aclarado: paralizo la venta, etcétera. No sé, ¿has conocido a alguien? ¿Estás con alguien, ahora?

—Sí —mentí—. ¿Y tú?

—No —mintió él también—. Por ese flanco, todo tranquilo.

Se las arregló para llenar dos minutos más con conversación vacía, pagó, me besó y se fue.

—Siempre supe que eras una mujer muy fuerte, preciosa —me dijo, con una de sus miradas intensas, antes de irse y reunió el desparpajo suficiente como para levantarme la barbilla con un dedo y fijar sus preciosos ojos en los míos—. Puede que ni tú lo supieras, pero escondías una fortaleza enorme. Y por eso yo te sigo queriendo, esto no va a cambiar nada.

—Ya —contesté yo—. Seguro que no.

—Yo te quiero todavía; no te imaginas cuánto. Pero cada uno se pone sus máscaras. No soy de piedra. Elena, vamos a hacer un pacto. No discutamos más. Por nada. Todo está comenzando de nuevo en mi vida y estoy tan desorientado como tú. Odio esta situación. No me deja avanzar, me ancla al pasado.

—Pero ¿de qué me estás hablando? —pregunté.

—¡Elena! No hago sino dar vueltas a la cabeza. Necesitamos vender ese piso. Tenemos que sacarnos ese peso de encima. Me entendí contigo como con nadie, pero ¿qué le vamos a hacer? Somos demasiado diferentes. —Lo dejé continuar para ver si entendía a dónde quería llegar—. Y hemos tenido mala suerte. Han sido años terribles para todos y nos han dejado una moraleja: no sueñes.

—Yo nunca me he permitido soñar demasiado.

—Ya. Bueno —dijo él—, pareció que la vida se te iba a llevar por delante, pero nunca te rindes. A lo mejor es porque no esperas nada de nadie. Esperar demasiado de las personas y de las cosas es arriesgado. Tu madre decía que ese era mi problema. Tu madre, qué gran mujer. Bueno —suspiró—, recuerda que te quiero, ¿sí?

«Y así —me dije al verlo alejarse a través del cristal— es como camina por la calle un sinvergüenza. Un manipulador. Y un pedante. Y así se comporta mi perfecto marido cuando está asustado».

Al cabo de media hora yo también me fui. Llegué a casa, a mi casa. Me senté en nuestro salón. Respiré.

Yo lo quería tanto... Lo había querido tanto. Cuando comenzamos a salir, en la universidad, apoyaba mi frente en su hombro y caminábamos así, enlazados, cuando las clases finalizaban, sobre el camino de hojas caídas de los grandes plátanos. Había siempre un poco de barro, un poco de viento, pero no importaba. Daba igual; yo me encogía en mi chaqueta de paño y me clavaba en la espalda la corteza de un árbol muerto en el que me apoyaba mientras lo esperaba o lo buscaba si veía que sus compañeros ya habían salido.

Por entonces yo aún no sabía que los otoños pierden sentido cuando se repiten sin interrupción. Ojalá nunca lo hubiera sabido. No sabía que era posible dejar de querer a alguien sin que mediara una catástrofe de por medio. Estúpida, ingenua.

Aunque quizás fuera mejor así; la ignorancia convertía aquel tiempo de amor en irreal y perfecto. Ahora ya daba igual. El camino continuaba y yo tomaba una rama, y Sergio, en un sendero paralelo, se iba. Los senderos paralelos no se cruzan. Debí saber ya entonces que me había enamorado de un impostor, de una sanguijuela, durante nuestros paseos sobre las hojas muertas, mucho antes de que él supiera siquiera mi nombre, antes de reparar en que, de cerca, le brillaban menos los ojos.

Cuando ya me sentí mareada de tanta tristeza, y de los recuerdos, y me cansé de lloriquear sin lágrimas, aparté de mí aquellos pensamientos, alejé a Sergio, y todo volvió

a su lugar, con la tranquila satisfacción que me había quedado tras haberme defendido. Escuché los ruiditos cotidianos de la que ya nunca sería su casa y me asaltó la preocupación, mucho más cercana y urgente, de qué le daba de cenar a Lázaro.

Dormí bien, pero me levanté muy temprano, con una resolución fija en la cabeza. Me preparé un café y lo bebí despacio mientras aclaraba el día y algunos pájaros evitaban, en un último quiebro, estrellarse contra las ventanas de las casas de enfrente. Habían regresado los vencejos, aunque casi no había gorriones, y las palomas se ocultaban en algunas ventanitas bajo los tejados antiguos. Alguien había pensado en ofrecerles algún cobijo antes de que se convirtieran en una plaga.

Suspiré y volví a la cocina, donde preparé una bandeja con el desayuno preferido de Lázaro: la casa pronto respiró el recuerdo de los cruasanes horneados y la mantequilla gruesa, no muy recomendable, que le gustaba, una mermelada que se podía cortar y los trozos de pan seco, del día anterior, en los que le gustaba untarla.

—¿Hoy es fiesta, entonces? —me preguntó cuando lo avisé para que se aseara un poco porque íbamos a desayunar en la cama.

—Con usted, todos los días.

Se echó a reír con aquella carcajada franca y despreocupada, de sordo, y quince minutos más tarde me esperaba con un batín sentado en la cama, bien afeitado y con un poco más de colonia de la que sería recomendable.

—Tú dirás —me preguntó mientras observaba, con ojos golosos, las fresas templadas, los kiwis cortados en rodajitas y algunos arándanos salpicados—. ¿A qué debemos el homenaje? ¿Me he olvidado de alguna fecha?

—No, no se preocupe. Desayune tranquilo. Es que me he librado de un peso muy antiguo que arrastraba y hoy me siento más ligera.

—Ah, bueno, si solo es eso…

Comenzó a comer, pero convencido solo a medias. Yo le preparaba los bastoncitos de pan duro: dos para él, uno para mí. No sé cómo era capaz de roerlos: yo tenía que empaparlos en el café.

—Lázaro —le dije—, ¿se siente usted bien aquí conmigo?

—En la gloria, hija, en la gloria.

—¿Tiene usted alguna queja de mí? ¿Hay algo que querría o que se le antoje que yo le pueda conseguir?

—No. Nada. ¿Cómo voy a tener ninguna queja si eres un ángel terrenal? —Entonces me miró de hito en hito—. ¿Y tú de mí? —añadió preocupado.

—Mire, tío, yo quiero, necesito que usted me haga un favor. He dudado mucho en si pedírselo o callarme, pero creo que será mejor para todos si venzo el miedo.

—Pero, hija, lo que quieras.

—Yo voy a estar con usted hasta el final. Se lo prometo. Lo cuidaré lo mejor que sepa, aprenderé cada día un poquito. Lo mimaré. Cualquier cosita que me pida la tomaré como una orden. Pero, a cambio, tiene usted que dejarme algo muy importante para mí y no se lo tiene que contar a nadie.

Lázaro se enderezó en la cama, dispuesto a negociar o a no dejarse acorralar al menos.

—Si es eso lo que te preocupa, yo ya he pensado en todo. No me importa lo que les haya prometido a los otros, te dejaré a ti todo mi dinero, todo lo que tenga. Si quieres, vamos a un notario hoy mismo y que…

—Tío, yo no me refiero al dinero. No quiero dinero.

—Aunque me cueste un disgusto con Eduardo, te lo aseguro.

—Tío, no hay dinero. Ya sé que no hay dinero. No importa, no quiero nada.

—¿Cómo que…?

—Ya hemos hablado Eduardo y yo. No se preocupe, que no quiero hablar de eso. Ya arreglaremos nosotros todo lo que está pendiente.

Comenzó a protestar escandalizado.

—¡No sé a qué te refieres, pero si estás insinuando que me queréis incapacitar…, si ahora a uno, por ser viejo, van a faltarle al respeto…, yo…!

—No se sofoque, que no es eso. No hay ni que hablarlo.

—Bueno —dijo entonces más tranquilo—. ¿Qué quieres entonces?

—Yo quiero una historia que no le haya contado a nadie. Déjemelo como herencia. Cuénteme algo realmente importante. No se lo contaré a nadie, pero quiero quedarme con eso cuando usted se muera. No quiero que se vaya y me deje con la pena de no haberlo conocido de verdad.

Tomó aire, lo soltó de nuevo. Temí que se fuera a echar a llorar.

—Con la pena de no haberme conocido… ¿Y a quién has conocido entonces, hija?

—A alguien muy agradable, a un señor que me ha enderezado la vida. Mire, yo ayer me encontré con mi marido. Resultó que era una persona distinta a la que yo recordaba. Si me preguntan por los años en los que estuve casada con él, ahora me resultaría muy difícil saber qué sigue siendo verdad y qué ha cambiado después de verlo ayer. Imagino que los hechos no han cambiado, pero lo que hasta ayer por la mañana era verdad ya no me lo parecía por la noche. Cuando usted falte, no sé cómo serán mis días. Algunos resultarán difíciles. La melancolía me estará aguardando allí, al fondo del pasillo, como una rata. Por mucho que me esfuerce, puede que piense que algunas tonterías son desgracias. Nunca he sabido distinguir bien lo importante de lo banal. Así, cuando sienta la tentación de pensar que solo me ocurren cosas horribles, podré recordar lo que me cuente hoy y eso me ayudará.

Tragó saliva varias veces, guardó silencio, pero ya no parecía al borde del llanto. Al contrario, me recordó de pronto a los niños que se acercan a una piscina, sin fuerzas aún para arrojarse, pero ya con la determinación de hacerlo.

—Nunca le he contado a nadie cómo descubrí que Amalia se estaba trastornando. No fue de la noche a la mañana, como supongo que tampoco comenzarías tú de manera brusca a llorar. No, hubo olvidos, cambios de nombre, cosas que me preocupaban, pero que siempre ocultábamos. A ella se le daba muy bien el arte del disimulo. Creo que forma parte de la propia enfermedad.

»Imagínate lo triste que debió de ser para ella el que se le escaparan recuerdos… Un día por la mañana, mi mujer se despertó contenta: bajó las escaleras cantando, abrió las ventanas en los rellanos, besó a todos, incluso al portero, y salió para que todos pudieran comentarlo entre ellos. Sonreían. El portero no; era un hombre serio. Quizás

sonriese por dentro. El verano había acabado, pero la lluvia dejó de caer esos días y hacía parecer que en realidad era primavera y que comenzaba todo.

»Recuerdo que pensé eso mismo, que parecía primavera, y que me dije "Pero si estamos en octubre". Luego, continué con mi labor, mientras aseguraba con silicona las junturas en la antigua cocina. Estábamos de obras en la casa, que se había quedado anticuada y triste, y mientras hacía pequeños arreglos, escuchaba todos los sonidos de la calle. Una niña se acercó a otra y trató de arrancarle un secreto que rabiaba por contar; las dos se fueron entre risas que sonaban a adolescencia. Nuestro perro se quedó en el sofá, con una expresión trágica de amante abandonado con la que Amalia lo encontraría al llegar. El portero llamó a la puerta para pedirme varias indicaciones sobre unas cajas en las que habíamos empaquetado nuestros trastos mientras duraba la reforma.

»Y allí pasamos un buen rato discutiendo sobre si teníamos fuerzas o ganas de moverlas, de las mujeres, de que no nos ayudaban pero presionaban siempre; subimos, bajamos, volvimos a subir al ático y, en mitad de todo aquello, escuché un portazo. Cogí dos de las cajas y bajé paso a paso, muy despacio, porque el peso y, sobre todo, el tamaño me impedían ver los escalones.

»El salón sin muebles parecía el doble de su tamaño y una bombilla recién incrustada en rosetón de escayola del techo se balanceaba como un ahorcado, a la espera de que colgáramos la lámpara. Habíamos metido allí una mesa de hierro, un escritorio y varios metros de estantería. Olía a recién pintado y, cuando subí a por el resto de las cosas, descubrí una mancha blanca en la chaqueta del yeso de las paredes.

»Al dejar en el suelo la última caja, algo sonó a barro roto. Separé las solapas de cartón y revolví entre las virutas de serrín. Vi que estaba ya abierta, sin precinto. Mi mujer se había adelantado y había descolocado el interior, que no encajaba, flojo. "Mala suerte —me dije colocando con cuidado las dos mitades de un cuenco de estilo precolombino que yo juraría que no había visto nunca—. Tendré que hacerme perdonar". Con mucho cuidado, limpié de polvo los cacharros y los extendí sobre el escritorio. "Que los coloque ella como quiera". Entre el batiburrillo, aparecieron dos docenas de esos cuencos, varios marcos con fotografías de un hombre dormido, discos viejos, cinco palmatorias de madera oscura descabaladas, con velas gastadas, y un sinfín de objetos extraños e inútiles. Eran recuerdos de Amalia de antes de casarse conmigo. Encontré una lámpara de pie antigua, bastante bonita, que monté y coloqué en un rincón.

»A mí las casas nuevas me dan vida. Me pasa aún ahora. Me distraje con las cajas. El resto estaban repletas de libros, algunos muy bien encuadernados. En la mayoría había un trazo rojo o dos que subrayaban el nombre del traductor. No toqué los libros, a mí nunca me habían interesado demasiado. Dejé las cajas apiladas en una esquina y fui al baño a lavarme las manos.

»Con qué nitidez recuerdo esos momentos. Fueron los últimos realmente felices, una calma que estaba a punto de romperse mientras yo atornillaba la lámpara y casi silbaba, tan ajeno. Entonces vi unas pisadas en el suelo, donde las cajas habían dejado un rastro de polvo, que se dirigían a la habitación. "¡Amalia!", llamé golpeando en la puerta. Estaba abierta. Amalia se giró hacia mí. Se envolvía en la manta y tiritaba, sentada en la ventana. Cerré la puerta y me acerqué a ella muy despacio. "No", musitó. Amalia se apretó contra la ventana, como si la acorralasen.

»Nuestra habitación también parecía enorme y destartalada sin la mitad de los muebles. Logré que se alejara de la ventana y se sentara sobre una silla.

»—Amalia —llamé—. Mírame. Mírame. ¿Me ves?

»—Toda su vida me ha despreciado. Me decía que desencadenaba tormentas en vasos de agua. Nunca me ha querido.

»—No me hables así, hija, tranquilízate. Cuéntame, ¿qué te ha alterado?

»Ella se rio. Sin embargo, se acercó y ocultó la cabeza contra mi pecho. Creí que lloraba y que el fin del ataque estaba cerca, pero en sus ojos había algo seco, extraño.

»Era su voz, era su cuerpo. ¿Dónde estaba, entonces, su mirada? Ya no había más que frío en aquellas venas; era como si llevara mucho tiempo muerta y fuera la primera vez que yo lo notaba. Cogí de la mano a Amalia y la dejé en su lugar predilecto, en la mecedora, que ondulaba una y otra vez al ritmo de las cañas secas.

»—Amalia. ¿Qué quieres? ¿Qué te traigo?

»—Quiero amigos, y quiero hijos.

»Yo sonreí, pero no notaba las rodillas firmes. Continué sonriendo hasta pensar en algo que no sonase ridículo.

»Amalia volvía a la normalidad. Sus ojos ya no asustaban. Con el movimiento de la mecedora respiraba suavemente. Le apreté la mano en señal de despedida. Sentía una confusión que iba en aumento. Necesitaba a alguien con quien hablar. Necesitaba marcharme. Amalia despertó poco a poco de aquel sueño intenso. Contemplaba sus manos y mordisqueaba las uñas hasta que una comenzó a sangrar y se la chupó.

»Durante los días siguientes, cada vez con mayor frecuencia, me di cuenta de que se olvidaba de mi nombre y hasta de mí. Recordaba constantemente a Valerio. Recordó a su hermana. Recordaba todas las cosas del pasado y cada vez menos del presente. A veces, se dormía como los libros en los estantes y su cabeza descansaba y durante días yo creía que la tormenta había pasado definitivamente y que ganaría la realidad. Sin embargo, sin previo aviso surgía la sombra lenta de Valerio tras una ventana que no tuvo cortinas y ya no tenía cristales, que solo ella veía, y Amalia rompía a llorar en sollozos histéricos.

»Al principio, lloraba con puños y patadas y sus alaridos le rompían la garganta. Y cuando el único consuelo que podía ofrecer a mi mujer era darle una medicina para que no le rechinaran tanto los dientes, a mí se me quedaba el corazón como un muelle cedido. Odiaba el rostro de Valerio en las fotografías y me parecía que mi mujer en esos momentos me era infiel con su marido muerto. Recuerdos, odio. Recuerdos, odio. A veces me hubiera gustado llorar como ella.

Lázaro suspiró y se calló, mordió varias veces el aire, acarició a la gatita. Se le cambió la expresión.

—Qué suave es esta princesita. Parece de seda. Si fuera de seda… Ay. La cadera me la han arreglado, pero esta cabeza… Quizás en el fondo salga todo bien, aunque uno no se haya portado tan tan bien siempre como debería…

»Y no la supe cuidar. Cuando vi que el mundo era malo, yo era un chico, un chico inocente. Pero supongo que ni entonces llegué a convencerme de que aquello me iba a convertir en una mala persona. Yo había sido testigo…, yo ya sabía que en mi mano no estaba el alterar el orden de las cosas ni solucionar el caos en el mundo. ¡Ay, Dios mío!

»Siempre quise presentar una cara alegre, que nadie se pusiera triste ni por un momento por mi culpa…, pero qué cansado me sentía con Amalia…, cansado,

terriblemente cansado y desvalido. Nada parecía cambiar. Los días parecían tan viejos como los anteriores. ¡Ay, los recuerdos! A veces la pobre volvía a cosas que creía vividas ya, como si me diera una oportunidad para remediar los errores pasados, los míos y los de otros. Y yo siempre la desperdiciaba, me enfadaba, lo hacía mal de nuevo… Sin embargo, me concedía otra oportunidad, y otra, y volvía a ese recuerdo otras cien veces más.

»Otras veces sentía deseos de estrellarme la cabeza contra la pared. Y sentía lo mismo cuando veía la gente pasar desde la ventana. ¿Y si me tiraba? Los remordimientos no llegaban a aflorar. Yo no había sido malo, aunque ahora no supiera cómo tratar a Amalia. Malos habían sido los otros, los que me habían hecho a mí aquello. Los que me torturaban y me habían dejado aquellos recuerdos como terminaciones nerviosas rotas.

»Yo creo, lo sigo pensando, que lo que me ha hecho no acabar como Amalia ha sido dar siempre un paso más, una cosita nueva cada día. En ocasiones creo que la envenenó lo que no hizo, lo que no dijo o lo que quiso decirnos pero se le pudrió dentro. Yo no quiero que me ocurra eso, que cuando esté a punto de morirme me cruce por la cabeza "Pude haber hecho eso y me voy sin hacerlo…".

»Por eso quiero ver esta ciudad desde esa azotea.

Amaneció un día precioso, soleado y azul, con jirones rosados como el vestido de una niña que quisiera disfrazarse de princesa, pero frío, y yo quise esperar hasta la tarde, cuando se hubiera templado un poco la ciudad con el sol. Lázaro se impacientó tanto que era incapaz de entretenerse con nada y andaba detrás de mí, con preguntas tontas y con llamadas de atención.

—Entonces, ¿hoy no salimos?

—Sí, esperemos a Eduardo, para que me ayude con usted si se cae.

—Yo no me voy a caer.

—Ya me imagino, pero suponga que pasa.

—¿Por qué quieres que me imagine algo malo? ¿Por qué me quieres tan mal?

—No se ponga ahora mimoso, déjeme tranquila, que cuanto antes acabe lo que tengo que hacer, antes saldremos.

Se entretenía cinco minutos y de nuevo aparecía a mi lado.

—Caerá la tarde pronto, nos quedaremos sin luz y será una pena, porque no podré ver nada, y ahora que he reunido el valor, si hoy no vamos…

—Iremos, no se preocupe, espere al menos a que llegue la hora de la comida de Eduardo.

—Con lo tarde que se come en España…

Miraba por la ventana, resoplaba como un caballo. Gloria lo miraba enroscada sobre un cojín, con la nariz protegida por la cola.

—Mira, tú haz lo que quieras, yo me voy a la calle, cojo un taxi y que me lleve allí y te espero mientras acabas.

—Tendría usted valor…

De mala manera lo contuve hasta que le vestí la chaqueta, le puse una bufanda y su gorra de punto azul marino y, contagiada por su excitación, bajamos a la calle. Eduardo nos esperaba en la puerta del Círculo de Bellas Artes; mataba el tiempo frente al

escaparate de la librería del bajo, que recomendaba libros bien conocidos y otros que no lo eran tanto, cuadrados, de un tamaño descomunal, catálogos y ediciones golosas.

—Vamos, que está a punto de darle algo.

El tío miró por un momento las escaleras magníficas del Círculo, con el mármol fresco y los espejos algo ajados que daban la bienvenida al extraño como para una fiesta perpetua. Desde la derecha llegaba el sonido de la loza y los platos del restaurante, que comenzaba a servir las comidas, choques agudos sobre el ronroneo constante de la conversación. En la derecha habían colocado la taquilla para pagar la visita a la terraza.

—¿No es gratis?

—No, tío, hay que pagar.

Repitió su mirada recelosa hacia las escaleras.

—Yo creo que no seré capaz de subir todos esos escalones. Lo digo ya para que no malgastéis el dinero.

—No se preocupe, nos subirá el ascensor. Usted vendrá de mi mano, como un señor. Para cuando se dé cuenta, estará a la altura del cielo.

Lo llevé al ascensor de la izquierda y subimos en silencio, los tres, junto con un matrimonio extranjero que desplegaba un mapa regalado por un hotel. Las puertas se abrieron en la última planta, giramos y allí estaba la terraza, con una piscina pequeña, sin uso en esa época del año, y la cafetería y una planicie de césped artificial en el otro lado. La figura de la diosa Atenea vigilaba la calle de Alcalá sin dedicarnos una mirada, tan grande como si fuera irreal, con el escudo con la cabeza de Medusa en una mano y la lanza en la otra. Lázaro se acercó al borde de la azotea, se reclinó sobre las barras de metal que impedían que nadie cayera, por error o por decisión, y guardó silencio.

No había otra cosa más que edificios y cielo, la superposición de etapas y estilos de Madrid en capas geológicas, los rascacielos de Gran Vía, los palacetes que aún se mantenían por Alcalá, los atlantes, las cariátides, las ninfas, los faetones y los caballos, las fortunas y las águilas que custodiaban las torres más altas de la ciudad o aquellas que sus constructores creían con mérito suficiente como para ser protegidas. En otras, sobre las cúpulas, se alzaban cruces.

Menos destacadas, en un segundo vistazo, las iglesias de color ladrillo y siena cobraban la relevancia que les faltaba a pie de calle. El Ministerio de Defensa, la Casa de América, el Banco de España y el edificio de Correos aparecían trazados con una claridad imposible desde otro ángulo: soplaba un poco de brisa, nos movía el pelo y oscilaban las banderas.

Nos llevamos a Lázaro hacia otro lado, para que viera el barrio del que veníamos y para que permitiera a las turistas hacerse fotos, porque había acaparado el mejor lugar para ello. Me miró, señaló el horizonte con la mano.

—¿Nuestra casa está allí?

—Sí, hacia allí. Desde aquí no se ve, pero, mire, yo lo coloco de cara a ella.

Se dejó manipular y se quedó así un momento, estático, con las mejillas sonrosadas, como si solo con ver la ciudad por primera vez la reconociera, la adivinara.

—¿Quiere tomarse algo? ¿Una infusión, un refresco?

—No, no. Dejadme un ratito solo, quiero ver bien esto.

—Muy bien —dijo Eduardo—. Nosotros nos sentaremos en estas mesitas.

Lo notaba extraño, tan inquieto como su tío y casi igual de confuso. Suspiré y miré la carta de la terraza. Me dolía que nuestra relación se estuviera enturbiando tanto y

que, ahora que el camino parecía abrirse ante mí, se convirtiera ese sendero en un laberinto.

—Pasado mañana tengo una entrevista de trabajo —le dije por llenar el silencio—. He pasado la primera selección, lo que no significa nada, y si me seleccionan, no aceptaré, porque no me conviene ni el horario ni el dinero, pero quiero decírtelo, para que sepas que me incorporo al mercado y que antes o después encontraré algo.

—Te asusté mucho con lo del dinero, ¿verdad?

—No. No sé. Sí, puede. Solo quiero que sepas que buscaré cómo ocuparme del tío y que aseguraré mi futuro de todas maneras, y que no sé cómo fui tan tonta como para no pensar en ello antes. Y que lo quiero mucho. Que he sido rápida en juzgar cosas que yo ni siquiera puedo comprender.

Él me miraba de manera extraña y me sentí aún más incómoda. Y estúpida. Era la mirada de alguien a quien no le interesa en absoluto lo que le estás contando.

—Elena, yo sé que esta no es la mejor manera de preguntar las cosas ni de decirlas, pero, si conociera otra mejor, no me rebajaría a esta. Si me quieres, dímelo. Y si no me quieres, dímelo también. Pero ya, no te lo pienses, no me pidas tiempo ni andes con rodeos. Esta mañana no he ido al trabajo: me he quedado en casa, he hecho dos maletas, y aún estoy a tiempo de regresar y deshacerlas y de que aquí no haya pasado nada. Pero, si me quieres, dímelo, porque yo ya no puedo vivir de esta manera. Incluso si me dices que no me quieres, no podré seguir viviendo igual que antes.

—Pero —dije yo sin creerme lo que escuchaba—. ¿Qué maletas? ¿De qué hablas? ¿A dónde vas a irte?

Entonces pareció él sorprendido.

—Pues... a tu casa, claro.

Abrí tanto los ojos que retrocedió un poco, asustado.

—Ya sé que es una canallada, para ti y para ella, pero ya te he dicho que yo no sé hacer las cosas de otra manera. Soy un cobarde, Elena, qué te voy a decir, me da pánico quedarme solo, si no tengo algo a lo que aferrarme siento miedo a caer al vacío —rectificó a toda prisa cuando vio mi mirada—. No es tan terrible como suena. No quiero decir que Alejandra no sepa nada. Hace tiempo que nos evitamos, hablamos de lo que ocurría, supo pronto que era por ti. Y si no por ti, hubiera sido por otra. Quiero decir... —Se bebió su copa de vino de un trago—. Vaya, precisamente eso no es lo que quería decir.

—No sé si sabes lo que quieres decir.

—Es que si tú sí lo sabes, no hay mucho que añadir —remató con un hilo de esperanza en la voz—. Y si no quieres, dará igual lo que yo te diga.

A unos metros de mí, unos jóvenes con los ojos cerrados tomaban el sol sobre el césped digital. Un anciano de más de noventa años, en cambio, los abría para no perderse nada; la diosa guerrera miraba hacia los enemigos invisibles y bajo su sombra yo tenía, por primera vez en mi vida, el poder para que otra persona hiciera lo que yo deseaba, con una palabra. Sonreí. Me invadió una marea cálida, como si el sol invernal se colara dentro y entibiara una habitación cerrada. El corazón, los pulmones de aire de ciudad, el estómago siempre un poco encogido, los riñones en forma de habichuela en la cintura, las entrañas, todo lo invadía un agua tibia, una seguridad que caía con la luz del sol y con la sensación aplastante, bellísima, de que todo había pasado, de que todo estaba a punto de comenzar, de un orden extraño pero no obstante adecuado.

Volví la mirada a Eduardo, que me observaba con el aliento entrecortado y su rostro de hombre bueno y confuso contraído en una mueca. Lo vi como era, sin los velos embellecedores de mi encariñamiento ni rabia previa. Sin la herencia de infidelidad y mentira, sin nombre casi, solo con lo que me había demostrado y dicho y aquello otro intangible que era lo que intuía de él. Lo miré y me gustó tanto lo que encontré allí que me hubiera quedado suspendida para siempre en aquella intriga, sin decir nada, para que nunca nunca, si perdía la memoria o la voluntad o si la melancolía me alcanzaba de nuevo, pudiera tener la sensación y la pena de que no había vivido a fondo aquel instante.

No contesté. Solo afirmé con la cabeza, con la sonrisa temblorosa en los labios y los brazos tendidos y un beso que no fue ni mejor ni peor de lo que había imaginado, sino que fue lo que sencillamente era.

Lázaro se acercó a nosotros con la cabeza aún vuelta hacia la ciudad envuelta en contaminación y vacío y se intentó sentar en uno de los taburetes altos de la terraza. No lo consiguió.

—¿Nos vamos? Ya he visto todo. Ya he visto lo que había que ver. ¿Vamos a casa?

—Sí —contesté, como si hubiera dado con la clave de lo que tenía que hacer, algo muy complejo resuelto de manera muy sencilla—. A casa vamos.

Supe entonces que ya nunca estaría sola, nunca, con la misma certeza y seguridad con la que recordaba los hechos más relevantes de mi vida, como si hubiera ocurrido ya y mi pensamiento regresara una vez más a un lugar conocido y mil veces encontrado.

Como una hebra que deshilacha el dobladillo tras un tirón inesperado. Como si hubiera dejado de luchar contra alguien desconocido, una mujer muerta de frío y de hambre que me odiara sin razones para ello, alguien que se hubiera criado en el orfanato remoto de mi cabeza.

Eduardo recogió sus dos maletas, y dos más luego, y, en un camino inverso al que realizó Sergio, llenó espacios que pronto se hicieron pequeños y confortables. Se unió a mí en la habitación pequeña porque no tuvimos corazón como para sacarle la suya al tío y porque nos apetecía que así fuera, nuestro cuarto, no uno heredado con muebles y posturas de otro marido y otra pareja. En la sala de lectura, Sonsoles se hizo por fin su cueva, la más discreta, la más amable de las inquilinas.

Por primera vez, yo no había preparado respuestas para todas las preguntas, ni respuestas comunes ni individuales, ni ingeniosas ni conmovedoras, que permitieran tender una red bajo las piruetas mortales. No había red posible, ni otro camino que no fuera hacia adelante, ni un amor planificado de antemano. Descubriría que Eduardo siempre preparaba el café por las mañanas para el resto del día, que mil costumbres de él me sacaban de quicio, que tras la siesta se despertaba vulnerable y lleno de ternura y que nadie me había ofrecido una vida más regalada, mejor trato, más amor. Que nadie era más discreto, más sensato en su planeamiento, más sincero.

Le creí adorable como antes veía adorable a mi marido, con su mundo pequeño y sus enormes aspiraciones, sus planes caducos y sus opiniones sobre todo, su estrechez de miras y su apellido compuesto que tanto amé. Y para mi sorpresa, un amor no sustituía al otro, ni se le parecía, ni era tan distinto tampoco.

Yo no conocía todas las respuestas. Eso era todo. Lázaro aceptó con naturalidad el que Eduardo se quedara todas las noches y se mostró tranquilo, conforme, como si hubiera bajado de la azotea del Círculo con unas tablas muy pesadas, pero que regían su vida en lo sucesivo. Cuando quisimos explicarle algo, levantó la mano, con cierto cansancio.

—Ya, ya, ya —decía—. Yo no soy tonto, aunque os parezca que no me entero de nada. Yo sé cosas que vosotros ni sospecháis.

Sin embargo, luego se hartó de contarle a quien quisiera escucharlo su versión de la historia entre Eduardo y yo.

—Lo preparé todo —le contaba a Teresa, una vez que se acercó a saludarlo y a jugar un rato con la gatita— mientras ellos no se enteraban de nada. A una le contaba de él. A él le contaba de una. No fue fácil, no… Mi sobrina no quería saber nada de hombres. Se le estaba volviendo la mirada gris y el corazón negro. Y mi sobrino vivía con una niña lindísima, una chavala de lo más formal. Tenían hasta planes de boda…, pero al final pudo más el corazón y yo les dije «Qué estáis haciendo, hijos, si vida no hay más que una, y se pasa rápido».

Con el tiempo fue depurando la trama y lo escuchaba, en los ratos perdidos, matizarle a Gloria que la idea de que Eduardo se declarara en la azotea fue suya, que él me eligió el vestido de esa mañana, que había hablado con la terraza y que hubo una música muy bonita y que lo único que falló fue un fotógrafo que nos detuviera para siempre allí a los tres en una imagen.

No sabemos si era más feliz o menos, si se sintió más seguro o le decepcionó esa criatura que tanto se había empeñado en crear cuando la vio encarnada en una pareja que viviría sin él intervenir, que le contestaría, le llevaría la contraria, que volaría, que sería independiente de él. Que continuaría, si todo salía bien, cuando él muriera, que sobreviviría a lo que la había originado.

Sin saber demasiado cómo, acordamos, poco a poco, retomar los papeles de la adopción. Sin país claro, sin condiciones, sin prisa. Quizás, si Lázaro moría pronto, cuando hubiéramos ambos superado el duelo. Si el tío nos duraba más tiempo, como una manera de incluirlo en la esperanza y en la búsqueda. Y aunque nunca había podido imaginarme más que madre de una niña, comencé a modificar también ese pensamiento. Podían ser dos, dos hermanitos. Incluso tres. ¿Por qué no tres?

Cuando llegara ese niño, esos niños, se incorporaría como un alumno nuevo a un aula en la que yo llevaba ya mucho aprendido, con otras personas y en otras lecciones. Y aquello me bifurcó un poquito más el camino y arrojó un poco más de luz en mi avance. Y si no había un hijo, estaba Lázaro, y Eduardo, y Sonsoles y Gloria, Teresa, e incluso la presencia de los que se habían ido. Cristian y Vanesa. Sergio. Mis padres.

Y todo cambió: no de pronto, como imaginaba yo, sino como un rumor muy lejano, nada claro. Un eco de algo que apenas se adivina. Y recordé un cielo azul e irreal, las agujas heladas de los glaciares que señalaban hacia el norte, un frío atroz que presagiaba aún más frío.

El sonido tardó en cambiar, pero, poco a poco, los pedazos de hielo inmensos, azules, eternos, cayeron al océano en un alarido de gigante en una pesadilla, el grito de una *banshee*. El glaciar continuó desmoronándose y el sonido tardó mucho en disiparse; volvía a ratos, difuso, como un zumbido de panal, como un recuerdo de algo oculto, azul, frío e inmutable.

Y así acabó por fin el tiempo de la melancolía, en el mismo lugar donde se originó. Sin lamentaciones ni miedos, con un rayo de sol en los ojos, un glaciar que se quiebra, un hielo derretido, una barca tranquila en la superficie que navega sobre los recuerdos, sobre lo ocurrido, sobre la memoria.

De la melancolía
Espido Freire

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Rekha Garton / Arcangel

© Espido Freire, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21686-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!